

COLONIA DIGNIDAD

LA VIVIMOS, LA CONOCIMOS



ADRIANA BÓRQUEZ ADRIAZOLA

EDICIONES INUBICALISTAS

COLONIA DIGNIDAD

La vivimos, la conocimos

Adriana Bórquez Adriazola

EDICIONES INUBICALISTAS

Original escrito en Oxford, UK., en 1981
Revisado y actualizado en marzo de 2018

*A mi familia,
que es mi pueblo,
y en él,
a los que luchan por su liberación.*

Índice

- [Presentación](#)
- [Prólogo](#)
- [Introducción](#)
 - [1. El Folleto del 15 Aniversario](#)
 - [2. La historia de Colonia Dignidad](#)
 - [3. Colonia Dignidad y represión Política](#)
- [Primera parte A propósito de “Colonia Dignidad”, un enfoque diferente a la Historia de Chile](#)
 - [2.1. Chile y su gente](#)
 - [2.2. El comienzo](#)
 - [2.3. Los habitantes invadidos](#)
 - [2.4. La formación de la “raza” chilena](#)
 - [2.5. Orígenes de la burguesía chilena](#)
 - [2.6. La colonización alemana](#)
 - [2.7. Uso y abuso del poder adquirido](#)
 - [2.8. Influencia alemana en el ejército y el rol de éste en la represión del pueblo](#)
 - [2.9. Estructura de la sociedad chilena](#)
 - [2.10. La democracia burguesa](#)
 - [2.11. La lucha social en Chile](#)
 - [2.12. Programa y logros del gobierno de la Unidad Popular](#)
 - [2.13. Golpe de estado](#)
 - [2.14. Conclusion a la primera parte](#)
- [Segunda parte Los testimonios](#)
 - [Preámbulo](#)
 - [Cuestionario guía](#)
 - [Gerardo](#)
 - [Iván](#)
 - [Manuel](#)
 - [Adriana](#)
- [Tercera parte Conclusión](#)
 - [1. El juicio](#)

- [2. Hechos en conexión con el juicio](#)
- [3. Otro hecho y reflexiones en torno a él](#)
- [4. Conclusión con interrogantes](#)
- [Anexos](#)
 - [Lista de detenidos en Colonia Dignidad](#)

La búsqueda de la libertad, justicia y dignidad humana es un tema recurrente en la historia de Chile. Pero, tanto en la época de los conquistadores como en el Chile moderno, la búsqueda ha estado subordinada, inevitablemente, a los requerimientos de orden y ganancias materiales de una pequeña minoría privilegiada.

Brian Loveman



Adriana Bórquez Adriazola (Osorno, 1936). Ha publicado: *Un Exilio* (Editorial KOORE, 1998), *Resistencia* (autoedición, 2000), *Historias de Mujeres* (autoedición, 2002), *Kawéskar* (Editorial Guanaye, 2009), *Poemario* (autoedición, 2011). El año 2015 se reedita *Un Exilio* (Ediciones Inubicalistas) en una versión modificada, *Puertas en la Oscuridad* (Ediciones Inubicalistas, 2017).

Profesora de Francés por el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, y M.A. en Sociología de la Educación de la Universidad de Oxford, U.K.

Exonerada política, detenida en Colonia Dignidad y la Venda Sexy, en 1975; exiliada en Inglaterra entre 1976 y 1985, trabajó en Korogwe y Moshi en el proyecto educacional de Tanzania, África, en 1979-1980. A su retorno a Chile, se sumó al trabajo de la Comisión de Derechos Humanos en Valparaíso, Santiago y Talca, siempre en el área de investigación y documentación. Distinguida por sus actividades en pro de los Derechos Humanos con el “Premio Elena Caffarena Morice”, entre otros.

Presentación

2018. Han transcurrido casi cuatro décadas desde que diera por concluido momentáneamente el presente trabajo. Lo emprendí en busca de la verdad oculta detrás del episodio espantoso que cambió el curso de mi existencia provinciana: había sido secuestrada y torturada por la policía de seguridad de la Dictadura Militar –en el presente hablamos ya de “Dictadura Cívico-Militar”, lo que corresponde más fielmente a la realidad de los hechos políticos– en la Colonia Dignidad.

Los sucesos posteriores desencadenados a consecuencia de ello me llevaron, junto a parte de mi prole, a ser parte de la diáspora diseminada por el vasto planeta y que constituyó el exilio de cientos de miles de chilenos en las naciones que los refugiaron para darles la oportunidad de rehacer sus vidas destrozadas.

Mis hijitas María Alicia y Selva escaparon conmigo, gracias a la solidaridad internacional y con la ayuda de la iglesia, a ponerse a salvo en el Reino Unido. Lentamente fuimos recomponiendo la cotidianidad al alero de las organizaciones de derechos humanos que nos acogieron. Las hijas retomaron su educación, yo fui becada por el World University Service para efectuar un postgrado en la Universidad de Oxford, a la vez que asumí la tarea de denuncia de los crímenes del Régimen Militar en los foros europeos.

De regreso de un contrato laboral en Tanzania, y respaldada por la reciente renovada preparación académica, junto a otros insipientes investigadores del tema, en Inglaterra y Alemania, y el apoyo logístico de Blackfriars de Oxford y el respaldo de Amnesty International, comencé el desafío de descorrer el manto misterioso que protegía los secretos de Colonia Dignidad.

Conformamos un grupo de investigadores que, una vez que se alcanzó un punto muerto, donde sólo cabían las elucubraciones, las incertidumbres y las interrogantes, decidimos cerrar esa etapa, que serviría para sembrar la inquietud en un lectorado más amplio. Buscamos interesar en la publicación del trabajo, pero, al parecer, estaba fuera de la visión política inmediatista del momento. El documento quedó guardado en espera de oportunidades.

Hace poco más de un año, mi hijo puso sus ojos en él y supo sacudirme del desencanto producto del fracaso reiterado de publicarlo. He vuelto a intentarlo, una vez más, debido a que, aunque el trabajo ha sido superado ampliamente por las perspectivas del tiempo y el desarrollo de la Historia, sí que presenta una de las primeras investigaciones que, en la época, se interesaron en explorar un verdadero campo minado por los intereses políticos, económicos, sociales, que pretendieron ocultar por siempre los crímenes de lesa humanidad, la corrupción y la perversión cometidas allí en nombre de “la dignidad”.

Tampoco en esta ocasión he logrado mi objetivo; sólo ha habido palabras de buena crianza y promesas vagas. Adentrada ya en las postrimerías de la existencia, insisto en mi argumento principal: la validez académica e histórica del trabajo. Helo aquí, en el futuro, a disposición de la mirada curiosa de cualquier estudioso.

Adriana Bórquez Adriazola.
Talca, verano del 2018.

Prólogo

Si debo definir las razones que me han llevado a hacer este trabajo, me enfrento a un abanico de motivaciones diversas, pero que puedo sintetizar así:

Desde el momento en que me despertaron los golpes perentorios en la puerta, y que oí mi nombre preguntado a voces, supe que me despertaba a una pesadilla horrible. Sin embargo, en ese instante mismo, decidí que saldría adelante con esa experiencia y que la convertiría en un arma más para luchar contra aquellos que oprimen a nuestro pueblo, haciendo de mi propio miedo una coraza, y de mi dolor, la fortaleza que sería necesaria.

Seis años después, he emprendido la tarea de explorar las causas que posibilitan la existencia de Colonia Dignidad, más allá de las explicaciones circunstanciales o de la mera denuncia de los horrores vividos y atestiguados allí. He llegado a la escalofriante conclusión de que la existencia de Colonia Dignidad cabe con holgura en la armazón de un sistema de sociedad estratificada y con intereses de clase antagónicos, como lo es la nuestra.

No obstante, es importante que tengamos presente que nuestras condiciones no son ni pura ni absolutamente únicas en el mundo actual. Con las variantes propias, vemos que constantemente se están produciendo situaciones de urgentes cambios sociales, de avances y retrocesos, en nuestro mundo “occidental y cristiano” convulsionado por crisis de una estructura capitalista caduca, anacrónica y obsoleta, debido al desarrollo de una conciencia y reclamo de justicia social entre los pueblos oprimidos. Pero, no tan sólo allí: los movimientos solidarios en el mundo entero nos hablan claramente del surgimiento de grupos en diferentes niveles de la sociedad –además de los sectores politizados– que van tomando progresivamente conciencia de la estructura de injusticia que marca, una vez más, a la humanidad.

Es justamente, y principalmente, para esos que comienzan, y para aquellos que aún no han comprendido la etapa histórica que vivimos, que va dirigido este trabajo; para que no sean espectadores indiferentes y remotos, inermes o amorfos, sino constructores, creadores de un orden social más justo, más armónico y más humano.

24 días con sus respectivas noches en un campo de torturas de la DINA¹, bajo tremendas presiones físicas y psíquicas, marcaron a fuego mi conciencia militante, en la misma forma en que lo ha hecho la tortura en la gran mayoría de los de miles de ciudadanos que han sufrido la represión de los Servicios de Seguridad del Gobierno Militar. Como en ellos, –mis compañeros de de resistencia y lucha– mi convencimiento revolucionario se acentuó y se profundiza a medida que voy comprendiendo mejor los factores que desembocan en la existencia de una Colonia Dignidad. Es de este conocimiento que el compromiso de lucha se hace inseparable del concepto de vida en los hombres y las mujeres de hoy: para nosotros la historia debe ser ineludible.

Una vez en el exilio, un grupo de compañeros nos contactamos debido a nuestra participación en lo que se ha dado en llamar el “Proceso de Colonia Dignidad” o el “Juicio de Bonn”, porque la acción se desarrolla en los tribunales de Bonn y porque concierne a la Colonia Dignidad. En el grupo fue creciendo la idea de escribir un documento sobre nuestra experiencia allí... pero, con un enfoque “diferente”. Por tener más disposición para ello, yo fui la encargada de llevar a cabo el proyecto. Ya se conocían los documentos de denuncia de tortura, de interrelaciones políticas, de factores económicos implicados, de las complejidades diplomáticas comprometidas, etc. Lo que no encontrábamos aún era un “reportaje humano”:

Al comienzo, para armar este reportaje, fueron surgiendo muchas interrogantes y se vio la necesidad de explicar, aunque fuera sólo someramente, las causas profundas que posibilitan la existencia de ese lugar, a un público ajeno, hasta ahora, por la inmediatez del diario vivir, y porque, además, uno de los objetivos del trabajo es buscar esclarecer algunas de las legítimas razones de rebelión del pueblo chileno a una opinión pública “lega”, había que dar una mirada crítica a nuestra historia y a nuestra sociedad.

De modo que se ha incorporado una parte histórica a nuestra idea original del reportaje “humano”. La revisión de la historia nos lleva a comprender que Colonia Dignidad no es un desafortunado incidente –o accidente– en la historia chilena, sino que es un producto sistémico y que, por lo tanto, no constituiría un hecho aislado o de modelo único en la lucha entre explotadores y explotados. Consideramos que es necesario hacer conciencia

de estas realidades, para alertar a los hombres y mujeres del mundo, de modo que todos juntos logremos evitar la dominación de la deshumanidad.

El documento consta de una **Introducción**, que presenta a la Colonia Dignidad: sus comienzos y su historia, hasta su aparición en la acción represiva de la Junta Militar que gobierna Chile en servicio de los intereses de la oligarquía capitalista y del imperialismo.

En la **Primera Parte** daremos una mirada a la historia de Chile, desde la Conquista hasta nuestros días, deteniéndonos: a) en la observación de las características psico-sociales de los elementos humanos que se sumaron para conformar la sociedad chilena de hoy; b) en los modelos de relación entre los diferentes sectores sociales, que se fueron desarrollando en el transcurso del tiempo.

Dada la formación prusiana de los militares que asaltaron el poder legalmente instituido por el pueblo al Presidente Salvador Allende, también dedicaré un espacio a describir someramente la formación de dicho ejército, así como también los aspectos que caracterizan en forma singular a los chilenos de origen europeo más reciente y, en especial, a los descendientes de los colonizadores alemanes.

Continuaré con la descripción de la democracia burguesa que ha gobernado la república, a la par que se seguirá el desarrollo de las luchas sociales que culminan con un programa político-social al servicio del pueblo y que lo lleve a conquistar el poder ejecutivo en votación democrática.

Luego, veremos los logros del Gobierno popular y la reacción consiguiente de la burguesía chilena y del imperialismo, que dan como resultado el Golpe de Estado ejecutado por las Fuerzas Armadas. Es en el marco de la represión desencadenada sobre el pueblo y sus organizaciones de masas, que se revela la Colonia Dignidad jugando un rol siniestro.

Una **Segunda Parte** de este trabajo está dedicada a los testimonios de los primeros testigos de Amnistía Internacional en el Juicio de Bonn, desde esa visión más íntima a que nos referimos anteriormente. Con ello, quisimos destacar las implicaciones (o la carencia de ellas) en la vida interior del individuo y sus consecuencias: En qué forma se recibió el impacto de la tortura, cómo se enfrentó, en qué medida ha influido posteriormente en la

vida personal, etc. Es decir, lo que llamamos el “reportaje humano”.

Desde ya es posible afirmar que, en general, la experiencia de represión evidentemente muestra dos efectos extremos a posteriori: a) una desintegración de la personalidad, lo que implica la anulación del luchador social –que es uno de los objetivos del terrorismo; b) reforzamiento de la convicción política, mayor claridad, mayor acción en caso de tratarse de antiguos militantes; o, recién el descubrimiento consciente del papel histórico que cada individuo debe jugar en la construcción de una sociedad mejor, si se trató de un individuo caído en una redada “por casualidad”. De cualquier manera, hay que tener presente que, de una u otra manera, el precio es traumático e imborrable en la vida interior de la persona.

Este grupo de compañeros hace un nuevo aporte a la lucha al entregar, ahora, su testimonio para ser conocido y examinado bajo su dimensión político-humana. Es en este contexto que hay que situar el caso personal, para comprender que no podemos quedarnos en la limitación de la denuncia aislada del acto, sino que es necesario el apoyo posterior para revertir en lo posible el trauma y lograr su “sanación”.

¹ Informe del Consejo Económico y Social, Naciones Unidas, A/31/253, 8m de octubre, 1976, párrs. 342 y 343, pág.89, y párrs. 344 y 345, pág. 90:

“342. La DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) es la organización que ha asumido, según se afirma, la función de aplicar la represión selectiva. Según las DISPOSICIONES del preámbulo del Decreto Ley N° 521 por el que se creó la DINA, sus funciones consisten en prestar al Gobierno de Chile “colaboración inmediata y permanente... y en proporcionarle en forma sistemática y debidamente procesada la información que requiera para adecuar sus resoluciones en el campo de la seguridad y desarrollo nacional”. En el artículo 1 se describe a la DINA como un organismo militar de carácter técnico profesional, “cuya misión será la de reunir toda la información a nivel nacional, proveniente de los diferentes campos de acción, con el propósito de producir la inteligencia que se requiera para la formulación de políticas, planificación y para la adopción de medidas que procuren el resguardo de la seguridad nacional y el desarrollo del país”.

“343. Los miembros de La DINA tienen prohibido comparecer ante tribunales aunque se les envíe una citación y la Corte Suprema y la Corte de Apelaciones aceptan informes del Ministerio del Interior basados en declaraciones de la DINA. La DINA no informa al Poder Judicial ni tiene que responder ante éste de sus acciones tal como se manifiesta en las comunicaciones oficiales de la DINA a la Corte de Apelaciones que se señalaron a la atención del Grupo.

“344. La eficacia de la labor de inteligencia de la DINA se basa casi exclusivamente en los métodos de tortura como medio de obtener la información y la aniquilación física como medio de eliminar testigos o pruebas embarazosas. Cada miembro de la DINA, aparte de aplicar métodos de tortura que evidentemente conoce gracias a una formación especial, utiliza sus propios impulsos o su “imaginación” en lo que respecta a la tortura...

“345. La inmensa mayoría de los funcionarios de la DINA son miembros activos de los diversos cuerpos de las Fuerzas Armadas o de los Carabineros, pero por Decreto Supremo del Ministerio de hacienda también pueden ingresar civiles; estos civiles suelen tener antecedentes penales, como

Oswaldo Romo, cuyo caso analiza el Grupo en su informe anterior....

Introducción

1. El Folleto del 15 Aniversario

A unos 350 km al sur de Santiago, en la provincia de Linares, cerca de Parral y a los pies de la Cordillera de los Andes, se encuentran la hacienda agrícola conocida como “Colonia Dignidad”.

“Colonia Dignidad” es un lugar misterioso, controvertido, remoto geográfica y socialmente. Su historia está rodeada de un halo de escándalo y secretividad, de rumores y de sordidez.

Por una parte está Colonia Dignidad que nos presenta su propio folleto recordatorio del 15 Aniversario de su fundación: 34 páginas en papel satinado, de fotografías y diagramas explicativos de los progresos materiales alcanzados durante ese lapso. Se aprecia un adelanto indiscutible:

Los campos en su silvestre improductibilidad en 1961, enfrentados a vistas actuales de extensos trigales maduros y pastizales donde apacienta numeroso ganado, en un terreno de 817 Há., rozadas y limpias para cultivo. Donde hubo trancas desvencijadas cerrando el paso a huellas y lodazales aparecen sólidas rejas y portones empotrados en columnas de ladrillos y concreto. Donde antes existió un único caserón de adobes y tiendas de campaña, hoy se levanta un poblado de construcciones modernas, funcionales, armónicas. Donde había zarzales, las fotos de hoy exhiben un derroche de capullos multicolores bordeando senderos que serpentean entre prados cuidados. Caminos de fino ripio, puentes de concreto, una cantera explotada con avanzada técnica moderna; embalses, molinos, lecherías, silos, galpones, garajes...

La casa central con sus interiores de colores claros, la mampara de vidrio con el mapa de Chile iluminado con la luz exterior, las esculturas y las piezas obsequiadas por entidades y grupos nacionales como souvenirs o en reconocimiento de servicios recibidos... El amplio comedor, las salas de costura, los talleres artesanales, todo muy pulcro, muy sencillo, muy sólido; rebuscadamente limpio, sobrio y seguro; artificialmente alegre, como la vitrina de un establecimiento comercial.

Las fotografías nos conducen a la “Escuela Chileno-Alemana, Niños de ambos Pueblos”, indica el título que introduce las vistas de salas de clases

claras e iluminadas, que me recuerdan el colegio alemán de mi infancia en el sur de Chile, de hace unas 4 ó 5 décadas atrás, por los útiles escolares (las pizarritas individuales de los más pequeños), las vestimentas pasadas de moda de los niños de primaria y la actitud forzada de los adolescentes, con sus profesores en rigurosa tenida, señalando con el puntero el mapa geográfico frente al curso.

Más adelante, encontramos el hospital de Colonia Dignidad. Ante nuestra mirada se despliegan las salas-cunas, los laboratorios, las diferentes clínicas, las salas de rayos, las salas de operaciones, etc. Todo equipado óptimamente con instrumental modernísimo, al igual que el auto y el avión ambulancia y el equipo de radio-comunicación junto a los que aparecen retratados los enfermeros.

Esta Colonia Dignidad, que cuenta, además, con maquinaria agrícola y caminera raramente al alcance de las haciendas chilenas, nos podría llamar a admiración (por el nivel de progreso alcanzado) y respeto, por ser fruto del esfuerzo común en pro del bienestar de sus habitantes y de la comunidad circundante –según manifiesta en el prólogo de su folleto-propaganda–, si no fuera por lo que este folleto ha dejado de mostrar: la sórdida historia de su gestor, los escándalos que han llegado a la luz pública y, últimamente, sus nexos con un régimen represivo y de auténtica deshumanización: Colonia Dignidad ha servido de lugar de detención y tortura para los prisioneros políticos de la Junta Militar chilena que derrocó al gobierno constitucional del Presidente Salvador Allende, con un Golpe de Estado sin parangón.

2. La historia de Colonia Dignidad

a. Origen y Desarrollo en Alemania

Alrededor de 1956 un grupo de afiliación religiosa bautista se desprendió de la colectividad y continuó actuando y practicando su fe bajo la dirección de un Hugo Baar, de Gronau. Este Hugo Baar – oriundo de Ucrania – había aparecido en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, contratado como predicador. Por ese tiempo había surgido otro grupo de carácter religioso-social en Siegburg, el que abrió un Centro en Heide, encabezado por un ex asistente juvenil de la Iglesia Evangélica de Gartow, quien había sido despedido de su empleo en 1952; su nombre era Paul Schäfer. Ambos grupos se unieron, así como también otros miembros provenientes de diferentes comunidades evangélicas de Hamburgo. Bajo la dirección de Paul Schäfer esta comunidad se transformó en una secta cerrada y absolutamente obediente a su líder.

El Centro se convirtió en un Hogar Juvenil (“Jugendheimstatt”), que también cobijaba a la mayor parte de los miembros de la secta, donde se vivía aislados del mundo exterior. Altos murallones conectados a sistemas de seguridad electrificados, al igual que el portón de entrada, rodeaban la propiedad. En cuanto al control interno, éste se conseguía por medio de la instalación de altoparlantes, micrófonos y grabadoras instaladas en cada una de las habitaciones y a un eficiente sistema de soplaje. Si a esto agregamos los castigos corporales y las confesiones personales bajo juramento hechas al líder, completamos el cuadro de sujeción y dependencia espiritual de los miembros de la secta con respecto a Schäfer y el control que se ejercía sobre sus vidas.

Luego de varios cambios de nombre, el grupo pasó a llamarse “Misión Social Privada”. Acogía y sostenía entre 30 y 50 jóvenes. Su financiamiento se realizaba con el producto de las varias tiendas de comestibles, textiles y otras, además de una firma constructora y otra de transporte, de la institución. Los miembros del grupo trabajaban en ellas a cambio de un nivel mínimo de subsistencia, lo que permitió el mantenimiento del hogar y una rápida

capitalización.

Sin embargo, fue sólo hasta 1961 que la opinión pública se remeció con la denuncia del padre de uno de los niños residentes en el hogar, por asalto y prácticas sexuales de Schäfer al muchachito. Cuando la orden de detención policial se quiso efectuar, éste ya había escapado a Chile. Un tiempo más tarde partió subrepticamente un vuelo charter desde Luxemburgo, llevando al resto de los jóvenes a reunirse con su jefe. Pronto lo siguió gran parte del grupo de adultos, habiéndose, previamente, vendido la casa de Heide a las fuerzas armadas de la República Federal Alemana. Los miembros de la secta que quedaron en Alemania han seguido adelante con negocios que contribuyen a la seguridad económica de todos.

En las investigaciones realizadas entre 1961 y 1963, se fue descubriendo más detalles de las tragedias familiares que el ingreso a la secta había ido provocando: hijos separados (mantenidos virtualmente secuestrados) de sus padres por el hecho de constituirse en objetos de la “beneficencia” de la institución; o, padres que debieron firmar su renunciamento tutelar sobre los hijos, al incorporarse toda la familia a la secta; o, la separación y el divorcio, cuando era uno solo de los cónyuges que se integraba a ella. Surgieron más antecedentes sobre los abusos homosexuales de Schäfer y del maltrato brutal a las niñas. La tensión psíquica y la presión emocional eran- según declaraciones posteriores de algunas personas que lograron separarse del grupo – tan extremas, que “ya nadie podía hablar o rezar bien, por temor a cometer un error.”

La “Misión Social Privada” había sido reconocida como “entidad de servicio de la comunidad”, lo que le permitió evadir los impuestos de asociación, al igual que cualquier donación al grupo era descontada de los impuestos la renta del donante. Ello significó una ayuda estatal indirecta, que funcionó, por lo menos, hasta 1965, cuando las denuncias reiteradas e investigaciones policiales desencadenan el escándalo en torno al grupo; pero, éste y había emigrado en su mayoría.

Dicha emigración ocasionó nuevos comentarios inquietantes; se había llevado a cabo sin el conocimiento de parientes y allegados a la secta. Tampoco se les reveló el lugar de destino de los emigrados. Incluso, “hay muchos indicios de que los propios miembros del grupo ignoraban a qué país

se dirigían”. El control de Schäfer sobre su gente era total.

b. La Llegada a Chile

Las autoridades chilenas dieron excelente acogida y toda clase de facilidades a los nuevos emigrados, los que exhibían cartas de recomendación del embajador Maschke de Chile en la RFA por esa época y del Ministerio Federal de Asuntos de la Familia. El grupo se presentó como una institución benéfica que se proponía acoger a niños chilenos vagos o abandonados. Con este fin se instalaría una granja agrícola modelo, donde fuera posible, y una casa de captación en Santiago. Los antecedentes entregados por Maschke de constituir “un ejemplo de eficiencia, orden y limpieza” y de ser este grupo “un muy buen amigo”, agregado a la promesa de formar no sólo “buenos trabajadores calificados, sino, ante todo, buenos ciudadanos, miembros útiles a la sociedad”, hicieron lo suyo: el gobierno chileno les autorizó la internación de toda clase de maquinarias exenta de pago de derechos de aduanas, así como se facilitó y solucionó cualquier problema de visación. Pronto se realizó la transacción de compra-venta de un fundo en Parral, de la sociedad italiana “Cital” a la “Sociedad Benéfica y Educacional Dignidad” – denominación oficial de la secta en Chile.

c. Vida en Chile

“El predio tenía una extensión original de tres mil Há. y está situado en un aislado valle boscoso cerca de la frontera argentina. Allí se creó una empresa agrícola, impresionante en sus logros técnicos.

“El parque de vehículos más moderno de Chile, talleres propios, una planta eléctrica, molinos, y el hospital fueron sólo algunas de las hazañas técnicas que realizó el grupo. El predio consiguió completa autonomía económica. La obtención de propuestas públicas para la construcción de carreteras y viviendas garantizó una seguridad financiera adicional.” (De Chile Informativo N° 15)

Muchos personajes de la vida pública del país se contaron entre los seleccionados visitantes de la Colonia Dignidad. Notoriamente, siempre se

trataba de personas reconocidamente conservadoras y reaccionarias y con intereses antagónicos a los del pueblo chileno.

A pesar de ello, finalmente estalló el escándalo de la colonia, cuando un joven y una mujer lograron huir de lo que fue asignado por la opinión pública, al conocer las declaraciones de los fugitivos, como un verdadero campo de concentración, por el régimen de opresión y represión y el aislamiento social imperantes. El mismo cuadro de medidas de aislación y seguridad de la casa de Heide se hizo presente en el latifundio al interior de Parral. La misma dura disciplina, el mismo sistema de espionaje, de sujeción y dependencia y control. Se supo de dos jóvenes muertos a golpes, de los trabajos forzados, de los trajes y zapatos diseñados especialmente para impedir la huida, del empleo de tranquilizantes farmacológicos, del chantaje y extorsión ejercida usando parientes y manipulando supuestas faltas o situaciones de ilegalidad. También se descubrió que el prófugo de la Interpol, Paul Schäfer, habitaba en la Colonia – pero, luego se volvió a perder sin trazas. Se supo que el presidente del directorio de Colonia Dignidad, Herman Schmidt, había sido un ex-mayor de la Luftwaffe.

A continuación pasaremos a transcribir algunos párrafos del documento publicado en “Chile Informativo N° 15” porque en ellos está resumido lo que sigue:

“Lo que motivó una primera investigación oficial de carácter judicial, fue la acusación de que la Colonia Dignidad era un “estado entro del Estado” ya que en la práctica gozaba de privilegios de extraterritorialidad. En el latifundio existía una planta de radio no autorizada, un cementerio no autorizado y una escuela en la cual, contrariamente a lo que disponen las leyes chilenas, no se enseñaba el idioma español ni la historia ni la geografía del país, de manera que hasta los niños chilenos aceptados en el hospital de la colonia dejaban de hablar su idioma natal al cabo de algún tiempo.

“Mientras que las investigaciones judiciales habían pasado a segunda instancia, ante posibles relaciones entre las autoridades locales y la Colonia Dignidad, se designó, además, una comisión investigadora del Parlamento chileno. Sin embargo, ambas gestiones terminaron, prácticamente, en nada. No se llegó a resultados concretos y lo probable es que hubo sobornos que llegaron a las altas esferas del país.

“Rehabilitado en esta forma, el grupo pasó al contraataque y denunció al fugitivo Müller por graves injurias y calumnias, el robo de un caballo (que había utilizado para su fuga) y homosexualidad.

“Más tarde, la dirección de C. Dignidad presentó una solicitud de remoción del Intendente de la provincia de Linares, el demócratacristiano Héctor Taricco Salazar, quién se había esforzado por lograr la aclaración de los misteriosos sucesos. Taricco redactó un extenso y detallado escrito de defensa, contando con el apoyo del abogado Patricio Aylwin; finalmente, fue alejado de su cargo

“También en Alemania se logró acallar a algunos críticos mediante procesos judiciales por injurias y calumnias...El grupo inició una acción judicial contra el semanario ilustrado “Stern”, cuando la revista publicó un reportaje acerca de la secta en Alemania. En Siegburg, donde el escándalo alcanzó especial resonancia porque una parte del grupo seguía residiendo allí, el alcalde Herkenraht y el embajador chileno Camilo Pérez de Arce rehabilitaron a la secta en un acto público celebrado en 1968...

“Pero, un año más tarde, la Colonia Dignidad una vez más se encontró en la mira del interés público: Peter Packmoor, de 66 años, escapó del predio y pidió protección a las autoridades estatales y eclesiásticas en Linares...

“Muchas interrogantes permanecen sin respuesta. Entre ellas, cómo se las ingenió la secta para sobrevivir al período de la Unidad Popular...”,(fin de cita).

...pues NO fue un secreto que la Colonia era un lugar de reuniones conspirativas en contra del gobierno del Dr. Salvador Allende , como tampoco, que ocultó por largos meses al fascista Roberto Thieme, del grupo “Patria y Libertad” (grupo de extremistas paramilitares de derecha), quién había simulado un accidente aéreo fatal, con el fin de evitar la persecución policial.

Se ha rumoreado frecuentemente sobre el hecho de que Colonia Dignidad haya servido de refugio a antiguos nazis, Recientemente, en febrero de 1980, la prensa de Frankfurt publicó – bajo la responsabilidad del director del Centro Judío de Documentación de Viena (Simón Wiesentahl) – que el criminal de guerra Josef Mengele podría estar en Colonia Dignidad. Mengele

fue médico de campos de concentración nazis y es acusado de ser responsable de la muerte de 200 mil niños judíos y de otros tantos adultos. La policía norteamericana, FBI, tendría las mismas sospechas, a juzgar por las noticias publicadas en el “Washington Post”.

3. Colonia Dignidad y represión Política

En forma similar, el nombre de Colonia Dignidad se ha visto asociado persistentemente con actos represivos en Chile, a partir del golpe de estado de 1973.

Al testimonio de innumerables ciudadanos chilenos que –a pesar del sigilo y medidas de seguridad, además de las precauciones para mantener la incógnita del sitio donde se encuentran, que toman los servicios de seguridad con sus prisioneros, a fin de impedir el conocimiento público de dichos lugares– se suman las reiteradas denuncias hechas al respecto por la Comisión Ad Hoc designada por la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Así tenemos que en el Informe del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, del 4 de Febrero de 1976, cita entre otros centros de tortura:

“...20) la Colonia Dignidad, gran explotación agrícola y ganadera cerca de la ciudad de Parral, en la provincia de Linares, cuya superficie llega por los Andes hasta la frontera argentina. Actualmente se dice que este lugar, con su propio campo de aviación que se extiende a ambos lados de la frontera, está rodeado por policías armados y soldados. Se ha informado que el Coronel Espinoza, jefe del SENDET, ha visitado Parral con frecuencia. Según una fuente de información, muchas de las personas incluidas en la lista de 119 presos que han desaparecido² se hallaban en la Colonia Dignidad y es posible que algunos estén todavía allí.” (E/CN.4/1188,pÁrr.129, pág. 37.)

En el mismo Informe, en el párrafo 278, aparece:

“...En julio de 1975 la familia del señor De la Jara recibió información fidedigna de un ex detenido, que le comunicó que el señor De la Jara había estado detenido con él en la Colonia Dignidad, provincia de Linares.”

El párrafo 371 del dicho Informe expresa:

“Se sabe que existe otro centro de la DINA en la Colonia Dignidad; el Grupo ya ha hecho referencia al mismo en su informe anterior (E/CN.4/1188, párr. 129). Colonia Dignidad se encuentra en el camino que lleva a las

Termas de Catillo, en Parral, a 400Km Al sur de Santiago, en la provincia de Linares. Colonia agrícola, de la que se dice que es prácticamente una ciudad, hay en ella escuelas y hospitales, y tiene la infraestructura necesaria para unas 500 personas. Se dice que en la Colonia Dignidad se ha sometido a prisioneros a diferentes “experimentos” sin interrogatorio alguno: perros entrenados para cometer agresiones sexuales y para destruir los órganos sexuales de hombres y mujeres; “ensayos” de los límites de resistencia a diferentes métodos de tortura (resistencia a las palizas, a las descargas eléctricas, a la posición colgante, etc.; experimentos para volver locos a los detenidos mediante la administración de drogas, sometimiento a largos períodos de aislamiento y a otras condiciones inhumanas. Es digno de señalar que, según se dice, en este campo lo único que los prisioneros oyen de sus aprehensores son las órdenes de tortura. En Colonia Dignidad parece haber un centro de tortura de índole especial en un lugar subterráneo especialmente equipado, donde existen celdas pequeñas, a prueba de sonido y prácticamente cerradas para presos. Les cubren la cabeza a los prisioneros con capuchones de cuero que les pegan a la cara con adhesivos químicos. Se dice que en estas celdas los torturadores llevan a cabo interrogatorios por un sistema de radio en circuito cerrado, mientras se tiene a los detenidos desnudos y atados a su litera y se les aplican descargas eléctricas.”

En julio de 1978, el Grupo de Trabajo Ad Hoc obtuvo autorización del gobierno militar para visitar Chile con el fin de efectuar una investigación en terreno.

En el párrafo 42 del Informe respectivo, entregado a la Asamblea General de las Naciones Unidas(A/33/331, 25 de octubre 1978), se puntualiza:

“El Grupo no pudo realizar las actividades que hubiera deseado con respecto a dos asuntos, a saber, una visita a la “Colonia Dignidad” y una reunión con el General retirado Manuel Contreras Sepúlveda, ex director de la DINA. La “Colonia Dignidad” es una empresa privada sin fines lucrativos, situada entre Santiago y Concepción, en la que se ha dicho a menudo que la DINA detenía y torturaba a personas. Habida cuenta de esa circunstancia y de la buena disposición manifestada por los representantes del Gobierno de Chile para organizar una visita del Grupo a la colonia, se hizo una solicitud oficial en ese sentido. El Grupo fue informado, sin embargo, de viva voz, de que se

invitaba a sus miembros a visitar la “Colonia Dignidad” a título personal, pero sin que la visita fuese parte de las reuniones del Grupo. La posibilidad de que el Grupo hiciera allí una investigación fue rechazada. La carta en que se transmitió oficialmente la respuesta de la “Colonia Dignidad” figura en el Anexo XIII.”...

...del cual se da a conocer el párrafo 5:

“Terminaba la comunicación de Colonia Dignidad señalando que, para el caso de que la visita no pudiera efectuarse en la forma establecida, el Directorio de la misma tenía el agrado de invitar a comer en Santiago a los integrantes del Grupo de Trabajo, junto a los Embajadores Diez y Schweitzer, a fin de poder proporcionar todos los antecedentes que fueran necesarios y que pudieran de alguna manera suplir la visita si ésta no podía llevarse a cabo por imposibilidad de los miembros del Grupo de Trabajo antes mencionado.”

En ese mismo Informe del Grupo de Trabajo Ad hoc se insiste en la calidad de centro de detención de Colonia Dignidad, y lo que es más grave aún:

“Otro lugar mencionado como centro de detención de personas desaparecidas es Colonia Dignidad...(Párr.403, pág.119).

Es importante recordar las declaraciones de un ex agente de la DINA – encontrado asesinado en Agosto de 1977 - , Juan René Muñoz Alarcón, quien anteriormente había sido expulsado de las filas del Partido Socialista. Este hecho lo llevó a tomar su revancha colaborando con los servicios de inteligencia, después del golpe, en el reconocimiento de líderes y militantes de la izquierda, para que fueran aprehendidos. Como se negara a seguir esta tarea, sufrió el castigo de tres meses de prisión y...

“...Después se me puso en libertad con condición de cooperar, se me llevó a la Colonia Dignidad, al interior de Parral, más o menos a unos 40 kilómetros. Ahí funciona un centro de adiestramiento de la Inteligencia nacional, regido por alemanes pero nacionalizados chilenos. Son antiguos alemanes que arrancaron de la guerra. Llegaron aquí muy jóvenes. Son de ascendencia judía. Tienen un verdadero regimiento en la Colonia Dignidad donde hay un hospital que tiene todos los adelantos que ya se quisiera cualquiera de los habitantes de Santiago. Donde se cuenta con aviones-ambulancia y aviones-correo y con cárceles subterráneas. Ahí se me preparó para interrogar gente y

hacer tareas de contra-inteligencia.”

Más adelante:

“He participado en la desaparición de algunas personas que están en la Colonia Dignidad. Hay 112 personas en estos momentos en la Colonia Dignidad. Algunos antiguos dirigentes de los diferentes partidos de la U.P...

Siguiendo con las denuncias, Muñoz Alarcón expresa:

“Quiero también dejar constancia, jurar si es preciso, que parte de los prisioneros están vivos, en malas condiciones físicas, pero muchos de ellos al borde de la locura por el tratamiento que han pasado, muy duro. Me refiero en especial a Carlos Lorca, a Ponce, Jefe del frente interno del PS y Secretario General al momento de su detención. Están en Colonia Dignidad, pabellón segundo....”

A continuación hace la siguiente reflexión:

“Esta gente hasta el momento no tiene ninguna seguridad de salir vivos realmente, porque desde el momento en que se desconoce su detención es porque eran hombres importantes dentro de la clandestinidad y en estos momentos se les mantiene vivos para utilizarlos para cazar al resto.

“Los lugares establecidos lo repito, desde allí se debe atacar el mal, la Colonia Dignidad, Colina y Peñalolén. En ningún otro lugar van a encontrar detenidos desaparecidos. Detenidos ocasionales pueden encontrar en muchos lugares, pero los desaparecidos están en estos tres lugares fijos...” (A/33/331, Anexo XLVIII, pág.4)

En esta parte de la Introducción he querido remitirme exclusivamente a documentos de la Organización de las Naciones Unidas, por la autoridad moral que cualquiera de sus juicios o acciones asumen en el concierto mundial.

² Informe del Consejo Económico y Social, Naciones Unidas, A/31/253, 8 de Octubre, 1976, párr. 231, pág.64 y párr. 232, pág.64:

“231. Han causado especial preocupación las numerosas personas cuyo fallecimiento ha sido anunciado por la prensa y cuya detención han negado oficialmente las autoridades de Chile, con respecto de las cuales hay pruebas dignas de crédito de que han sido detenidas.

“232. El foco de esta preocupación es una lista de 119 personas a quienes al parecer se dio muerte fuera de Chile y a las que se hace referencia en el primer informe del Grupo 28/...

28/ Véase A/10285, párr.149 a 151. Esto puede significar una alianza no escrita entre la DINA y los servicios de inteligencia de otros países.

Primera parte
A propósito de "Colonia Dignidad", un
enfoque diferente a la Historia de
Chile.

1. Chile y su Gente.
2. El Comienzo.
3. Los Habitantes Invadidos.
4. Formación de la "Raza" Chilena.
5. Origen de la Burguesía Chilena.
6. La Colonización Alemana.
7. Uso y Abuso del Poder Conseguido.
8. Influencia Alemana en el Ejército y rol de éste en la Represión
9. del Pueblo.
10. Estructura de la Sociedad Chilena.
11. La Democracia Burguesa.
12. La Lucha Social en Chile.
13. Programa y Logros del Gobierno de la Unidad Popular.
14. El Golpe de Estado de 1973: a) Causas, b) Represión.
15. Conclusión de la Primera Parte.

2.1. Chile y su gente

Chile está situado en la costa occidental del cono sur de América Latina. Se extiende 2.600 millas (4.270 km) de norte a sur –desde las cercanías de la línea ecuatorial hasta el extremo del continente, entre la Cordillera de Los Andes y el Océano Pacífico, con 110 millas de este a oeste en su parte más ancha. Su superficie total es de 292.257 millas cuadradas (756.945 Km²), lo que lo hace más grande que cualquier país europeo, excepto Rusia, pero, lo sitúa entre los países pequeños de América del Sur. Su litoral es de 3.17 millas (5.338 km). Los países vecinos son Argentina, Bolivia y Perú. La capital es Santiago, con alrededor de 3 millones de habitantes. Tiene, además, un territorio antártico de aproximadamente 1.250.000 Km². Chile está asentado sobre una de las zonas más vulnerables de la corteza del planeta, a lo largo de una falla tectónica que está en proceso de estabilización. Por ello, su historia está salpicada de acontecimientos telúricos que la han influido y que han marcado a su pueblo.

Dada su extraordinaria longitud, que pasa por 38 grados de latitud (desde 18°28' hasta 56° sur), Chile presenta una geografía de grandes contrastes físicos y climáticos. Longitudinalmente se distinguen: hacia el límite oriente la Cordillera de Los Andes; hacia el oeste, la Cordillera de la Costa; y, entre ambas, una depresión central.

Este Valle Central se divide latitudinalmente en zonas diferenciadas: En el extremo norte encontramos la zona desértica, muy seca (la región más árida del planeta), rica en minerales, como nitrato y cobre, principalmente. Allí se encuentran las famosas salitreras y la mina de cobre a tajo abierto más grande del mundo, Chuquicamata. Esta zona, el Norte Grande, ocupa casi un tercio del territorio nacional y alberga menos del 8% de la población. Fue allí donde se dieron las primeras luchas del proletariado emergente de las minas y oficinas salitreras, a fines del siglo pasado y principios de éste (S.XIX y S.XX).

Luego, se extiende una región de valles transversales, que corren encajonados entre cadenas montañosas, de Los Andes hacia el mar. Es, también, una zona minera: oro, plata (Chañarcillo), cobre (Potrerillos, El

Salvador), y otros; y de explotación agrícola (huertos y viñedos) y de ganado menor. Es el Norte Chico.

Al norte de Santiago, en el 33° sur, comienza el Valle Longitudinal, de 600 millas de largo; es zona de clima mediterráneo, que se hace más y más lluvioso a medida que avanza hacia el sur. El Valle Longitudinal se divide en dos zonas bien distintivas:

a) hasta el río Bío-Bío, Chile Central. Allí se encuentran las grandes haciendas agrícolas (latifundios), por lo que se dio en llamarlo “el granero de Chile”. En esta zona también encontramos grandes yacimientos mineros y es aquí donde se desarrolló un fuerte proceso de industrialización mayor a partir de la tercera década del presente siglo (S.XX)³. Es en Chile Central donde se encuentra la mayor concentración de población del país. Entre Aconcagua y Bío-Bío vive el 70% de la población chilena.

b) Chile Centro-Sur, que va desde el Bío-Bío al Golfo de Reloncaví. En esta zona debemos distinguir dos regiones diferentes: 1. De La Frontera, desde el Bío-Bío al río Toltén; 2. De Los Lagos, desde el Toltén al golfo de Reloncaví.

Esta extensa zona de Chile Centro-Sur es lluviosa. Poseyó impenetrables selvas vírgenes que la colonización destruyó para dar lugar a actividades agrícolas y ganaderas, a la par que efectuó una explotación irracional de la riqueza maderera de la zona. En las últimas tres o cuatro décadas ha habido una política de forestación artificial con pino insigne, principalmente, que ha logrado frenar la erosión, aunque no ha podido evitar el rompimiento del equilibrio ecológico previamente existente –por el cambio sustancial del hábitat. Es así como hoy en día se asiste al repliegue y la extinción de las especies autóctonas, tanto de la flora como de la fauna de la región.

Desde luego que de este fenómeno no se sustraen los habitantes nativos humanos de allí. Las estructuras económicas, sociales y culturales impuestas a través de años de “civilización” (explotación, más bien) a los pueblos autóctonos los han empujado en repliegue a los últimos reductos –los más pobres en cuanto a recursos, naturalmente– de la región, y también los amenaza la extinción total, en un proceso que se acelera o detiene algo, siguiendo las condiciones socio-políticas del momento.

A partir del Golfo de Reloncaví, en la latitud 42° Sur, el Valle Central, como

consecuencia del hundimiento de las tierras bajas del continente, en tiempos pretéritos, se presenta en forma de islas y archipiélagos, que son las alturas máximas que sobresalen de dichos hundimientos. Es aquí donde se encuentra la peculiar isla de Chiloé, rica en recursos naturales (pesca, bosques, labrantío) y con una cultura propia, diferente de la de cualquier otro grupo indígena en el Chile continental. La zona desmembrada se prolonga hasta el Cabo de Hornos. En ella habita apenas el 3% de la población de Chile. La mayor actividad económica de la Patagonia son las haciendas de ganado lanar, la industria derivada de ellas, la explotación maderera y, en menor medida, el petróleo.

Veamos lo que nos cuenta el historiador Jobet sobre esta zona:

“En esta industria (lanar) reside la fabulosa riqueza de las tres o cuatro familias que han controlado prácticamente las decenas de miles de kilómetros cuadrados de Magallanes. La explotación latifundista alcanza aquí proporciones increíbles...

“La incorporación de Magallanes a la economía nacional se llevó a cabo en las mismas condiciones de crueldad e injusticia que la de la Araucanía. Sus pobladores fueron exterminados y los que sobrevivieron fueron despojados de sus tierras... Martín Gusinde, que hizo una exploración en 1918, a Tierra del Fuego... da horribles datos sobre la inhumana exterminación de indios onas, cuyas cabezas eran objeto de un remunerativo negocio.”

³ Ian Roxborough, Phil O'Brien & Jackie Roddick: "Chile: The State & Revolution" (The MacMillan Press Ltd., 1977.), p.3: "El primer intento formal para fomentar la industrialización chilena no se produjo sino hasta la elección del gobierno del Frente Popular, en 1938, que echó adelante un programa sistemático inversión estatal y de protección del estado a la industria nativa..."

2.2. El comienzo

La conquista de Chile fue emprendida por los españoles a fines del S.XVI. – Los conquistadores de Almagro y Pizarro llegaron a Chile (voz deformada del Aymará, que significaría “el fin de la tierra”) en 1533, y Pedro de Valdivia fundó Santiago en 1541) –, no siendo más que la continuación de un modelo ya aplicado en las regiones del continente avasalladas con anterioridad por el Imperio Español, desde el descubrimiento de América por Cristóbal Colón.

Es decir, la conquista de Chile presenta una combinación de elementos de orden político (expansión del poder de la corona española) y de formas semi-feudales de empresa privada: a cambio de ventajosas concesiones de cobro de tributos a los nativos subyugados, de explotación de esclavos, minas, tierras y animales, soldados y aventureros españoles emprendían la conquista de estos nuevos territorios, a nombre de la corona, para someterlos a dominación política de España, al mismo tiempo que le entregaban un porcentaje de sus lucros.

2.3. Los habitantes invadidos

El territorio que ocupa el Chile actual estaba habitado en ese entonces por diferentes pueblos nativos y en diferentes estadios de evolución⁴. No se ha podido llegar a estimaciones definitivas en el número de indígenas a la llegada de los españoles, por la situación de diferenciación social y aislamiento geográfico entre unos y otros pueblos, ajustándose sus modos y medios de vida a las variantes geográficas y climáticas de las zonas que ocuparan. La mayor parte de estos pueblos indígenas se concentraba en el centro de lo que hoy es Chile. Entre ellos se destacaban los araucanos, por ser los más numerosos y característicos de los pueblos nativos de la región⁵. En el S.XV ya habían sufrido invasión y conquista por parte del Imperio Inca, lo que los había obligado a replegarse al sur del río Bío-Bío, a la región conocida hoy como la Araucanía, y que se constituyó en La Frontera, pues fue la región en que los indios se afincaron y resistieron la penetración europea en forma feroz y heroica hasta fines del S.XIX. (1887). Desde entonces han vivido en reducciones en las zonas de Bío-Bío, Arauco, Malleco, Cautín y Valdivia. Sus medios de subsistencia siguen siendo una rudimentaria agricultura y actividades artesanales: hilado, alfarería, tejido y cestería, etc. Los mapuches son un pueblo pobre, subyugado por más de cinco siglos a poderes foráneos⁶. Lucharon bravamente por mantener su independencia y sus gestas fueron narradas por el poeta-soldado español Alonso de Ercilla y Zúñiga en su poema épico “La Araucana”. En el presente, otros los han celebrado, como el gran Pablo Neruda, pero no por ello sus voces han sido mayormente escuchadas en sus reclamos por una vida más digna ni por la salvaguarda de su cultura autóctona, por parte de las autoridades o de la opinión pública general, salvo en los años de ejercicio del Gobierno Popular y por las fuerzas del pueblo. Entonces, la Reforma Agraria les permitió recuperar parte de sus tierras y elevar su nivel de vida, a la par que les permitió gozar de las oportunidades de desarrollo del pueblo chileno en su totalidad. Sin embargo, el régimen dictatorial del presente ha vuelto a sumirlos en la miseria al quitarles sus tierras nuevamente y los medios de subsistencia, por medio de una infame represión en que han sido asesinados sus dirigentes y numerosos campesinos mapuches.

4 Luis Vitale: “Interpretación Marxista de la Historia de Chile”, tomo 1, pág.26 y 27, Prensa Latinoamericana S.A., Santiago de Chile, 1967.

“Es efectivo que a la llegada de los incas y los españoles existía un pueblo avanzado en el norte, a los que denominaron “atacameños”, pero clasificar como parte de dicho complejo cultural a todo resto encontrado en la zona, presupone la existencia milenaria de un solo pueblo que progresivamente atravesó por las diferentes etapas de la evolución. Los restos hallados por los nuevos arqueólogos chilenos demuestran que en la zona norte existieron diferentes pueblos que, entremezclados o conquistados por otros, dieron origen a diversos estadios culturales...

“A la luz de las recientes investigaciones, podemos intentar una nueva clasificación que, a nuestro juicio, comprende dos grandes etapas. Un primer período pre-agrícola y pre-cerámico que involucra a los pueblos recolectores, pescadores y cazadores (de 6.000 a 1.000 años aproximadamente a.c.) y un segundo período que denominamos agro- alfarero y minero-metalúrgico, que se extiende desde un milenio antes de nuestra era hasta la invasión de los incas en el S.XV.

“No incluimos una etapa de pueblos pastores porque su existencia no ha sido demostrada aún en Chile. Quizá la domesticación de la llama y del guanaco no fue incentivo suficiente en América para promover el surgimiento de pueblos pastores. Por otra parte, al considerar la etapa agro-alfarera, hemos creído conveniente complementarla con la denominación minero-metalúrgica porque esta actividad de nuestros pueblos de la costa del Pacífico juega un papel decisivo en el avance de la sociedad no sólo azteca, chicha e incaica, sino también en la zona norte de Chile...”.

5 Luis Vitale, idem., pág. 47.

“Los Araucanos, pueblo resultante de la fusión de cazadores nómades con los sedentarios del centro-sur estaban en una etapa agro-alfarera más retrasada que el norte. Los guerreros, cuya procedencia está en discusión, conquistaron a los pueblos del centro-sur y asimilaron una cultura superior que se había irradiado desde el Choapa... Estos pueblos, que debieron coexistir con los cazadores nómades y pescadores, tenían una cultura relativamente próspera debido al buen régimen de lluvias, por lo que no necesitaban hacer las terrazas ni los andenes de los pueblos del norte. Cultivaban maíz, papas, frijoles, quinoa, ají, calabazas, magu (parecido al centeno, alimentos que quizás molían en las piedras llamadas “tacitas” (Aconcagua, Valparaíso, Colchagua, Talca). Domesticaban animales, en especial una variedad de llama... de la que aprovechaban la lana y el cuero para confeccionar sus vestimentas. Conocían el telar.

“La invasión de los guerreros segmentó a los pueblos del centro-sur; los que quedaron al norte de los invasores recibieron el nombre de picunches y los que emigraron hacia el sur, huilliches. Al medio quedó el pueblo posteriormente llamado araucano. Este pueblo conocía el cultivo agrícola, la cestería, los tejidos, la preparación de pieles y el tallado de maderas. Su cerámica era inferior a la del norte, sin mayores motivos decorativos y generalmente de color negro. No alcanzaron a elaborar los metales. La famosa platería araucana es posterior a la conquista española.

6 Pablo Neruda: “Confieso que he Vivido”, pág.12, Editorial Argos S.A., 1980.

“Al empuje de los conquistadores españoles, después de trescientos años de lucha, los araucanos se replegaron hacia aquellas regiones frías, pero los chilenos continuaron lo que se llamó la “pacificación de la Araucanía, es decir, la continuación de una guerra a sangre y fuego, para desposeer a nuestros compatriotas de sus tierras. Contra los indios todas las armas se usaron con generosidad: el disparo de carabina, el incendio de sus chozas y, luego, en forma más paternal, se empleó la ley y el alcohol. El abogado se hizo, también, especialista en el despojo de sus campos, el juez los condenó cuando protestaron, el sacerdote los amenazó con el fuego eterno. Y, por fin, el aguardiente consumó el aniquilamiento de una raza soberbia cuyas proezas, valentía y belleza dejé grabadas en estrofas de hierro y de jaspe don Alonso de Ercilla en su “Araucana”.

Jean Borde – Rómulo Santana: “Le Chili: la Terre et les Hommes”, pág.148, Centre National de la Recherche Scientifique, 1980. (Traducción al castellano A.B.A.)

“Sólo en 1862 fue que las fuerzas militares chilenas comenzaron a avanzar al sur del Bío-Bío, que había marcado hasta entonces el límite sur de Chile continental. Los araucanos fueron despojados de gran parte de sus tierras y las que les dejaron quedaron sometidas a una legislación especial pues se

las proclamó propiedad inalienable y colectiva de las tribus. Pero el principio de propiedad colectiva pronto fue cuestionado ya que se le culpaba de entorpecer el progreso.”

2.4. La formación de la "raza" chilena

A esta población indígena vinieron a imponerse los conquistadores castellanos, principalmente andaluces. Forzados por las circunstancias, se aparejaron con mujeres indias. De igual forma, algunas de las pocas mujeres españolas que acompañaron a los conquistadores y que fueron capturadas por los mapuches como botín de guerra, dieron a luz hijos engendrados en cautiverio. De esta forma comienza la mezcla de ambas razas que, finalmente, será la base de la nacionalidad chilena moderna, descendiente de los invasores europeos y los pueblos indios que habitaban el territorio en esa época, y con los elementos aportados por migraciones posteriores⁷ y ⁸. La población chilena podría estimarse en dos tercios como constituida por descendientes directos de este proceso de mestizaje primario (indios y españoles); luego, alrededor de un 30% de origen europeo más reciente y sólo un 2% de población indígena pura⁹.

Estos datos varían bastante de una fuente a otra, pero en lo substancial guardan la proporcionalidad global de la división étnica de la población chilena.

⁷ Encyclopedia of the Third World, Vol. 1 – George Thomas Kurian – Mansell, London, 1979. (Traducción al castellano A.B.A.):

“Algunos de los primeros inmigrantes fueron vascos, y los primeros colonos no-españoles vinieron de Gran Bretaña. Después que una agencia de colonización oficial fue establecida en Europa en 1845, alemanes, italianos, franceses y yugoslavos llegaron al país atraídos por incentivos liberales. Los únicos no-europeos importantes que entraron a Chile fueron los libaneses y los judíos... Existen enclaves de nacionalidades, como los ingleses en Valparaíso e Iquique, los alemanes en Puerto Montt, Valdivia, Osorno, Puerto Varas; libaneses en el barrio Recoleta de Santiago...”

⁸ Jean Borde – Rómulo Santana, obra citada.

“Desde fines del S.XIX., sin embargo, la ocupación de la región se efectuó con mayor rapidez. Por ejemplo, la provincia de Cautín, que tenía 7.000 habitantes en 1875, contaba con 17.000 en 1907. El ímpetu demográfico pudo explicarse por el espíritu pionero de los chilenos y, en grado menor, por la migración de colonos alemanes, suizos, irlandeses y españoles. Hoy en día las provincias más pobladas son las de Concepción y Cautín.

⁹ Encyclopedia of the Nations, Vol. 3 Americas – The New Library Service Ltd.

2.5. Orígenes de la burguesía chilena

Al igual que en toda América, los invasores llegaron a Chile premunidos de profundo racismo y prejuicios sociales. Así pues, los altos puestos políticos y militares y las más altas posiciones sociales estaban reservadas para aquellos que podían proclamar “limpieza de sangre”, en desmedro de mestizos, indios, mulatos, etc. “Costumbres y leyes procuraban resguardar la “integridad” de la clase gobernante”¹⁰. A esto había que sumar el autoritarismo que exigió la lucha por la conquista del territorio, y tenemos la base de lo que pasará a ser una de las características prominentes de la sociedad chilena: una aguda estratificación de clases sociales, donde las capas superiores manifestarán un profundo menosprecio por las demás, se denigrará el trabajo manual y se explotará a quienes deban realizarlo.

En el S.XVIII. se incorpora un nuevo elemento racial con la llegada de los vascos quienes, viniendo de un territorio similar en topografía y clima al que ocuparon en Chile, pronto pudieron integrarse a su sociedad y su economía. Lograron un lugar prominente debido a su tesón y habilidad y amasaron fortunas y adquirieron cultura, apoyados por los europeos ya asentados en el país, que, menospreciando lo autóctono, admiraban y estimulaban a los que venían llegando. Estos chilenos de hoy, descendientes directos de los vascos mercaderes y labradores oscuros de los comienzos, forman parte de la elite social, económica, política e intelectual de la burguesía chilena actual.

En el S.XIX., debido a la necesidad del gobierno chileno de afianzar la conquista del territorio hasta entonces defendido por los mapuches, y a principios del S.XX., grupos aislados de inmigrantes europeos (suizos, alemanes, franceses, italianos, ingleses, yugoslavos y, más tarde, también sirios) se sumaron a la población chilena. Se dedicaron a las actividades comerciales, o industriales, o agrícolas, o mineras, y constituyeron grupos raciales y culturales diferenciados de los chilenos dondequiera que se instalaran, excepto en las altas esferas sociales santiaguinas y de otras ciudades importantes, con las que compartieron (y comparten) un cultura y la ideología capitalista de la burguesía. Esta integración política, económica y social se consolida con una hábil red de lazos matrimoniales, valores sociales

compartidos y protección y apoyo mutuo frente a la rebelión de las masas urbanas y campesinas explotadas, de cuya explotación deriva el goce de sus privilegios de clase¹¹.

¹⁰ Brian Loveman: “Chile: the legacy of Hispanic Capitalism”. Oxford University Press, New York, 1979, pág.34. (Traducción al castellano A.B.A.)

¹¹ Brian Loveman, obra citada, pág.38:

“A diferencia de Argentina y Brasil, el crecimiento de la población chilena en los Ss. XIX y XX depende poco de las oleadas de inmigrantes europeos –que también cambiaron en gran medida la composición de la población de Estados Unidos durante esos años. En 1895 sólo el 2,9% de los 2.687.985 habitantes de Chile habían nacido fuera del país, y en 1907 esto había aumentado sólo al 4%... de 1889 a 1944 la inmigración total en Chile alcanzaba sólo cerca de 55.000. Los contingentes foráneos mayores llegaron de Perú, Bolivia y España. Sin embargo, a pesar del pequeño número, los inmigrantes europeos poseían casi un tercio de las compañías comerciales de Chile (1907), 20% de las 554 haciendas rurales más valiosas (1908) y hacia 1914, el 49% de los establecimientos industriales. Los inmigrantes europeos, sirios y libaneses, raramente llegaban a convertirse en trabajadores rurales o urbanos, como en Argentina, sino que, en cambio, formaron un elemento comercial de clase alta y media que, a menudo, casó con las elites sociales chilenas. El rol de los inmigrantes fue más aparente en los distritos mineros del norte, en las ciudades más importantes como Antofagasta, Santiago, Valparaíso, Concepción y Valdivia, y en la región agrícola del sur, fuertemente influenciada por los alemanes.

El rol de los inmigrantes en la sociedad urbana de Chile continuó entrados los años 60, en que las estimaciones indicaban que tres cuartos de los establecimientos industriales mayores de Santiago, pertenecían a inmigrantes o sus descendientes. En consecuencia, la emigración hacia Chile afectó poco a la raza y la estratificación de clases, que nació de la mezcla racial y de las políticas de conquista, y sólo sirvió para insertar un pequeño y heterogéneo, no-hispánico, grupo de clase alta y media, entre la casta alta o sociedad hispánica y la masa de indios, mestizos y los trabajadores de los campos, minas, puertos y fábricas.”

2.6. La colonización alemana

Es evidente que la colonización alemana en la Región de Los Lagos (provincias de Valdivia, Osorno y Llanquihue) ha tenido una repercusión mucho más profunda en la sociedad chilena.

Este grupo étnico que fue traído a Chile en la segunda mitad del S.XIX ha marcado tanto a la población como a la economía regional, y nacional, con rasgos distintivos, en tanto fue extendiendo su radio de de importancia económica y, en consecuencia, su influencia política.

Una vez conseguida la “pacificación” de la Región de La Frontera –es decir, el sometimiento del pueblo indígena– teorías sobre superioridad racial hicieron que las autoridades se volvieran hacia el norte de Europa en busca de colonos para poblar el territorio recién conquistado. En La Frontera se puede hallar hoy en día apellidos de origen francés, suizo, vasco, alemán. El gobierno de Manuel Bulnes había enviado a Alemania a Bernardo Eunon Philippi (1848) a gestionar la inmigración de ciudadanos de ese país a Chile, con el fin de asegurar el desarrollo del territorio fronterizo que había sido declarado “terrenos baldíos”, haciendo con ello caso omiso de la población indígena que lo habitaba y sacaba sus medios de vida de esas tierras, y que además el despojo a mansalva que debió soportar, sufrió un embrutecimiento gradual por el alcohol introducido por los blancos como instrumento de penetración y exterminio.

En la región de La Frontera los terrenos asignados raramente tenían menos de 500 hectáreas, lo que provocó el asentamiento de grandes haciendas, también en esa zona. Los colonos, a modelo de los hacendados de Chile Central, tomaron ventaja de los medieros chilenos e indios y de los trabajadores rurales y se sumaron al sistema de explotación ejercido más al norte¹².

Algunos colonos establecieron talleres de manufacturas artesanales, que pronto se desarrollaron en industria insipiente en los pueblos mayores de la región.

En la Región de Los Lagos, de Valdivia al sur, que había estado separada

del resto del país por la zona de La Frontera durante 300 años, la colonización tomó otras características: el origen nacional de los colonos era exclusivamente alemán; el modo de explotación de las granjas asignadas era de tipo familiar, con economías forestales y ganaderas, fundamentalmente; la afluencia mayoritaria, en un principio, fue de artesanos calificados. Todo esto le da un tono distinto de los modos de producción, y sociales, en desarrollo en el resto del Valle Longitudinal.

La región de Los Lagos, para esa época, ya contaba con una población de unas treinta mil personas, que se habían instalado con anterioridad a orillas de los cursos de aguas navegables. La ocupación oficial se realizó a partir del norte, desde Valdivia hacia Osorno, y desde el sur, del Reloncaví hacia el lago Llanquihue, donde se concentró la mayoría de los colonos alemanes, formando pequeños pueblos diferenciados por los credos religiosos de origen de sus habitantes.

La atracción de colonos fue lenta y difícil dadas las condiciones comparativamente desmedradas que ofrecía el gobierno chileno, con respecto a lo que podía esperarse en otros países latinoamericanos. Estos colonos formaban pequeños grupos (165 familias, a principios del S, XX.) de agricultores, artesanos y profesionales diversos, que adquirieron, muy pronto, importancia en el desarrollo económico de la región, al crear pequeñas industrias que crecieron gracias a los conocimientos técnicos aportados desde Europa, la inexistencia de de competencia adecuada de parte de los habitantes instalados con anterioridad allí –producto de una migración interna desde Chiloé y Chile central– y la explotación sin trabas de la mano de obra nativa y criolla de la región.

Si agregamos a estos tres factores la ocupación y extensión clandestina, arbitraria y/o ilegal de las tierras por parte de los nuevos colonos, vemos que las 50 a 100 hectáreas asignadas primitivamente, según el tamaño del núcleo familiar, pronto se vieron incrementadas incontrolablemente permitiendo el rápido enriquecimiento de la colonia alemana, la exclusión de la superestructura económica de un número importante de pobladores no-germanos y el empobrecimiento mayor de los nativos despojados¹³.

Los colonos alemanes se asentaron en ese territorio promisorio dispuestos a construir el paraíso que no lograron en la patria dejada atrás. Fueron

surgiendo pueblitos apretados a las lomas de las orillas del lago Llanquihue, con sus casas espaciosas, de techos de tejas de alerce, que remedaban (aún en el presente) los viejos castillos del pasado: torrecillas, pasarelas, galerías y grandes vestíbulos, jardines emboscados, flores y frutas de la patria lejana.

Conservaron su lengua –casi no usan el español–, conservaron costumbres, cultura, ideas. Las conservaron en la forma como las habían llevado a Chile o como las habían heredado, ajenos a la dinámica propia de la evolución social en Alemania. Levantaron sus propias escuelas para sus hijos, para transmitir y perpetuar la lengua, las costumbres, la cultura, las ideas. El porcentaje de niños no-alemanes que asisten a las Deutsche Schulen fue y sigue siendo, bajísimo. Es un privilegio reservado sólo al dinero criollo o como pago a servicios preciados recibidos por la colonia y que ésta devuelve abriendo las puertas de sus establecimientos educacionales. Los hijos de los no-alemanes se sienten allí extranjeros, arrinconados, un tanto parias morenos en una sociedad juvenil rosada, rubia y de ojos azules.

El curriculum fue, hasta fines de la Segunda Guerra Mundial, un calco fiel de los programas educacionales vigentes en Alemania. La escuela alemana en Chile ignoraba a Chile. Su disciplina es militarizada, rígida; la ideología que la inspiraba era la nazi.

Desde el sur de Chile los colonos alemanes y sus descendientes siguieron unidos a la madre patria por el cordón umbilical del espíritu. Los signos materiales de ello lo constituyeron –además de las Deutsche Schulen– los Clubes Alemanes, los Goethe Institut (más tarde), los grupos culturales, religiosos, las sociedades cerradas de hombres de negocios, ganaderos, agricultores, etc. Socialmente, los alemanes constituyeron grupos herméticos. Excepcionalmente casaron con “extraños” y aquel o aquella que por matrimonio se vinculaba a la colonia alemana, era más probable que fuera absorbido por ella y aislado de sus relaciones chilenas, a que sucediera a la inversa. Para un chileno era de buen tono y un privilegio moverse en los círculos sociales y de negocios de los alemanes y, desde luego, significaba un peldaño ascendente en su movilidad social y económica. Aún en el presente, los descendientes de los colonos hablan un castellano defectuoso y culturalmente miran hacia Alemania como la fuente de la cual se alimentan diariamente a través de libros, revistas, diarios, etc.

12 Brian Loveman: obra citada, pág. 195, traducción A.B.A.:

“Más de diez mil colonos de Alemania, Francia y Suiza se asentaron en Victoria, Ercilla, Quillén, Temuco, Traiguén, Galvarino, Contulmo y otros puestos fronterizos, alrededor de 1880.

13 Brian Loveman, obra citada, pág.33, traducción A.B.A.:

“Valdivia, Osorno y Puerto Montt son los centros urbanos más importantes en esta región. La mayor parte de las industrias, así como las de las provincias de La Frontera, dependen de la producción agraria –aserraderos, barracas, productos hechos de madera, molinos harineros, textiles conserveras, cerveza, azúcar de remolacha, productos de cuero– como de la pesca en el mar. Muchas industrias deben su existencia a la influencia de los inmigrantes alemanes atraídos a Chile a mediados del siglo 19. Cuando la recientemente formada Sociedad de Fomento Fabril publicó una lista preliminar de las industrias en Valdivia y Osorno, en 1884, todas las fábricas de cerveza, curtiembres, fábricas de ladrillos, panaderías, tiendas de maquinarias, fábricas de muebles y molinos y talleres, excepto uno, pertenecían a personas con apellidos no-españoles (principalmente alemanes)... el número relativamente pequeño de inmigrantes (tal vez, unos 3.000) influenció fuertemente el desarrollo económico y cultural de las provincias de Cautín al sur, especialmente Osorno, Valdivia y Llanquihue. Así, en 1902, una lista de haciendas rurales en la comuna de Valdivia valuadas sobre 40.000 pesos, no contenía ni un solo apellido español...”.

2.7. Uso y abuso del poder adquirido

El poder económico se transformó en poder político. Para confirmarlo, basta con dar una hojeada a la historia de Chile. En todos los grandes pasos de la historia están los alemanes actuando entre bastidores¹⁴. Ellos proporcionaron, y siguen haciéndolo en el presente, un reducto seguro a la ideología imperialista y a las ambiciones de dominación de los nazis.

Durante el término de la Segunda Guerra Mundial, no fue poco el apoyo suministrado por la colonia alemana y sus amigos, a las necesidades bélicas de Hitler, o a sus cómplices¹⁵. A vista pública se reunía dinero y especies para los parientes y la población civil que sufría los embates de la guerra en Alemania. En la privacidad de las sociedades agrícolas y ganaderas y empresariales e industriales, se acomodaban los envíos de material logístico para los ejércitos nazis. Es así como, cuando el hundimiento del Graf von Spee, 3en la batalla del Río de la Plata, la Sociedad Agrícola y Ganadera de Osorno (SAGO) habilitó sigilosamente los pabellones de su recinto de exposiciones para acoger a unos 100 marineros nazis prófugos de la policía argentina, que, con la ayuda de los alemanes residentes en el lado atlántico de América del Sur, pudieron escurrirse y atravesar la Cordillera de Los Andes, para refugiarse en Osorno y luego recomenzar una vida ‘normal’, acogidos por las familias germanas del lago Llanquihue y la zona.

Por este mismo tiempo, un barco mercante de la compañía alemana “Kosmos”, el Elderfeld, recaló en Puerto Montt y se acogió a la protección y responsabilidad del gobierno chileno. La SAGO, bajo la dirección de un latifundista de origen alemán, se encargó de abastecer el barco con ovejas, novillos, cerdos, aves, trigo, papas, frutas, trigo, harina, cerveza y vino, de los fundos e industrias de la zona y un cargamento de carbón de Lota, consignado a la SAGO.

Entretanto, los prófugos de la Batalla del Río de la Plata habían desplegado tal propaganda, que jóvenes germano-chilenos de la zona de los lagos se alistaron para ir a combatir por Hitler y Alemania y se unieron a los marineros del Graf von Spee que embarcaron secretamente en el Elderfeld. El barco, que había sido camuflado con una segunda chimenea falsa y pintura, levó anclas

una noche, sin que las autoridades se percataran de ello, del mismo modo que no habían advertido los preparativos anteriores.

En otros casos, los alemanes que se refugiaron en Chile, dados sus antecedentes, fueron colocados en ‘puestos de confianza’ del gobierno, como fue el caso de un tal Walter Rauff –que vivió en Punta Arenas–, buscado por el Tribunal de Nürenberg y que se desempeñó como jefe del Servicio de Inteligencia de esos años. Chile se negó a la petición de su extradición.

Como vemos, hubo denuncias de actividades de espionaje, extorsión al gobierno, negocios prohibidos, que fueron prontamente acallados; no alcanzaron a ser conocidos públicamente. Antes de trasponer los umbrales de los ministerios y entidades administrativas, intereses creados volvieron a la discreta penumbra del olvido.

¹⁴ Julio César Jobet, obra ya citada, capítulo III, p.121, bajo el subtítulo: “Aparición e Influencia del Imperialismo Alemán”:

“La conquista del salitre, la mayor explotación del carbón, el desarrollo de la industria liviana, refuerzan considerablemente a la burguesía, la que es ayudada, además, por el capital extranjero. En las industrias extractivas y en la industria liviana se constituye y vigoriza el proletariado industrial que organiza en las primeras, en sociedades de resistencia. La aristocracia terrateniente y la burguesía liberal ya no se combaten entre sí. Se funden por el entrelazamiento de sus intereses económicos. Coexisten el feudalismo agrario y el naciente capitalismo industrial. La guerra social termina siempre con el aplastamiento de una de las clases en lucha o con el debilitamiento de ambas. En el caso de la oligarquía feudal y la burguesía demo-liberal chilenas se produce la alianza.

“La lucha, enconada en sus principios, fue corta, pues existían relaciones económicas y sociales que las unían. Los capitalistas habían surgido, en gran parte, de la misma clase latifundista y muchos latifundistas se convirtieron después en capitalistas. Así, terratenientes y capitalistas dominan el país explotando a los grandes sectores populares, a la vez que no tienen el menor gesto de defensa del patrimonio nacional, permitiendo que consorcios imperialistas se apoderen de todas las riquezas naturales del país. El imperialismo inglés predomina desde que jugó un papel tan decisivo en la derrota y muerte de Balmaceda y donde el imperialismo alemán también jugó un papel de cierta consideración; luego, capitalistas alemanes realizan importantes inversiones en el salitre, instalan diversas industrias, monopolizan la energía eléctrica. Su influencia creciente se hace sentir en la educación, organizada desde la época de Balmaceda por una misión de notables pedagogos alemanes, y en el ejército, igualmente estructurado “a la prusiana”. De este modo, pasó a ser un fuerte rival del imperialismo inglés. La influencia de la penetración económica y cultural del imperialismo alemán se ve facilitada por la instalación de diversas casas comerciales y por la existencia de un núcleo numeroso y homogéneo de población de ese origen en una extensa y rica zona del país (provincias de Cautín, Valdivia, Osorno y Llanquihue).

“El imperialismo alemán actúa poderosamente para recuperar el tiempo perdido, puesto que aparece con retardo en el reparto del mundo entre las grandes potencias, y pretende dominar la parte meridional de América del Sur, desplazando a Inglaterra, a base de su penetración económica y del apoyo activo de la población de origen alemán radicada en estas comarcas (sur del Brasil, Uruguay, Argentina y Chile), cuyo clima y condiciones de producción son aptos para el trabajo de los elementos humanos de la Europa occidental. Aún más, diversos tratadistas alemanes estudian este problema y formulan reveladoras pretensiones. Así, Johannes Unold, en su obra “El Germanismo en Chile”(1899), al condolerse que Alemania haya quedado excluida del reparto de América, a pesar de

haber colaborado en su conquista, expresa que, no obstante, pueden cumplir la elevada tarea de instruir y dirigir a los pueblos de Latinoamérica. Los alemanes, según este escritor, “estarían llamados a ser los preceptores y los guías de esas naciones, en el orden intelectual, económico y político.” Johannes Unold plantea como etapa primera para llegar a su objetivo con los gobiernos americanos, por ejemplo, con el de Chile, para colonizar de 3 a 5 millones de hectáreas “en forma tal que se ayude poderosamente a la expansión del germanismo en toda América española” con la constitución de esta “pequeña Alemania en costa del Pacífico”.

15 Pablo Neruda, obra citada, p. 159:

“...Aunque en Latinoamérica no tu vimos el caso de que eminentes escritores como Celine, Drieu La Rochelle o Ezra Pound, se convirtieran en traidores al servicio del fascismo, no por eso dejó de existir una fuerte corriente hitleriana. Por todas partes se formaban pequeños grupos que levantaban el brazo haciendo el saludo fascista, disfrazados de guardias de asalto. Pero, no se trataba sólo de pequeños grupos. Las viejas oligarquías feudales del continente simpatizaban (y simpatizan) con cualquier tipo de anticomunismo, venga éste de Alemania o de la ultra izquierda criolla. Además, no se olvide que grandes grupos de descendientes alemanes pueblan mayoritariamente determinadas regiones de Chile, Brasil y México. Esos sectores fueron fácilmente cautivados por la meteórica ascensión de Hitler y por la fábula de un milenio de grandeza germana.

“Por aquellos días de victorias estruendosas de Hitler tuve que cruzar más de una vez alguna calle de un villorrio o de una ciudad del sur de Chile bajo verdaderos bosques de banderas con la cruz gamada...”

2.8. Influencia alemana en el ejército y el rol de éste en la represión del pueblo

La historia de la penetración alemana en el ejército de Chile se remonta a fines del siglo XIX. Una difícil situación de conflicto con los países limítrofes, impulsó al gobierno de Domingo Santa María –conocido, además, por sus esfuerzos de retornar al autoritarismo portaliano–, en 1885, a reconsiderar el estado del ejército. Se contrató al oficial alemán Emil Körner para encargarlo de la modernización y reorganización. Bajo su dirección se creó la Academia de Guerra, un año más tarde, en los moldes del espíritu militar prusiano. Körner fue el agente de la puja imperialista de Alemania en Chile, expansionista y monopolista que, entre otros demases, necesitaba del salitre natural chileno para sacudirse de toda dependencia foránea para su producción agrícola. Por ello, Körner participó activamente en la Guerra Civil de 1891, junto a la oligarquía del país, para acosar al gobierno de Balmaceda, quién estaba por la nacionalización de los ferrocarriles del norte y, a futuro, también de las salitreras mismas, lo cual amenazaba los intereses de Alemania. Con este mismo fin el embajador de ese país en Santiago, se constituyó en el punto central de la conspiración diplomática y política que llevó a Balmaceda al suicidio y a Chile, a una república oligárquica. Fue bajo el consejo de Körner que se instituyó el servicio militar obligatorio (1900), con lo que se soslayaba el peligro de una milicia o guardia nacional. El ejército se convierte en un bastión ideológico en toda su verticalidad:

- a. La Academia de Guerra, instruyendo a la oficialidad, a la que le asigna un rol profesional, con cabido dentro de la institucionalidad burguesa, de guardia de los valores e intereses de ese sector, con el fin de perpetuarlo en el poder;
- b. y la Conscripción Obligatoria, cuidando de las clases, reclutadas de entre las capas más atrasadas y analfabetas, urbanas y campesinas – puesto que los hijos de familias más acomodadas y los estudiantes se las ingeniaban para evitar el reclutamiento–, a quienes se ubicaba en

regimientos alejados del lugar de origen, con el fin de lograr una mejor manipulación de la realidad que mostraban al soldado raso y una mayor dependencia social.

Las consecuencias en el plano económico de esta intromisión foránea (alemana e inglesa, principalmente), instrumentada a través del ejército y orquestada por la oligarquía latifundista, nos la ilustra el siguiente párrafo de J.C. Jobet¹⁶, que no requiere comentarios:

“El desarrollo de la minería del cobre y de las faenas salitreras acrecentó la formación de capitales. Su inversión permitió levantar grandes fundiciones en el Norte Chico y, luego, montar fundiciones y maestranzas en Valparaíso, como las de “Lever y Murphy” y “Balfour y Lyon”, verdaderos hitos de la industria pesada naciente. En otras regiones se crearon grandes fundiciones para construir maquinaria agrícola y las maestranzas de ferrocarriles y del ejército. Personificó este progreso industrial Ricardo Lever, inglés, que se instaló en Caleta Abarca (Valparaíso). Construyó “cachuchos” para las faenas salitreras. Formó sociedad con otro inglés, Murphy. En 1879 forjó calderas y cañones para los barcos de guerra. Construyó los puentes del Bío-Bío, Laja, algunos del Mapocho y otros; locomotoras y carros planos y lanzó el primer barco de acero de la Armada, “el Meteoro”. Ricardo Lever contó con el apoyo de Balmaceda, quién le otorgó numerosos contratos. Durante la Guerra Civil, Lever fue su partidario, por lo que, al ser derrotado, no pudo obtener nuevos contratos fiscales del gobierno vencedor, el que, además, abrió las aduanas a los competidores europeos. Con el tiempo, su industria pasó a manos de los consorcios extranjeros, quienes la desmantelaron. El destino de la empresa de Ricardo Lever es un símbolo de la muerte del capital industrial chileno frente al capitalismo monopolista internacional...”, historia que ha vuelto a repetirse con los recursos naturales nacionalizados, las empresas y servicios estatizados, las industrias socializadas y las tierras entregadas a los campesinos que las trabajan, en el Gobierno de la Unidad Popular, luego de la usurpación del poder por la Junta Militar.

En 1903, el ejército chileno reprimió la huelga de Valparaíso; en 1906, la huelga de los portuarios de Antofagasta; en 1907, masacró más de tres mil obreros y sus familias en la Escuela Santa María de Iquique. El Ejército –y la Marina– se había convertido en instrumento de la represión del movimiento

obrero emergente, siempre al servicio de la clase gobernante.

La Academia Militar educó una elite militar capaz de enfrentarse a los partidos políticos en los años 20. Un nuevo espíritu nacionalista señalaba “el deber de regenerar el país”¹⁷. A comienzo de la década del 20 ‘se preocupa’ por la crisis social que enfrenta el país e interviene en las luchas intestinas de la clase gobernante –“entre la pequeña burguesía educada en los liceos y la sociedad tradicional”, al decir de Alberto Edwards– y toma por unos meses el poder político (Septiembre, 1924 – Marzo, 1925), logrando impulsar algunas soluciones al problema social, pero sólo en forma superficial, pues “no enfoca la raíz que nutría la injusticia imperante y su adjunta anarquía política y esterilidad realizadora”, sino que se dedicó a atacar y a “depurar al país de los políticos de menor cuantía”, desconociendo que “en el seno de la oligarquía plutocrática era dónde se asilaban los elementos generadores del atraso y descomposición del país...”¹⁸.

Los militares han enfatizado desde entonces el papel de las Fuerzas Armadas de enseñar patriotismo y ser agentes del orden y del progreso ya que sólo ellas “de entre todas las instituciones chilenas, podían elevarse por sobre los intereses mezquinos para salvar la nación”¹⁹. La historia del ejército en defensa de los intereses de la burguesía adquiere en ese momento la fisonomía escandalosa que hoy le conocemos tan bien.

En 1925, las Fuerzas Armadas de Chile confirman su compromiso de clase, realizando la matanza de la oficina salitrera “La Coruña”, cerca de Iquique, asesinando alrededor de 2 mil trabajadores. Dos años más tarde, ayudado por las Fuerzas Armadas, Carlos Ibáñez sube al poder, para establecer una fuerte dictadura policial.

Entre 1924 y 1932, con el respaldo de grupos civiles y, a veces, de la manipulada opinión pública, el ejército tomó parte activa en el establecimiento y derrocamiento de variados gobiernos. Se formaron en su interior corrientes de grupos pro-nazis, derivados de la eclosión de esta corriente en los años 30. A mediados de la década de los 60, el movimiento resurge a la luz pública en el grupo llamado “Línea Recta”, que reactualizaba dichas tendencias.

La oficialidad está formada especialmente por hijos de la burguesía media y alta, e incluso, de las capas más altas. La selección para entrar a la Academia

de Guerra da principal importancia al factor origen social y solvencia económica de los postulantes. Por estas razones y por la inclinación militarista que los singulariza, los chilenos descendientes de alemanes hacen de la Academia de Guerra una meta en sus aspiraciones estudiantiles. Es así como las fuerzas armadas cuenta en sus listas de oficiales más apellidos extranjeros que cualquier otra institución chilena. Muchos permanecen en las filas del ejército una vez terminada la etapa escolar y pasan a conformar la oficialidad que lo dirige y orienta. Y esta dirección y esta orientación están determinadas por el origen de clase de la oficialidad; por lo tanto, el ejército no es sino una herramienta más para explotar a la nación en beneficio de la burguesía y sus aliados extranjeros.

[16](#) J.C. Jobet, obra citada, p. 24.

[17](#) Brian Loveman, obra citada, p. 236.

[18](#) J.C.Jobet, obra citada, p. 166.

[19](#) Brian Loveman, obra citada, p. 236.

2.9. Estructura de la sociedad chilena

Para poder comprender la fisonomía de la historia de Chile es necesario conocer la estructura de su sociedad. Esta se caracteriza por la profunda división de clases y, lo que es más, por la conciencia que tienen dichas clases de esta profunda división y el sentimiento de exclusión recíproca que las anima.

El origen de esta división es de orden histórico: durante la época de la Colonia y aún adentrada la Independencia, existían dos grupos sociales absolutamente definidos: la clase alta, constituida por los propietarios latifundistas, descendientes de los primeros españoles, que constituían la “aristocracia” chilena; y la clase baja, formada por las grandes masas de trabajadores y servidores domésticos. Hacia el siglo XIX se fue perfilando una nueva clase, intermedia, de origen mestizo (criollos), que para entonces ya formaban un número apreciable, y que, progresivamente, fue expandiéndose a medida que la necesidad de cubrir nuevos servicios de función pública y profesional —e incluso, artesanal—, hizo que se les proporcionara una educación adecuada para cumplirlos. Los mandos medios, los servicios medios fueron ofrecidos a una clase media instruida para ello; ni clase alta, pero —de ningún modo— tampoco clase baja. La gran meta de todo individuo “medio pelo” era trasponer los umbrales de su clase y llegar a ser aceptado como uno de ellos mismos por la “aristocracia”. Es en la época de la Independencia que comienza la gesta de la gran puja hacia arriba de la clase advenediza.

El siglo XX ve una nueva división: la clase alta está constituida por dos ramas distintas, pero cuyos intereses comunes en contra de un enemigo común —el pueblo— y su ideología común, las hacen una sola. Por un lado, la vieja aristocracia latifundista y sus descendientes que han conservado las fortunas y su posición social; por el otro, los “nuevos ricos”, conformados por industriales enriquecidos, comerciantes, políticos y hombres de armas, quienes, ya sea por medio de la política o de negocios exitosos, logran escalar el difícil peldaño. Esta nueva clase alta no se muestra tan cerrada como su

hermana mayor, sino que está dispuesta favorablemente a abrirse ante quien pueda medirse como su igual en el campo financiero y esté dispuesto a acatar sus costumbres, modos y pensamientos.

La clase baja está formada principalmente por dos secciones: los trabajadores del campo y el proletariado industrial, urbano y minero. Los artesanos forman un sector del proletariado que tiende a tener una mayor movilidad social ascendente, debido a su posibilidad económica de dar a los hijos una educación que les permita realizar tareas funcionarias y profesionales. Aquellos de origen europeo se encuentran en mejor posición, puesto que la sociedad chilena tiende a aceptar con mucha facilidad a los emigrados de Europa central y occidental.

El sector social que se ubica entre estos dos extremos es bastante amplio; la chilena forma la clase media proporcionalmente más amplia en todo el continente del sur. Comprende desde unos pocos medianos propietarios campesinos, a una vasta variedad de la población urbana; profesionales, empleados públicos y particulares, pequeños comerciantes e industriales, determinadas ramas en la artesanía, rentistas y pequeños especuladores, etc.

En ambos extremos de este amplio espectro es difícil delimitar la pertenencia social, pues la clase intermedia tiende a diluirse con la respectiva clase adyacente. En general, sí que pueden señalarse algunos valores comunes: una fuerte identificación social de NO ser proletarios y, por tanto, un marcado desdén por las actividades manuales y por aquellos que las ejecutan; la aspiración de llegar a disfrutar del nivel de consumo material y cultural y social de la clase alta; una capacidad de acomodo a cualquier situación política o social, con tal de salvaguardar sus posiciones. Sin embargo, en las últimas décadas se ha visto que sectores de la clase media han sabido identificarse con las luchas populares por construir la justicia social.

2.10. La democracia burguesa

“Una Guerra de Independencia contra España, llevada adelante en nombre de la libertad, culminó con el establecimiento de un orden autocrático inspirado por un comerciante (mercader) privado de su monopolio del tabaco, concedido anteriormente por el gobierno. En la tradición de los gobernantes y capitanes españoles, Diego Portales hizo uso del miedo y la represión para imponer el orden político...”²⁰

Este párrafo de Loveman nos pinta de cuerpo entero el carácter de la democracia burguesa que gobernó a lo largo de la historia republicana de Chile. Conservadores, o liberales, o radicales, unos mejor que otros, los presidentes de la república han sido en Chile, los presidentes de y para una clase –la burguesía–, servidores de sus intereses y compromisos económicos²¹. En sus 160 y más años de independencia de la corona española, sólo ha habido dos momentos en que el pueblo ha podido vislumbrar la posibilidad de lograr construir un régimen de justicia social, de verdadera democracia, de participación popular: cuando la República Socialista de 1932 –que duró 12 días– y durante el gobierno del Dr. Salvador Allende²².

La conquista militar del territorio durante los largos siglos de la Conquista y la Colonia, legó a Chile la base de un autoritarismo autocrático y de una profunda estratificación social, así como también, “la institucionalización de la corrupción política, el uso arbitrario de la autoridad gubernamental, la falta de respeto y la evasión de la ley”²³, por parte de la burguesía.

Por décadas, las decisiones políticas y económicas fueron acordadas, más que en el parlamento, en rueda de “caballeros” en los salones del Club de la Unión y las sociedades de terratenientes, intrigas entre amigos y socios rivales en un mismo torneo: cómo explotar mejor para obtener más. Las alianzas y enemistades, reflejadas por los partidos políticos de derecha y centro en la contienda electoral, no eran sino la puja de los diferentes clanes familiares, económicos y geográficos, por lograr su turno en la manipulación política, para lucrar a destajo, ellos, sus aliados y sus cómplices²⁴.

Así sucedió con la Guerra del Pacífico –que acrecentó el territorio nacional en más de un tercio– con su consecuente tremenda expansión económica, que benefició principalmente a la clase dominante, la que enajenó al grueso de la población con el mito chauvinista de la superioridad nacional, racial, cultural, etc., para poder manejarla a su antojo en beneficio de los intereses bastardos de la burguesía de siempre. Siete años después, los clanes económicos en peligro provocaron la caída de Balmaceda –quién había tratado de defender los intereses del país frente al despojo internacional y de sus lacayos de la oligarquía nacional– para entregar el país a la voracidad del capitalismo británico y alemán.

“La contradicción entre las políticas parlamentarias y la evolución del movimiento obrero industrial, influenciado por las ideas socialistas y marxistas, destruirá la adhesión de la nación a la Constitución de 1833 y alterará las relaciones de clase. Finalmente, en los años 20, este proceso culminará con un golpe militar de Estado...”²⁵, en 1924 y una dictadura, de 1927 a 1931 (Ibáñez).

Es preciso admitir que, no obstante las graves deficiencias el período parlamentario, éste dio oportunidad al desarrollo de cierta libertad de prensa y al reconocimiento de una democracia liberal. La intervención militar significó, en lo político, la vuelta a la intolerancia extrema, acentuada por la ideología militar de regeneración nacional; en el plano social, el retroceso al siglo anterior: mientras los cambios socio-económicos empujaban hacia adelante por el siglo XX, sus gobernantes lo retenían a “una versión degenerada de un liberalismo importado en el siglo XIX”²⁶.

Ibáñez parecía garantizar una versión del Estado portaliano del agrado de la mayoría de los conservadores que admiraban a los gobiernos fascistas de Primo de Rivera y Mussolini. Existía todo un ambiente de entusiasta admiración ante la “habilidad de los regímenes fascistas para conducir el crecimiento económico y restringir la corrupción de la democracia liberal. Apreciaban el énfasis del régimen en el trabajo, el orden y la disciplina”²⁷.

Sin embargo, la crisis social provocada a consecuencia de las medidas represivas y de los factores económicos adversos, obligan a Ibáñez a renunciar en 1931, presionado por la oposición civil y militar, la huelga general y la violencia popular desencadenada en las calles.

La dictadura de Ibáñez –aunque no tuvo las extremas características de la dictadura militar presente– fue un anticipo de lo que en 1973 volvería a demoler a la vieja institucionalidad burguesa, corrompida y viciada, y que a la vez desbandaría y diezmaría el movimiento de liberación que el pueblo estaba llevando a cabo a pesar de esa institucionalidad.

A la caída de Ibáñez hubo una seguidilla de gobiernos, civiles y militares, entre los que destaca –también como antecedente premonitorio– la República Socialista, de cortísima permanencia, en 1932. Su “Plan de los 50 Puntos” se puede resumir como la estrategia para resolver las necesidades básicas de alimentación, habitación y educación de las grandes masas pauperizadas, siendo, por ello, necesario destruir la oligarquía terrateniente y plutocrática, explotadora del pueblo, sobre la que descansaba el régimen dominante y el capital extranjero.

“... el gobierno del 4 de Junio produjo un despertar popular gigantesco y todo el país se conmovió con una rumorosa marejada de esperanza... “[28](#)).

Una vez más la acción mancomunada de la oligarquía y el imperialismo aplastaron la sed de justicia del pueblo y las aspiraciones de liberar al país de sus cadenas de dependencia y despojo por parte de los poderes foráneos.

En octubre de 1932, los militares entregaron el poder ejecutivo a los civiles y no intervinieron más abiertamente en la política chilena. Por 40 años Chile fue el único país latinoamericano que pudo presentar a la faz del mundo una imagen política continua, legal, de una democracia formal.

La “estabilidad” de la democracia formal se consiguió manteniendo el control de los votos y de las actividades políticas de las masas rurales y urbanas, por parte de los conservadores, liberales y radicales, por medio de los latifundistas y caciques políticos.

La mantención de la clase dominante en el poder dependía, pues, de la mantención del sistema de propiedad de la tierra y de la distribución de la riqueza. A ello confluyeron todas las medidas políticas, laborales y sociales: la sociedad –desde la iglesia, el ejército y la educación, pasando por los sistemas de previsión social y salud, organización laboral (o más exactamente, el impedimento de una organización libre, independiente crítica y politizada), medios de comunicación de masas, cultura general, etc., la sociedad entera–

tenía como meta la mantención de este estado de cosas, que permitía la riqueza y el poder concentrados en un grupo mínimo, mientras a la gran mayoría sólo le quedaba acallar y resignarse, o servir obsequiosamente.

[20](#) Brian Loveman, obra citada, p. 5.

[21](#) Pablo Neruda, obra citada, p. 383: “Por ciento ochenta años se sucedieron en mi país los mismos gobernantes con diferentes etiquetas. Todos hicieron lo mismo. Continuaron los harapos, las viviendas indignas, los niños sin escuelas ni zapatos, las prisiones y los garrotazos contra mi pobre pueblo.”

[22](#) Pablo Neruda, obra citada, p. 392: “Chile tiene una larga historia civil con pocas revoluciones y muchos gobiernos estables, conservadores y mediocres. Muchos presidentes chicos y sólo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende. Es curioso que los dos provinieran del mismo medio, de la burguesía adinerada, que aquí se hace llamar aristocracia. Como hombres de principios, empeñados en engrandecer un país empequeñecido por la mediocre oligarquía, los dos fueron conducidos a la muerte de la misma manera.. Balmaceda fue llevado al suicidio por resistirse a entregar la riqueza salitrera a las compañías extranjeras.

“Allende fue asesinado por haber nacionalizado la otra riqueza del subsuelo chileno, el cobre. En ambos casos la oligarquía chilena organizó revoluciones sangrientas. En ambos casos los militares hicieron de jauría. Las compañías inglesas, en la ocasión de Balmaceda, las norteamericanas, en la ocasión de Allende, fomentaron y sufragaron estos movimientos militares.”

[23](#) Brian Loveman, obra citada, p. 73.

[24](#) Ian Roxborough y otros, obra citada, p. 6: “... desde los primeros tiempos de la Independencia, la elite gobernante chilena tuvo un poderoso aparato estatal a su disposición, que lo respaldó sin necesidad de tener que compartir el alto costo (de sus gestiones)...”.

[25](#) Brian Loveman, obra citada, p. 212.

[26](#) Brian Loveman, obra citada, p. 218.

[27](#) Brian Loveman, obra citada, p. 218.

[28](#) J.C. Jobet, obra citada, p. 188.

2.11. La lucha social en Chile

Sin embargo, reiteradamente brotaban amagos de rebeldías ante el sistema imperante, dando cuerpo al conflicto de intereses contradictorios de las clases sociales antagónicas de una sociedad capitalista dependiente. A fines del siglo XIX, el movimiento obrero nortino había tomado consistencia. Hubo huelgas organizadas, demandando mejoramiento de salario y condiciones de vida²⁹. Hubo, también, la respuesta desdeñosa de los explotadores: represión y mortandades, despidos y mayor miseria. A principios del siglo 20, surgió un líder capaz de dirigir, empujar y educar a la masa trabajadora, Luis Emilio Recabarren³⁰. La migración de campesinos hacia y de regreso del norte minero permitió una mejor comunicación entre los trabajadores de todo el país. El desierto nortino fue una buena experiencia y escuela de lucha obrera y estos conocimientos fueron comunicados a los trabajadores rurales y urbanos del centro del país, cuando las tensiones sociales requirieron de la acción mancomunada para defender la subsistencia de los explotados. Como nos lo relata Loveman, las condiciones de vida eran insoportables: “Las grandes haciendas rurales en el Valle Central de Chile han influido mucho más que la producción agrícola. Históricamente, constituyen la institución política y social más importante de Chile... En los años 30, del 60 al 75 % de la población rural vivía en las haciendas. El tremendo poder ejercido por los latifundistas sobre la fuerza trabajadora rural hizo de cada hacienda una cuasi-unidad política... Los latifundistas ignoraron o evadieron con éxito la ley de salario mínimo así como antes habían evadido otras leyes laborales; los trabajadores que reclamaban o que inscribían protestas en el Departamento del Trabajo, enfrentaban represalias o despidos”³¹.

El legado de este sistema de hacienda –con toda su connotación económica, social y política– frente al proceso de desarrollo de una verdadera democracia, no pudo menos que generar un conflicto político-social que presentaba relieves agudos ya por la década del 60, para intensificarse en los años de gobierno de la UP y desembocar, finalmente, en la feroz embestida fascista del 11 de Septiembre de 1973.

La falta de oportunidad para alcanzar cierta posibilidad mínima de

desarrollo social y económico en el campo, desata –desde mediados del siglo XIX hasta el presente– las oleadas migratorias de los trabajadores rurales hacia los centros urbanos, donde se enrolaban para trabajar en los servicios básicos, o domésticos, o a un nivel de subempleo, en la minería, caminos, tendido de ferrocarriles, etc., buscando una vida mejor. Nunca ha faltado mano de obra en las ciudades o puertos chilenos y nunca el sistema económico ha sido capaz de absorber la cantidad disponible.

En 1970, Santiago contaba con alrededor de un tercio de la población total del país y un 70 % de los chilenos vivía en centros urbanos de más de 20 mil habitantes, provocando sobre-concentración de población en los cinturones urbanos de poblaciones marginales (callampas), con las secuelas socio-económicas propias de un conglomerado humano falto de los recursos de planificación racional y dirigida, que atendiera a las necesidades básicas, debido a la incapacidad de incorporar la fuerza trabajadora sobrante al proceso de producción.

Además de las actividades agrícolas, el valle central abriga el grueso de las actividades industriales del país. Desde los primeros tiempos, Santiago, Valparaíso y Concepción fueron los centros de mayor desarrollo. La industrialización moderna del país respondió a las exigencias de sustituir las importaciones suspendidas por la Segunda Guerra Mundial.

Toda esta situación general de explotación de los trabajadores, de marginalización de otro sector vastísimo, la generalizada pauperización de la clase trabajadora y la lucha emprendida en los diferentes frentes en demanda de condiciones sociales y laborales más justas, irán abriendo camino a una conciencia de clase y de lucha más amplia y más profunda, al paso de los años.

La respuesta de la clase dominante ha sido siempre la misma: represión. Las masacres de obreros, pobladores y campesinos jalonan la historia de las conquistas del pueblo. Están allí, en el recuerdo, en las mentes y en los corazones de la gente humilde y de los combatientes de Chile, aunque no se halle inscrita, o exista distorsionada, en los textos escolares de los niños chilenos, en las historias generales escritas por tanto erudito de la clase opresora. Por años, el pueblo fue ignorado en la historia burguesa y su gesta, desconocida, hasta que comenzaron a brotar los primeros historiadores de

izquierda y los primeros poetas, cantores y artistas comprometidos.

La oligarquía y la burguesía, aliadas con el gran capital extranjero, supieron mantener a raya la efervescencia social y, si en 1970 no logró controlar la situación –el desborde y el triunfo del clamor popular– pronto recuperó terreno, con creces, cuando se apoderó por la fuerza del poder y del aparato estatal, tres años más tarde.

[29](#) Pablo Neruda, obra citada, p. 193: “Durante muchos años las empresas salitreras instituyeron verdaderos dominios, señoríos o reinos en la pampa. Los ingleses, los alemanes, toda suerte de invasores, cerraron territorios de producción y les dieron el nombre de oficinas. Allí impusieron una moneda propia; impidieron toda reunión; proscibieron los partidos y la prensa popular. No se podía entrar a los recintos sin autorización especial, que por cierto muy pocos lograban.”

[30](#) Pablo Neruda, obra citada, p. 195: “De simple agitador obrero, antiguo anarquista, Recabarren se convirtió en una presencia fantasmagórica y colosal. Llenó el país de sindicatos y federaciones. Llegó a publicar más de 15 periódicos destinados exclusivamente a la defensa de las nuevas organizaciones que había creado. Todo sin un centavo. El dinero salía de la nueva conciencia que asumían los trabajadores.”

[31](#) Brian Loveman, obra citada, p. 26

2.12. Programa y logros del gobierno de la Unidad Popular

La elaboración del “Programa de la Unidad Popular” es la culminación de años de lucha y maduración política, en el sentido de alianza de los partidos de izquierdas y progresistas, de claridad ideológica, de estrategia social. Es así que constituye la expresión de la voluntad popular de conquistar el poder para ponerlo al servicio de las mayorías, en una vía que, sin quiebres violentos ni sangrientos, llevara, a la postre, a la sociedad toda a un cambio de la estructura capitalista por otra socialista y cuyos protagonistas fueran los trabajadores mismos.

En su Prólogo el Programa de la U.P. expresaba: “Chile es un país capitalista, dependiente de las naciones imperialistas y dominado por grupos burgueses que están estructuralmente relacionados al capital extranjero y que no pueden resolver los problemas fundamentales del país –problemas que son claramente el resultado de los privilegios de clase a los que nunca renunciarán voluntariamente.”

El propósito era realizar transformaciones revolucionarias en “el orden institucional”, en “la organización de la justicia”, en “la estructura y concepción de la defensa nacional”, en “la organización de una nueva economía”, en “la cultura, en “la educación” y en “el plano de las relaciones internacionales”³².

En el plano institucional una nueva Constitución legitimaría “la incorporación masiva del pueblo al poder estatal”, y el sistema bicameral sería reemplazado por una Asamblea del Pueblo. En cuanto al tema judicial, sería democratizado también, al ser la dicha Asamblea del Pueblo quién designaría los miembros de la Corte Suprema. En el plano económico, se reemplazaría la estructura económica vigente, “terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo”; para ello el instrumento principal sería el Área de Propiedad Social, conformada con las empresas nacionalizadas de la gran minería, el sistema financiero –bancos y financieras–, los monopolios

industriales estratégicos, etc. Parte importante que jugar le cabía a la Reforma Agraria. En educación se buscaba construir un sistema democrático, único y planificado, que tendiera a la incorporación activa y crítica de los estudiantes, padres y apoderados, así como de los organismos de representación popular, en la transformación del sistema. Los medios de comunicación de masas debían despojarse de su carácter comercializado y ponerse al servicio de la comunidad nacional, asumiendo un carácter educativo, o sea, debían desprenderse de su dependencia de los monopolios para “abrirse a las organizaciones sociales”.

En relación a la **política internacional**, se establecía: la autonomía política y económica de Chile; establecimiento de relaciones con todos los países del mundo; promover la amistad y solidaridad con todos los pueblos; promover un fuerte sentido americanista y anti-imperialista; denunciar a la OEA como instrumento y agencia del imperialismo norteamericano; revisión e pactos y tratados o convenios anteriores que “limiten nuestra soberanía”.

Para poder realizar este programa de transformaciones revolucionarias, dentro de los márgenes constitucionales vigentes, era necesario previamente contar con la mayoría absoluta de los sufragios y que ésta fuera respetada por los sectores de la reacción derechista, lo que no fue así. Ya se vio que el Programa de la U.P. fue constantemente frenado y bloqueado en el Parlamento y el Senado.

Los logros que sí se obtuvieron –y que fueron más allá de toda expectativa– se produjeron en el plano económico y social, donde no se requería de mayorías parlamentarias, o –como en el caso de la Reforma Agraria, o en el Área Social– cuando se pudo utilizar la legislación vigente, rescatada del olvido en que intereses antagónicos la habían sumido.

Los apenas tres años de gobierno popular lograron realizar cambios y avances que décadas de gobiernos burgueses no lograron. A pesar de todos los métodos antirrevolucionarios empleados por la burguesía y el imperialismo coludidos para frenar la emancipación del pueblo chileno, el balance de los cambios es cualitativa y cuantitativamente copioso:

- a. En el plano económico se cumplieron los tres objetivos centrales: nacionalización del cobre, constitución de un área social y eliminación

del latifundio, además de otras medidas derivadas de las primeras. El producto nacional bruto –a pesar de las dificultades que debió enfrentar el país ante la presión de los intereses de la oligarquía nacional y del imperialismo foráneo– tuvo un crecimiento nunca antes visto. La minería del cobre no interrumpió su crecimiento.

- b. En el plano social se realiza la plena incorporación del campesinado, los pobladores, las mujeres y la juventud, al quehacer político, para convertirse así en gestores de la propia historia junto a los demás sectores del pueblo, que ya tenía una tradición de conciencia y lucha social.

Todas las gestiones del gobierno tendieron a promover el mejoramiento urgente de las condiciones de vida de la población nacional. Con una drástica redistribución de los ingresos, el aumento de la producción industrial (12% durante los dos primeros años de gobierno) hubo un incremento de consumo de los productos de primera necesidad y otros. Los servicios de salud se perfeccionaron y cubrieron prácticamente a toda la población. En tres años de gobierno popular se logró construir el doble de lo que se había hecho en el período anterior en el plano habitacional para los sectores más modestos de la población. Las pensiones del Servicio de Seguro Social fueron aumentadas hasta cubrir el costo de vida real y las asignaciones familiares se nivelaron a una cantidad única para todos los sectores de trabajadores. El sistema previsional cubrió a sectores más amplios de trabajadores independientes. La educación se extendió a todos los sectores de la población, en todos los niveles y en todos los tipos. Se logró reducir el analfabetismo a un 10.8% en sólo un año. Las universidades otorgaron facilidades reales para que todos aquellos suficientemente preparados pudieran ingresar a ellas. En el plano intelectual, por primera vez el pueblo participa en el forjamiento de una cultura que expresara sus valores e ideales, sus aspiraciones y su pensamiento, y que remecerá de arriba abajo los viejos esquemas burgueses. El quehacer intelectual y científico alcanza sus mayores niveles. La Universidad, animada por la participación del pueblo y de los sectores progresistas, se pone al servicio de las necesidades culturales, científicas y tecnológicas del pueblo. Por doquier, se manifiesta el empeño de la intelectualidad chilena de recuperar el carácter nacional de la cultura: en la crítica, el afán de conocimiento de la realidad, la creación literaria, en el arte, en la música.

El primer acto del gobierno popular de afirmación de su soberanía autónoma fue establecer relaciones con las naciones prohibidas: Cuba, China, República Democrática Alemana, Vietnam, República Popular de Corea.

“Durante tres años, Chile tiene estatura y presencia internacional. La humanidad está extraordinariamente atenta al original proyecto de liberación social y nacional que se desarrolla en sus fronteras. Su voz se eleva con particular prestigio y gravitación entre los países no alineados. Santiago es sede de importantes eventos internacionales. El presidente Allende viaja al extranjero y es aclamado por los pueblos que ven en él la dimensión de un líder continental. Su voz se hace oír acusadora en el seno de las Naciones Unidas para denunciar la agresión de que éramos objeto y el drama del Tercer Mundo. Los representantes de la humanidad allí reunidos le escuchaban en silencio y le ovacionan de pié³³.

³² Las sentencias entre comillas corresponden al Programa de la Unidad Popular.

³³ Carlos Altamirano, “Dialéctica de una Derrota”, Siglo Veintiuno Editores – México, 1978.

2.13. Golpe de estado³⁴

A) Causas

Si quisiéramos establecer y analizar cada uno de los factores que desembocaron en el Golpe de Estado militar del 11 de septiembre de 1973, nos tomaría años y tratados realizarlo, lo cual no es la intención hacer en esta modesta exposición. Por ello, trataremos de enunciar lo fundamental solamente.

Lo que vemos como evidente es que el pueblo de Chile no estaba en condiciones de defender el gobierno conquistado como consecuencia de largas décadas de lucha social y política.

El poder de los sectores burgueses era demasiado amplio y complejo como para ser desmantelado por las fuerzas populares en las condiciones en que se dio el Gobierno de la Unidad Popular. No se estaba suficientemente preparado para rechazarlo y se menospreció la capacidad de recuperación del enemigo de clase. Si a ello sumamos la intervención descarada del imperialismo yanqui y el boicot del mundo capitalista, comprenderemos mejor cómo las presiones internas y externas precipitaron las contradicciones dentro del bloque político de la U.P., para terminar por debilitar el proceso y hacerlo fácil presa para los intereses opuestos al pueblo, con las trágicas y funestas consecuencias que conocemos.

Chile había sido, hasta 1970, un gran latifundio explotado impunemente por una minoría para su propio goce. Esta minoría no había trepidado en comprometer la independencia económica y política del país y del pueblo, con tal de garantizar la situación interna que le permitía perpetuar sus privilegios.

Por su lado, el imperialismo tenía, en la democracia formal de Chile y en sus personeros, los lacayos adecuados para llevar adelante su línea de dominación política y explotación económica, que le aseguraría su posición hegemónica.

El imperialismo no busca el bienestar de los pueblos ni la felicidad humana

traducida en justicia y paz, porque el imperialismo busca satisfacer sus propias ambiciones de poder y riqueza y para ello no se permite considerar a los hombres más que instrumentos para conseguir sus fines. Al imperialismo no le importa el hombre, sino en cuanto a lo que el hombre pueda producirle. Es así como, asentado sobre la ideología y los valores de clase de las burguesías nacionales, el imperialismo usa y abusa de los pueblos, manteniéndolos o sumiéndolos en niveles de subdesarrollo social y económico, lo cual le procura una más fácil dominación y explotación de los mismos.

Hasta 1970, Chile, a pesar de esporádicas situaciones de intranquilidad cívica, encajaba en el modelo permitido por el Pentágono y las transnacionales, y los monopolios y la oligarquía nativa. Era un país “controlable”. Con la llegada del pueblo al poder, por medio del Dr. Salvador Allende, ese control se les escapaba de entre manos y se sentaba un peligroso ejemplo para los demás pueblos sometidos del mundo; había que impedir el derrumbe del imperialismo a toda costa, o, por lo menos, postergarlo, mientras fuera posible.

Cuando el pueblo de Chile comenzaba a dar sus primeros pasos revolucionarios, cuando se vio que el pueblo realmente intentaba manejar el poder para servir los intereses nacionales y de las vastas mayorías hasta entonces desposeídas, cuando la oligarquía comprendió que efectivamente no tenía cabida como clase en este amplio y profundo proceso de transformaciones sociales, cuando el imperialismo pudo sentir las estocadas que este pequeño pueblo audaz era capaz de infligirle a sus intereses económicos y que ponía en peligro la incondicionalidad política con que tradicionalmente lo adulaba y servía la democracia burguesa, entonces, se dio el oprobioso paso final, que decapitó este intento de transformar pacíficamente la estructura injusta de una sociedad estratificada y con intereses irreconciliables entre una y otra clase: el Golpe de Estado militar.

Si consideramos que, en solamente 50 años de labores extractivas, los yanquis de la Kennecott y de la Anaconda (empresas transnacionales que explotaban la minería del cobre del país) habían retirado de Chile utilidades equivalentes a la mitad del patrimonio físico nacional acumulado en 160 años de vida republicana, se comienza a entender la magnitud de los intereses

económicos imperialistas comprometidos en el país; así cómo también entenderemos la saña con que esos intereses fueron defendidos, sin trepidar en promover un gobierno militar de la calaña más represiva y que traicionó los intereses de Chile, ha diezmado a su pueblo y ha sofocado su cultura, para disfrutar de las prebendas de su prostitución.

B) Represión

Del mismo modo como durante los tres años de gobierno de la Unidad Popular las fuerzas de la oligarquía y el imperialismo boicotearon el proceso de cambios y manipularon desvergonzadamente la opinión pública mundial y los intereses de los sectores burgueses y medios, para conseguir la desestabilización social, económica y política del país, con la misma hipocresía y la misma furia, emprendieron la represión del pueblo y de sus organizaciones de masas, una vez que usurparon el poder. Para ello usaron, y siguen utilizando, las fuerzas armadas de Chile, como elemento principal y visible.

La implantación del régimen del terror desde los primeros momentos del golpe no hizo más que anticipar lo que sería el estilo de vida bajo la Junta Militar para los chilenos de izquierda, los progresistas, las masas de pobladores, los campesinos, los trabajadores, sus dirigentes sindicales, los cristianos con un compromiso solidario y fraternal, cualquier persona que osara criticar o, tan sólo, a no concordar con la línea económica, social, internacional, educacional, represiva, etc., de los auto designados gobernantes.

A las primeras redadas, detenciones y el asesinato masivo de miles de chilenos, han pasado a sumarse en estos años los cientos de miles de hombres, mujeres y, aun, niños, que van pasando por las cámaras de torturas secretas de los servicios de seguridad. Más de un millón de exiliados en noventa y tantos países del mundo, por motivos políticos directos o indirectos, asesinatos selectivos a mansalva, prisioneros políticos y alrededor de 2.500 desaparecidos, dan la muestra de lo que ni los mismos tiranos logran disfrazar como democracia, cuando intentan caracterizar su régimen criminal como “nueva democracia, autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de

auténtica participación social”³⁵.

Es dentro de este contexto que debemos situar a la “Colonia Dignidad”.

En la Introducción ya han quedado expuestas las denuncias oficiales que existen respecto al horrendo rol que juega este lugar enclavado en el territorio nacional, en la represión que la Junta ha desencadenado sobre el pueblo de Chile.

Las especiales características de aislamiento geográfico y social de ese sitio han hecho difícil, hasta ahora, hacer una investigación a fondo de lo que ahí sucede. Además, la histórica alianza incondicional de los organismos gubernamentales con los intereses de clase de la burguesía y del imperialismo, sumada a la discreta hipocresía de los colonos, ponen a ambos cómplices al resguardo de todo ataque frontal público nacional o mundial.

³⁴ Luis Corvalán, 1980:

“El Golpe fascista se dio en Chile para aplastar el proceso revolucionario y ha significado cortar el desarrollo autónomo, someterlo a la expropiación del capital financiero y convertirlo en zona abierta a toda clase de baratijas importadas y en productor de mercancías para el mercado exterior a base de la sobre explotación de los trabajadores. Tal política se aplica en uno u otro grado en varios países del continente. A fin de imponerla, las Fuerzas Armadas chilenas han sido adiestradas profesionalmente e ideológicamente para la guerra contra el pueblo. Mediante los asesinatos, las torturas, los desaparecimientos de ciudadanos, la persecución sistemática, el estado de emergencia permanente y los operativos militares sobre densos barrios de Santiago y otras ciudades, la tiranía pretende mantener al país bajo el terror continuo. Pero el régimen tiene su talón de Aquiles: carece del apoyo del pueblo, no cuenta con la mayoría ciudadana, navega contra la corriente. Los obreros, los estudiantes, las mujeres, no se cruzan de brazos. Aunque falta mucho por hacer, lo tangible es que las luchas crecen, la unidad avanza. La combatividad se eleva. Se entra a una nueva fase. El espíritu de rebelión se va haciendo carne en las masas. Vendrán todavía días difíciles, pero el porvenir es nuestro...”.

³⁵ General Pinochet, en su Discurso de Chacarillas, el 9 de Julio de 1977.

2.14. Conclusion a la primera parte

Luego de una apenas somera reflexión a la luz de los hechos históricos revisados, no es impropio establecer la relación entre dichos factores y la existencia de “Colonia Dignidad”, por muy monstruosa y escandalosa que nos pudiera parecer.

Los manipulados conceptos de democracia, libertad, justicia, respeto humano e igualdad, con que la institucionalidad burguesa alimentó por generaciones a los chilenos, se desmoronan como fanteos de un carnaval grotesco, ante la realidad profunda de esa adoctrinación mentirosa con que se les mantuvo por décadas y décadas.

El poder del gigante propagandístico de la civilización occidental debe ser combatido con la vehemencia de quienes saben exactamente que no es más que un forjador de mitos peligrosos. La denuncia de cada una de las dimensiones del verdadero acontecer histórico nos ayudará a cumplir este deber y para ello es necesario emplear todos los medios a nuestro alcance.

La historia nos dará la razón y el imperio occidental caerá, tarde o temprano, tanto por el propio peso de su deshumanización y abuso, como por la lucha emprendida por los pueblos oprimidos, en pro de su liberación y de la justicia.

Segunda parte
Los testimonios

Preámbulo

1. Presentación

Perfil humano de cuatro ex-detenidos en Colonia Dignidad

Esta segunda parte contiene los relatos de la experiencia represiva “vivida por dentro” y las repercusiones ulteriores en la vida de cada cual, contados por los protagonistas.

Debido a nuestras residencias de exilio en diferentes países, ha habido impedimentos para entrevistarlos a todos personalmente, por lo que, vistas las dificultades existentes, a dos de los compañeros que entregaron su testimonio para este trabajo -sumados al de Manuel y al mío propio-, lo más plausible era hacerles llegar un cuestionario guía para que lo desarrollaran. Gerardo e Iván lo contestaron por medio de una grabación magnetofónica; con Manuel pude sostener una conversación directa y yo agregué el mío, basándome -y transcribiéndolos en parte- en documentos entregados anteriormente a organismos de Derechos Humanos en Europa.

Tengamos presente que el exilio es otra expresión de la represión. Por ello, aún tratando de referirse sólo a Colonia Dignidad, el cúmulo de diversas experiencias tiende a superponerse y entremezclarse, ya que ella no es sino un engranaje más en la maquinaria diseñada para eliminar a opositores.

El cuestionario ha servido para motivar y dar una orientación general. Cada uno lo ha manejado a su modo, enfatizando diferentes aspectos, según su propia vivencia. Cada uno ha seguido el vaivén de sus recuerdos y emociones y pensamientos libremente.

Cada uno logró colocarse en la perspectiva global de su vida, pasado, presente y futuro, aunque no se dio en la forma cronológica, ordenada y separada, que se había programado. En los testimonios encontramos, en general, simultaneidad temporal, en que el pasado surge omnipresente, condicionando el presente y rigiendo el camino hacia el futuro.

No fue éste un trabajo fácil. Por un lado, de la grabadora surgían

sentimientos reprimidos durante años de luchar por sobreponerse a los efectos traumáticos de la persecución y tortura. Por otro, el desarrollo de las comunicaciones y la tecnología se encontraba en un estadio previo al del presente; las cartas enviadas por correo –terrestre, aéreo o marítimo, o combinación de ellos– demoraban días, o semanas, en llegar a su destino y recibir respuesta, las grabaciones se efectuaban sobre cintas magnetofónicas enrolladas en cassettes, en incómodas y pesadas “grabadoras”, simples de manejar, pero poco confiables en cuanto a la conservación de las cintas, que podían enredarse y cortarse, o se borraban, en su manipulación. He tratado de permanecer lo más fiel posible a las palabras de los compañeros, aunque no hay capacidad humana para transcribir la emoción de sus voces.

Había, desde el comienzo, la intención de colocar a cada uno de los testigos en la perspectiva global de su vida: pasado, presente, futuro. Creo que se logró, aunque no se dio en la forma cronológica, ordenada y separada en que se planificó. En los testimonios encontramos, en general, una simultaneidad temporal. El pasado aparece omnipresente y rigiendo el camino actual hacia el futuro. El presente está condicionado por el pasado y la visión del futuro es consecuente de ambos.

Así, pues, fue imposible aislar Colonia Dignidad del contexto vivencial general. Hay, además, otro factor: la experiencia represiva se prolongó más allá de Colonia. Gerardo estuvo preso después en Tres Álamos y unos meses en Puchuncaví; Iván siguió en Puchuncaví por bastante más tiempo; Manuel, aunque fue regresado a casa en unos días, fue vuelto a ser detenido unos meses más tarde; y yo, Adriana, permanecí desaparecida durante tres meses, en una casa clandestina de la DINA, en Santiago. Pero, tampoco terminó ahí la experiencia represiva: el exilio es una expresión más de la represión a la lucha de resistencia del pueblo chileno. Es por eso que, aun tratando de contar sólo lo de Colonia Dignidad, todo esto tiende a superponerse y mezclarse, como los colores de un caleidoscopio. Los compañeros no logran circunscribirse a la experiencia en Colonia Dignidad, porque la Colonia no es sino una pieza más en una maquinaria –tanto en el sentido material, como en el sentido ideológico–; es un engranaje más.

No fue éste un trabajo fácil: de la grabadora surgían los sentimientos reprimidos durante años de luchar por sobreponerse a los efectos

traumatizantes de la experiencia vivida y, aunque traté de ser lo más fiel posible a lo expresado oralmente por los compañeros, no tuve capacidad humana para transcribir la emoción de la palabra.

En estos testimonios encontramos a cuatro militantes, tres hombres y una mujer, que se comprometieron, y siguen comprometidos, con la lucha de su pueblo por conquistar los derechos legítimos a una vida mejor, en una sociedad estructurada en los cánones de la justicia y la dignidad humana. El compromiso social no nos ha restado ternura para entregarla a los nuestros, ni nos ha puesto miopes frente a la belleza del mundo. Es reconfortante comprobar que el mito de hombres áridos e inmovibles que serían los luchadores por el socialismo, el ejemplo de nosotros cuatro lo destruye una vez más. Todos cultivamos alguna forma de arte: “Gerardo hace teatro; Iván es poeta; Manuel busca plasmar la belleza en fotografías; yo escribo; los cuatro amamos la música. Los cuatro poseemos un sentido de profundo cariño y responsabilidad para con la familia. Este sentido ha sobrepasado los límites del parentesco de la sangre, para extenderse a todos los hombres, convertido en un sentido de solidaridad y de confraternidad universal. En los cuatro vibra también el amor y la fidelidad a la patria lejana.

Tomemos estos testimonios como una muestra de la lucha y padecimientos de un pueblo, su fortaleza y sus ideales, expresados por boca de cuatro militantes comprometidos en la causa de los oprimidos.

Para terminar, debo expresar que hacer la transcripción de los testimonios fue una labor dolorosa y, a la vez, gratificadora por que, con ellos, he recordado antiguas épocas de camaradería, pero, he sentido los recuerdos y los sufrimientos de mis camaradas, con lo que también he experimentado el respeto más sentido por su integridad humana y la reafirmación inquebrantable de sus principios. Tomemos estos testimonios como una muestra de la lucha y padecimiento de un pueblo, su fortaleza y sus ideales, expresado por boca de cuatro militantes comprometidos con la causa de los oprimidos.

Comentario

Han transcurrido siete lustros desde que se realizara la investigación para escribir esta denuncia. El tiempo ha impuesto distancias geográficas y/o

ideológicas, incluso la muerte nos ha visitado. Sin embargo, puedo afirmar que mis compañeros de calvario, hoy ausentes de mi entorno, todos nosotros, realizamos acciones judiciales ante tribunales pertinentes y denunciemos los crímenes de la Dictadura de Pinochet en todas las instancias nacionales e internacionales que han estado a nuestro alcance.

Pido encarecidamente tener en cuenta las circunstancias en que este trabajo fue realizado: Había, entonces, aún demasiada cercanía temporal con los hechos acaecidos, el dolor de un exilio forzado, duelos inconclusos, un lenguaje estancado en el discurso épico de una época revolucionaria, manejo del idioma castellano contaminado por el aprendizaje de otro nueva; además, está la circunstancia de que se escribía incluyendo un público extranjero que, probablemente, no debía conocer nuestra historia de nación, y más etcéteras. Es lo que marca diferencia con el presente: Hoy escribiría en líneas rectas y palabras directas; hoy he retornado a la patria y he cogido el torrente de la Historia. Hoy el tiempo ha hecho su tarea de amortiguar las heridas y limar la voz. Hoy hay mayor serenidad para enfrentar el pasado.

No obstante, someto tal cual mi trabajo de entonces, porque me enorgullece haber sido capaz de ejecutarlo, a pesar de las herramientas inadecuadas con que contaba.

Las confidencias de Manuel, Gerardo, Iván y las propias, quedan resguardadas en mi arcano del dolor.

Talca, agosto de 2016.

Cuestionario guía

a. Ficha biográfica:

1. Fecha y lugar de nacimiento.
2. Trabajo de los padres.
3. Lugar en la familia (el mayor, el 5° de 8 hermanos, por ejemplo)
4. Estrato social en el cual te situarías.
5. Describe a ti mismo en cuanto a carácter.
6. Estudios, actividades trabajo, actividad política hasta el Golpe.
7. Después.

b. Detención:

¿Cómo fue?

Cuenta todo el asunto de nuevo (no, no se trata de lo mismo que para el juicio, o sea, detalles del trayecto, etc., esas cosas, no). Ahora se trata de ir relacionando lo que te fue ocurriendo con lo que ibas sintiendo y pensando: tu reacción frente a los hechos. Así: tus impresiones ante el tratamiento de los guardias, su vocabulario, tu situación (manos atadas, ojos vendados, etc.), el interrogatorio, la tortura. Tu reacción frente a los careos o las declaraciones de los demás. Es muy importante que cuentes tus REACCIONES, el cómo se iba desarrollando tu pensamiento.

c. Post-Colonia:

¿Cómo reaccionaste una vez que te encontraste fuera de Colonia Dignidad?

¿Cambió tu conducta diaria? (Bueno, desde luego, Uds. estuvieron presos; pero lo que yo quisiera explorar es ya la reintegración a la vida “normal”, o sea, la vuelta a casa, o la salida al exilio, sí; pero cuando ya se encontraban nuevamente instalados en una sociedad que demanda una conducta de hombre libre).

¿Cambió tu modo de apreciar las cosas? (¿Eran las flores más lindas, o disfrutaste más de la música, o quisiste más a tu familia y a la novia, etc.?)

¿Qué cambios fueron más notorios?

¿Qué ha sucedido con tu modo de relacionarte con los demás? ¿Notas que sientes menor, igual o mayor confianza en los demás? Por ejemplo, ¿eres más/menos introvertido/extrovertido?

¿Cómo repercutió la Colonia en tu vida familiar? En cuanto a relaciones, me refiero.

¿Qué crees tú, que la experiencia de CD fue absolutamente negativa, o que has podido sacar conclusiones positivas en cuanto a afirmación de valores, etc.?

¿Qué haces ahora? (En todo sentido y aspectos).

¿Podría tu compañera, o alguien que tengas muy cerca y que te conozca bastante escribir o grabar su opinión de ti -antes y después de haber escuchado lo que tú me cuentes- sin que tu estés presente, para dejarla absolutamente libre de expresar lo que realmente ve? Eso también es muy importante para el trabajo.

Cualquier cosa que quieras agregar, o cualquier sugerencia o corrección, por favor, compañeritos, háganla. Se trata de que esto salga lo mejor posible para que también sirva mejor a los propósitos de nuestra causa.

Gerardo

Presentación

El primero de nuestros “Perfiles” será aquel de Gerardo. Será él mismo quien nos irá relatando su historia, pues estas líneas no serán más que la transcripción del lenguaje hablado al lenguaje escrito.

Antes de dejarlo con Uds., quiero hacer una breve semblanza del Gerardo que yo conocía al tiempo de su detención, en abril de 1975.

Tendría por aquel entonces unos 18 años. Era un muchacho flaco, vivaz, inquieto de voz grave y ojos escudriñadores. Un día, unos años atrás, había llegado a mi casa acompañando a una de mis hijas que también militaba en la juventud del partido. Mi impresión era que Gerardo era “un buen chico”, responsable y serio, que sabría cuidar a mi niña en cualquiera situación dentro de las actividades juveniles. Si se hacía tarde, era menor mi inquietud si sabía que Gerardo la acompañaba. “Compañerita —me decía—, no se preocupe”, y yo me preocupaba un poco menos.

Muchas tardes se quedaba conversando por horas. Yo sabía que tenía problemas en casa: su padre rabiaba porque no atendía los estudios y “andaba por ahí, perdiendo el tiempo, metido en quizás qué cosa”. Muchas veces Gerardo llegaba donde nosotros, deprimido por la tozuda incompreensión del “viejo”. Su madre era su puntal, y aunque le reprochaba sus andanzas extraescolares, lo protegía de las iras del padre, haciéndose cómplice de sus ausencias o aminorando sus faltas. Por el hermano mayor sentía un gran respeto y aprecio, y muchas veces partía a su casa a “capear el temporal”. Del hermano menor siempre hablaba con cariño.

Su preocupación era la militancia política, entendida por él, como el servicio a la causa de los oprimidos. Su pesadilla era la obligación de asistir al liceo. Coursaba secundaria.

Después del golpe, Gerardo fue sólo algunas veces a casa; no era conveniente para nadie ser demasiado visto en compañía de antiguos militantes de izquierda. Sin embargo, pude darme cuenta que el compañerito

no se había acobardado. Me había pedido que le enseñara francés; tenía el presentimiento de que debía prepararse para enfrentar otro mundo. (Y por algo sería: quien se quedó sentado en su casa, y se inclinó ante los criminales, nada estaba arriesgando...) Gerardo conocía el riesgo. Siendo tan joven (16 años al tiempo del golpe de Estado), Gerardo tomaba toda la responsabilidad de sus actos y se preparaba con madurez, para sobrevivir a lo que se le viniera encima.

Durante mi detención en el campo de tortura no me di cuenta que Gerardo estuviera allí. Sólo meses después, ya sumida en la vida subterránea de la fuga, tuve noticias tuyas por una lista de amnistiados por el gobierno militar en que apareció su nombre.

En la búsqueda de testigos para el Juicio de Colonia Dignidad, alguno de los compañeros que estuvo con el allí, dio su nombre, y fue ubicado. Gerardo decidió al momento prestar toda su colaboración para desentrañar la verdad y denunciar los crímenes cometidos contra su pueblo. Fue en el aeropuerto de Köln-Bonn que volví a abrazar a este muchacho, ya no solo con cariño, sino que también con respeto.

Ahora es el turno de los lectores de conocer por sí mismos a este individuo, “enemigo de la patria”, que mereció ser torturado a la edad de 18 años, vivir prisionero durante meses, ser arrancado del contexto familiar, social y cultural a que pertenece, y, finalmente, condenado a la vida de exilio. Esta transcripción corresponde a su respuesta al cuestionario que le fuera enviado hace unos meses atrás.

La llegada del cuestionario sorprendió a Gerardo en plena preparación de una conferencia (principios de 1981):

“Estoy preparando un trabajo que me tiene bastante preocupado, para el próximo domingo. Es un problema que me interesa bastante y, además, tengo la responsabilidad de presentarlo ante gente que ni siquiera conozco. Será una charla sobre Bertold Brecht. Es alguien que me interesa mucho. Tanto así, que desde hace un tiempo me he dedicado a estudiar más sobre él y a profundizar en sus escritos. Hay que preparar algo que se sostenga sobre la tierra; que no sea banal o muy superficial, puesto que cuando se trata de aclarar ciertos pensamientos de este autor, si se dan opiniones confusas, lo más que se consigue es confundirlos, al igual que las diferentes teorías que sustenta frente

a un montón de cosas. ¿Cierto? Así, pues, pienso que es mi deber hacer un estudio lo más serio que yo pueda.

“Eso, compañerita, con respecto a lo que tengo entre manos, y qué era lo que estaba haciendo cuando llegó su carta hoy día. Luego de leerla, me ha sido imposible volver a colocarme a trabajar, ya que sus preguntas, su cuestionario, su carta en general, me vuelven constantemente, y me es imposible poder concentrarme en lo que estaba haciendo.

“Bueno, voy a tratar de alargarme menos y ser lo más concreto posible. Iré enunciando las preguntas con el fin de facilitarle a Ud. el trabajo de descifrar, pues me imagino que será hartó difícil, por no estar personalmente con el entrevistado. Así, no se conoce el proceso de desarrollo que han sufrido las respuestas, ni las reacciones inmediatas que hayan provocado las preguntas.

La Declaración Jurada

El Testimonio

La Carta

Fragmentos de la denuncia de los hechos de su detención, hecha por Gerardo ante notario, en declaración jurada

“Fui detenido el día 26 de abril de 1975, en Talca, Chile...

...puedo afirmar que el lugar, el centro de torturas que ellos (la gente de la DINA) tenían, era muy aparte del pueblo que tienen dentro de la Colonia Dignidad, ya que no había agua potable en el lugar; la electricidad era producto de generadores, ya que había un constante ruido de generadores. No había baños... y era un constante problema para ellos y para nosotros ya que para nuestras necesidades biológicas debíamos ocupar tarritos. El agua, hacían turnos para ir a buscarla, demorándose cerca de 15 a 20 minutos.

“Dando un aspecto general del lugar de detención mismo, era muy especial, ya que era una vieja casona de campo, la cual puedo decir que era de color blanco porque cuando fui sacado de ese lugar, fui sacado con lentes oscuros y con scotch en cada ojo, pero ese scotch permitía ver hacia afuera... Dentro de este lugar, estaba dividido en pequeñas secciones separadas por sacos de arpillera y por plumavit... los detenidos... eran sacados desde ese lugar hacia

el centro de tortura, que ellos tenían en una pieza especial. Tenían una oficina para la persona que nos trataba psicológicamente tocándonos todos los puntos buenos y dándonos a conocer toda una historia de alabanzas y cosas por el estilo, que nos trataba de convencer para que nosotros habláramos, en forma muy cordial, invitándonos a fumarnos un cigarrillo. Otra característica bien especial es la ampolleta con la cual se alumbraban las piezas. No eran chilenas. Un detalle que quizás parezca un poco raro darse cuenta en esos momentos, pero hay que ver que durante 4 o 5 días la persona no hace nada, donde está amarrada en una camilla de campaña del ejército, no puede más que fijarse en los pequeños detalles que pueden encontrarse en el lugar...

“Yo fui detenido el día 26 de abril de 1975 y nos sacaron el día Primero de Mayo. Durante ese tiempo, no he tenido siempre los ojos vendados... tenía problemas de respiración, por lo cual tuvieron que levantarme la capucha justamente hasta la nariz, y estando acostado en posición horizontal, tapado hasta la nariz, la persona puede ver...

“Salimos de allí... en la mañana... Se nos quitó la venda y la capucha negra, y se nos puso scotch en los ojos... Yo quedé viendo parcialmente por el ojo derecho... La mayoría de estas veinte personas que salieron, pudieron ver...

“Al partir, el bus estaba dentro de la Colonia, cerca de esa casa un poco retirada que hay y que han hecho un poco apurados en cuanto a divisiones. El bus estaba esperando allí. Subimos al bus. Al salir de la casa para subir al bus pudimos ver moras, que abundan en la zona. Se vio todo un sendero, ya que nosotros fuimos sacados por la mañana, al amanecer...

“...Allí (Tres Álamos) fuimos dejados incomunicados en Cuatro Álamos... Estuve 7 días incomunicado y después nos pasaron en libre plática Tres Álamos... (donde) pude conversar con todos los compañeros que fueron detenidos en Colonia Dignidad. Todos éramos talquinos, y todos teníamos la clara convicción de que habíamos sido torturados en la Colonia Dignidad. Había unanimidad, y ello se nos confirmó más cuando fuimos trasladados al campamento Puchuncaví, donde tuvimos la oportunidad de conocer a un grupo de compañeros de Osorno y a otro grupo de Lota. Conversando con ellos sobre las consecuencias de nuestra detención y los lugares de detención donde habíamos pasado, nos dieron las mismas características del lugar...

(En Quebec, Canadá, el 19 de febrero 1978)

Testimonio

“Comenzaré con la **ficha biográfica**, ya que es lo más fácil... espero. No voy a seguir estrictamente el orden correlativo que Ud. trazó en el cuestionario, sino que voy a contestar a las preguntas a las que me siento más inclinado hoy. Como Ud. bien dice en su carta, hay momentos en que mejor es esperar un poco, cuando se requiere reflexionar. Bien, vamos a lo primero:

“Fecha y lugar de nacimiento: Yo nací el 7 de octubre de 1956, en San Javier.

“El trabajo de mi padre: es carpintero. Mi madre es dueña de casa; hace los trabajos de la casa. A veces teje; hace trabajitos de tejido, de costura, cosas así, para otras personas, con el fin de ayudar económicamente a mejorar el salario bastante pobre de obrero de la construcción, que es lo que es mi padre.

“Mi lugar en la familia: soy el cuarto, de cinco hermanos. En casa sólo íbamos quedando el menor y yo.

“Estrato social en el cual me situaría: Creo que no hay duda que debo situarme en la clase proletaria.

“La descripción de mi carácter: ... Qué quiere que le diga [-En la grabación se oye la risita confundida de un Gerardo que quisiera disculparse de antemano-]. Es bastante difícil, ya que tengo una reputación de mal genio... a pesar de que creo que no es para tanto. Hay también otras características que siempre me ha sido difícil desprender de mi imagen exterior, como es la seriedad... y otras cosas así que, a veces, hacen un poco difícil las relaciones, llegando a hacerlas tirantes, con la demás gente. Pienso que hay algo de eso, pero que más importantes son otros rasgos, como la sensibilidad... que no se refleja, necesariamente, en forma tan obvia, sino que uno la guarda más. Sí, son estos mis rasgos característicos: un carácter un poco mal genio, bastante serio frente a la vida y sensible ante los acontecimientos, las relaciones humanas y el montón de cosas que se nos presentan, y cuyo conjunto hacen la vida cotidiana.

“Pienso que sería todo en cuanto a eso. Personalmente, tengo bastantes

dificultades para definirme a mí mismo, pues no me gusta gastar mi tiempo en estudiarme. Eso no significa que, en un momento dado, uno no se analice con respecto a situaciones, o actitudes que uno puede asumir en momentos determinados. Con la descripción más personal tengo dificultades, pues... creo que en estos momentos me estoy conociendo recién. Han habido experiencias -que posteriormente vamos a ir viendo- que me han ido haciendo reflexionar con respecto a esto, y creo, muy sinceramente, que el hombre no termina de conocerse en toda su vida: estamos en constante evolución y vamos adaptándonos o cambiando, según los acontecimientos que van sucediendo, así como también, van cambiando las posiciones que nosotros vamos asumiendo frente a esos acontecimientos, a las transformaciones sociales que se van produciendo.

“Con respecto a las actividades de trabajo, anterior al golpe... En una carta anterior, Ud. tocaba un problema que yo he analizado mucho este último tiempo. Me he dado cuenta que en un período de mi vida, sobre todo en la escuela secundaria, pasé por una etapa en la cual hubo una completa falta de motivación por los estudios. Entiendo que para nosotros era (y hoy, más que nunca, sigue siendo para los que nos han seguido) difícil embarcarse en los estudios -sobre todo para la gente que viene de una extracción social de clase obrera, y tanto más cuando se milita en un partido político-, cuando se está ante la evidencia de tantos factores de injusticia social, de injusticia económica, de injusticia estudiantil. Todo esto hace desviarse del objetivo principal de esta etapa de la vida, como son los estudios. Yo, personalmente, sentía más atracción por los problemas presentes en esa época. Ahora veo que era eso lo que me restaba interés por los estudios: la problemática histórica a que nos veíamos enfrentados. Me fue muy difícil superar aquello; la prueba es que recién hoy lo estoy superando. Es por eso que mi etapa estudiantil en Chile, fue un período difícil y espero... espero que para mucha gente no se repita así. Con el transcurso del tiempo, yo me he dado cuenta que mientras más cosas se saben y más estudios tiene uno, la utilidad que puede prestar al desarrollo de una sociedad es mucho más grande. Y es a partir de ahí que me he propuesto algunos objetivos hoy día; un poco mayores, porque ahora comprendo.

“Paso a las actividades como militante, o actividades sociales. Las comencé siendo muy joven. A la edad de 14 años, sin pertenecer a ningún partido

político, ya comenzaba a integrarme a algunas actividades sociales que fueron entregándome responsabilidades que yo no esperaba a esa edad. Un ejemplo es mi participación en la Operación Saltamontes, que era un programa de desarrollo social que incluía actividades culturales en las poblaciones, en el campo. En un principio trabajé en mi población y luego, en verano, fui enviado al campo. Para mí significó una gran cosa, en la medida en que a esa corta edad se me entregaban, por primera vez, responsabilidades concretas frente a gente con experiencia mucho mayor que la mía, y con lo cual gané mucho; en realidad, mi aporte era mínimo. Era la gente la que me entregaba mucho más a mí, que lo que yo mismo podía dar. Fue ésta una de las experiencias que me fue motivando, y más que eso, me fue realmente, aclarando respecto a la actitud que uno debe tomar ante la crudeza de la realidad. Entonces, ya es imposible evadir una responsabilidad ante ella, ante esos problemas que se manifiestan tan, tan presentes, tan insolutos. Yo diría que esa época de la Operación Saltamontes marcó, no tanto un activismo político, sino que mi despertar de adolescente a la vida misma. Era más que nada -eran 14 años- era un despertar... casi pasional, ante las cosas que se me iban revelando. En esa época fue un compromiso bastante... romántico, el que yo asumía.

“Así, pues, a los 14 años ya estaba desarrollando yo actividades “políticas”. Posteriormente comencé a militar y a tomar responsabilidades respaldadas por mi militancia, como por ejemplo, desde 1971 al 73, en que me desempeñé como secretario de la organización estudiantil en mi ciudad. También tuve tareas que cumplir frente a algunos comités locales. En fin, en ese campo y plano; lo que nos permitía expresar nuestro pensamiento de jóvenes.

“Después... también participé, en mi capacidad, en la lucha que el pueblo reprimido daba contra el gobierno militar. Aquello terminó para mí el año 75, cuando fui detenido. En el aspecto “laboral”, después del golpe, debí ponerme a trabajar como mecánico, a la vez que trataba de proseguir con los estudios.

La detención

“El punto E del cuestionario me lo voy a saltar por ahora. Necesito tiempo para reflexionar un poco más respecto a eso; es... para mí... volver al pasado y... deme tiempo, compañera. Pasemos a otras preguntas que sí puedo

responder inmediatamente.

Post-Colonia Dignidad

“Con respecto a cómo reaccioné una vez que me encontré fuera de Colonia Dignidad:

“Yo creo que, por primera vez, sentí lo que significaba la palabra “LIBERTAD”. El sentido de sentirse, de “ser libre”... realmente. ¿Qué es lo que significa? ¿Es que significa solamente poder comer, poder estudiar, poder realizarse en la vida? ¿O significa más que eso? ¿Significa tener un compromiso ante los demás? Poner el estudio, las adquisiciones, al servicio de los demás...”

Sí, me di cuenta que en el fondo, en la vida diaria, en esa vida cotidiana que asumimos implícitamente como libre, es necesario que cuestionemos el concepto de libertad que hemos manejado hasta ahora. ¿Es que hay, realmente, aquella libertad? ¿O, es tal, esa libertad que nosotros pudiéramos creer tener?

“Salí de Colonia Dignidad para ser ingresado a campos de concentración. Junto a los compañeros -otros tan jóvenes como yo- nos sumíamos diariamente en reflexiones. Había tiempo de sobra para ello. Estábamos conscientes de que habíamos dejado atrás una etapa muy difícil, muy dura. Pero ahora estábamos en otra, también difícil, pero más..., relajada, más humana, menos amenazante. Las condiciones físicas eran diferentes, la situación carcelaria era diferente. Y, lo más importante, dadas las condiciones más “normales”, podíamos contar con, y recibir -sobre todo esto último-, la solidaridad fraternal de todos los compañeros que estaban presentes junto a nosotros, y que nos ayudaban en cada una de las dificultades que pudiéramos tener.

“Nos preguntábamos también otras cosas: ¿Es que hicimos, realmente, todo lo que había que hacer? ¿Lo hicimos bien? ¿Hubo cosas que dejamos de hacer? ¿Por qué? ¿Podía haber dado más de lo que di? ¿O, había que renegar de todo, por haber pasado por lo que hablamos pasado?

“Después viene su pregunta sobre la reintegración a la vida normal, o sea, la vuelta a casa, etc. Pues, sí: traté de reintegrarme a la normalidad en la forma

más simple posible. Pero... mi noción de las cosas había cambiado profundamente. Comenzaba a mirar las calles y la gente con mayor atención, con otra dimensión. Ahora me daba cuenta que estaba cerca de algo, que antes nunca había notado; de reacciones que nunca antes había sido capaz de valorar. Fue la experiencia de la detención -de la amenaza y de la crueldad- lo que me llevó a darme cuenta de ello. Ahora observaba más, miraba más las cosas. Quizás si esta detención frente a lo que me rodeaba, me ha hecho cambiar la imagen que tenía del mundo. (Porque no es el mundo el que ha cambiado; al mundo lo vamos a cambiar entre todos, todos juntos, en la medida que trabajemos para lograrlo, concretamente. Sobre todo nosotros, que debemos luchar para cambiar el mundo de Chile.)

“Yo traté, en realidad, de integrarme. De vuelta a casa tuve oportunidad de realizar algo de actividades teatrales, en un colegio, donde monté una obrita. De ahí, pude darme cuenta que nosotros aun podíamos ser útiles, actuando en otros campos fuera de lo específicamente político: había otras cosas que también eran de utilidad. E incluso, que muchas veces, haciendo otras cosas, no teñidos por la intensidad del activismo político, podíamos ganar gente nueva, podíamos despertar del largo sueño de conformidad o equivocación. Ese sueño que yo veo como una pesadilla monstruosa que se le ofreció y se le impuso a la gente, por largos años. En fin, me fui dando cuenta que nosotros no habíamos sabido llegar a tiempo a esa gente.

“Y fue a partir de ahí que mi concepción de las cosas cambió. Hoy día -yo le digo honestamente- yo no creo, necesariamente, que mi lucha se debe dar sólo, y constantemente, dentro de un partido político. Creo que debemos optar por una amplitud más grande ante diferentes situaciones y gentes. Ante gente que no necesariamente hace parte de la nuestra, o de nuestra ideología, o de nuestro partido. Pero que sí es parte de la realidad... de esa realidad de mierda que vivimos todo el tiempo; de explotación, de miseria, de hambre, y que es justamente por lo que nos acercamos a esa gente. Yo pienso que, aun sin estar representando a un partido, en un momento dado, es nuestra obligación ir entregando conciencia, ir despertando a aquella gente de ese letargo, de ese sueño monstruoso. Tan monstruoso, que a veces nosotros mismos tratamos de ignorarlo, o que evitamos luchar contra él.

“Es por todo esto que le digo anteriormente que mis posiciones han

cambiado. Mi posición ante la vida; no mis posiciones políticas o ideológicas. Esas no han cambiado, siguen las mismas. Sólo que hoy, en día tengo más amplitud para ver las cosas. Por eso, tal vez, es que puedo ver con más esperanza... de que vamos a poder salir adelante un día.

“Posiblemente... (Voy a tener que hacer un paréntesis, compañera)... posiblemente me esté saliendo del tema, pero Ud., ve que es difícil no hablar de todo esto. Se ha convertido en parte nuestra, es parte de nuestra realidad cotidiana aquí, en el exilio. En estos países extranjeros en que nos hemos visto obligados a vivir, tenemos las dificultades de integración y los riesgos de alienación, el arribismo. Es todo esto, también, lo que me ha ido cambiando. Claro, y cuando Ud. me pregunta si yo, en esta sociedad nueva (para nosotros), en esta sociedad “libre”, que demanda una conducta de hombre libre, si yo... Yo me sigo preguntando todo el tiempo: ¿Es que somos libres? Pienso que en mis condiciones personales, yo no soy libre, y por eso mi conducta no podrá ser la de un hombre tal. Es cierto que tengo la libertad de estudiar, o de comer, o de realizar lo que yo quiero, e incluso, de opinar - que eso en Chile está prohibido-, pero hay esferas fundamentales a las cuales yo no tengo, ni puedo tener, acceso en esta sociedad. En fin, es difícil escapar de la tentación de filosofar.

“Miro a continuación el resto del cuestionario: “¿Cambió tu modo de ver las cosas?” Creo que sí, compañera; creo que ya he hablado bastante con respecto a eso. Y si: las flores eran más lindas. O, quizás no eran más lindas, sino que yo aprendí a verlas mejor. A sentirlas; porque antes nunca les hacía sentido. A sentir... su estructura, a sentir sus colores.

“En cuanto a la familia, también ese concepto ahora es diferente. Mi familia (mi padre, mi madre, mis hermanos) formaba parte de mí, pero yo también me sentida formando parte de una gran familia: la sociedad entera. Fue esa concepción de mi militancia y de mi humanidad lo que me llevó a generalizar un poco demasiado. Hoy comprendo más claramente la pertenencia a estas dos familias: la “propia” ,y la “grande”; pero también sé que para poder construir la gran familia, tenemos que saber construir primero la nuestra. Me he dado cuenta que es necesario aprender a crear la nuestra antes, para ir a continuación a crear la otra afuera.

“En cuanto a las relaciones mismas con todo el mundo, también ya lo hemos

tocado al comentar otros puntos. Cambié, pues el sufrimiento me enseñó a querer encontrar en cada uno “algo”. Estoy más abierto ante problemas, pensamientos o posiciones que no sean iguales a las mías. Antes yo caía un poco en el sectarismo.

“Ahora: los cambios más notorios que yo he podido detectar: la capacidad de analizar con calma y detención, tanto las situaciones personales como las exteriores. Esto me permite encontrar una respuesta clara y objetiva a las necesidades reales de las situaciones que se vayan presentando. Lo que me ha dado mayor comprensión para con los demás, y por lo tanto, tenga mejores relaciones con ellos. Incluso son gente que no es de izquierda. Cuando se abre el diálogo, uno los entiende a ellos y ellos van, poco a poco, comprendiendo nuestras razones, valoran nuestros puntos de vista y, muchas veces, cambian su forma de ser...

“Hay tanta interrelación entre los hombres, las situaciones y uno mismo, que era por eso que yo le decía anteriormente que yo no creo en la posibilidad de describirse uno a sí mismo. Además, el transcurso de la historia, la evolución social, va transformando al hombre.

“Bueno, pasando a otra presunta: “¿Cómo repercutió Colonia Dignidad en tu vida familiar?” Creo que repercutió en forma positiva. Aquello logró lo que muchas veces antes no habíamos logrado en la vida cotidiana misma. Las relaciones se fueron ampliando y profundizando. En el núcleo familiar fuimos pudiendo tocar cosas que nunca antes hablamos osado. Nuestras relaciones ya no eran esas relaciones tirantes que eran habituales antiguamente. A partir de ahí que la vida familiar fue ganando.

“Debo decir que la experiencia de Colonia Dignidad, como la experiencia de los campos de concentración, fue positiva en la formación de mi personalidad adulta. Entendamos: fue negativa en la medida en que perdimos la libertad inmediata y sufrimos apremios tanto físicos como psíquicos; pero fue positiva porque ganamos algo, que nunca antes habíamos considerado ni notado: la confianza en sí mismo, el espíritu solidario, el compañerismo, y la comprensión de la necesidad de mirar más allá de la superficie de las cosas, de lo que lo habíamos hecho hasta entonces. Todos -me atrevo a decir- a la postre, ganamos indirectamente con la experiencia represiva. Pienso que es un gran error creer que por habernos quitado la libertad, o, como producto del

miedo experimentado, se haya podido neutralizar la conciencia y la combatividad política de las personas. En la medida que atravesábamos esos períodos difíciles, íbamos acentuando, agrandando la confianza en el hombre; nos íbamos dando cuenta de que el hombre, individual o colectivamente, es capaz de realizar cosas que antes nunca imaginamos. La vida va obligando a las personas a ir ajustándose a nuevas circunstancias, a comprender errores y a confirmar convicciones. En nuestro caso, esto es la resultante de una experiencia muy dura, pero que ha sido fructífera. Tomando las palabras de un antiguo compañero, obrero de la construcción: «Entré a la universidad sólo cuando estaba levantando sus paredes; pero yo he asistido a otra, más grande, a la universidad de la vida». Pienso que es importante el valor que ocupa la experiencia de la vida en el desarrollo integral del hombre, y es bueno no menospreciarla. Nosotros aprendimos en Colonia Dignidad lo que difícilmente habríamos aprendido fuera de esa realidad determinada.

“¿Qué haces ahora?” Como le decía antes, me di cuenta que para ser más útil en todo desarrollo social, en toda transformación social, a mayores conocimientos tengamos, mejor podremos servir a aquella transformación. Es por eso que yo me he dedicado a estudiar... y a reflexionar. La falta de ambas cosas me causó grandes dificultades en el pasado, incluso de tipo familiar. Estaba el conflicto entre la gente con más experiencia, que me aconsejaba estudiar, y mi entusiasmo -esa pasión recién descubierta, de que le hablaba por solucionar los problemas sociales más inmediatos que me rodeaban y que yo sentía que me llamaban en forma personal. Para mí, entonces, era más urgente solucionar eso inmediato que estudiar, que era una acción a futuro. Hoy veo que ambas cosas son necesarias, que no podemos desligar la una de la otra. Hay que ir entregando cosas concretas en el presente, pero también hay que ir mirando hacia el mañana. Por eso hoy me preparo, para poder llegar algún día a Chile a construir una nueva sociedad. Pienso que esa es la gran tarea nuestra, sobre todo de los más jóvenes, de los que se están formando aquí. Aquí he descubierto la literatura, me he ido sensibilizando. Voy encontrando el medio de expresión que me permite decir libremente lo que deseo; contar nuestra experiencia, por ejemplo, en los campos de detenidos y los campos de concentración, cuando uno estaba golpeado moralmente y había gente -no uno, sino diez, veinte, treinta compañeros que estaban dispuestos a apaciguar el golpe, a ayudar a levantarse-. O también

contar cómo allí uno fue conociendo íntimamente a la gente con que trabajó por años, en su vivir cotidiano, en sus quehaceres cotidianos, en sus problemas. Pues, es importante conocer aquello también, ya que de ahí va surgiendo la necesidad de implicarse en la vida de los demás.

“Soy realista; mis posiciones son objetivas y tengo confianza en que el hombre será capaz de sobrepasar los problemas actuales. Posiblemente no será en nuestra generación, pero será en la siguiente. Cambiaremos la cara del mundo que hoy sufrimos. Por eso hay que sumarse a la lucha de hoy. Es nuestra obligación... y la obligación personal mía, como la de todos aquellos que pasaron por las experiencias que nosotros pasamos: trabajar en función de la liberación de nuestros pueblos de América Latina, con amplitud, allegando fuerzas desde todas las posiciones. Es así como la actividad fundamental del grupo de teatro con el cual trabajo, es despertar aquí, en Canadá, la sensibilidad pública frente a nuestros problemas -tanto entre los canadienses como entre los latinoamericanos residentes-, para ir metiéndose más en las realidades que se viven en nuestro continente. Tal vez estas actividades no sean grandiosas en cantidad, pero corresponden a las capacidades reales nuestras, tanto humanas como materiales... y hay que ser realistas. Lamentablemente, aquí no estamos en Latinoamérica, donde las fuerzas humanas y materiales están al servicio directo de los cambios y en otro plano. Como Nicaragua, por ejemplo, que ahora construye sobre el primer paso conquistado. Como tendrá que suceder en El Salvador y en los demás países, en el futuro. Aquí hacemos lo que nos permiten las circunstancias...”

La carta

Los meses pasaron en espera de la segunda parte prometida por Gerardo, en su primera grabación. No llegó. Sólo una carta, en septiembre, vino a darme algunas luces. Después he vuelto a insistir, pero la cinta no llega. Debo entender que Gerardo no nos hablará de su detención propiamente tal.

Hemos visto que este ha sido un muchacho fuerte, que ha logrado manejar el medio hostil del exilio, y que se está abriendo camino por la vida. Gerardo nos ha contado de sus luchas, de sus pensamientos y de sus sueños. Y nos ha dicho que, a pesar de todo, Colonia Dignidad fue una experiencia positiva. Bien. Pero... ¿cuál habrá sido el precio para llegar a esas conclusiones

valerosas, que el compañerito no ha podido romper con ese verdadero bloqueo psicológico, que es lo que le está impidiendo cumplir con su reiterada promesa de hacerlo?

Sólo nos queda respetar su silencio.

Sin embargo, para terminar con su “perfil”, me tomo la libertad de extraer algunos conceptos de la carta de septiembre:

“Querida compañera:

“He recibido su carta, en la cual me pregunta por las respuestas a la segunda parte del cuestionario. En realidad, hace bastante tiempo que lo tengo programado, pero siempre hay algo que me impide realizarlo...

“Hoy he decidido escribirle ésta para explicarle algunas cosas que creo que son necesarias, antes de dar un segundo paso en este trabajo. Le escribo ya que la grabadora está en huelga, desde hace algunas semanas, y debo decirle que escribir es mucho más difícil y complicado, sobre todo cuando tengo que hablar sobre lo que para mí es más difícil. Dejo en claro que esta dificultad no es producto del miedo al recuerdo del pasado, o bien, el resultado de una crisis nerviosa, lo que me impide hablar sobre aquello. Pero sí que, quizás, sea el respeto a ciertos compañeros, o la falta de respeto por otros, o la toma de conciencia sobre el significado de esta experiencia, o simplemente, el tiempo, que ha hecho posible el olvido de aquellas pequeñas cosas que permitieron salir de las dificultades. Pero, es necesario decir que el recuerdo de la situación global es imborrable, pasando a ser parte de nuestra formación, de nuestra vida, al punto que terminamos preguntándonos si acaso sin esta experiencia seríamos los mismos hoy día.

“Es quizás por esto que yo digo que esta experiencia pasó a ser parte integral de nuestras vidas. Y es más, estimo que es hito de primera importancia en nuestra existencia. A lo mejor podría parecer absurdo lo que digo, y más si miramos la cantidad de camaradas muertos en la tortura, o en los campos de concentración o en las cárceles. Pero lo afirmo; a pesar de estos compañeros que no podremos olvidar porque son el sacrificio de nuestro pueblo en su camino hacia la libertad.

“De esta experiencia debemos sacar los máximos provechos, todos aquellos que estén a nuestro alcance. Debemos ser objetivos y realistas, y por eso

mismo, tener una visión positiva. Quizás si mi visión venga del hecho de que siempre me he considerado como una pieza más en el gran movimiento de liberación del pueblo, y como tal asumo mi responsabilidad...”.

Iván

El SENDE Certifica....

El Testimonio

lo de “detención temporal”... ¡durante 19 meses!

También es preciso apreciar que la fecha de detención fue mañosamente alterada con la clara intención de enmarcarla en los preceptos legales vigentes en aquel entonces, y que indicaban que nadie podía ser mantenido incomunicado por más de dos días (48 horas)...

Presentación

También a Iván lo conozco desde nuestra ciudad en Chile. Era un muchacho alegre, siempre en primer plano en las actividades juveniles. Muchas veces lo vi encaramado a un entablado, bailando nuestras danzas folclóricas o cantando con su grupo, o representando obras teatrales circunstanciales. Su risa joven, su tremenda energía y entusiasmo, hacían de este muchacho delgado e inquieto, centro de las miradas, en las barras de su partido con ocasión de los actos políticos y culturales en poblaciones o estadios. Aún resuena en mis oídos su voz estentórea cuando, frente a la muchachada, dirigía el grito de lucha: “¡Jo... o... ta, Jo... o... ta...!”, para obtener la respuesta vibrante: “¡Ce... Ce...!”.

Para el golpe militar, Iván no se desdibujó, a pesar de los riesgos. Ese mismo día nos cruzamos a la entrada de una población, cada cual asumiendo las responsabilidades que le correspondían en la protección y refugio de camaradas en peligro. Lo recuerdo en esos días, con el asombro horrorizado en los ojos ante tanta barbarie, pero con la voz firme reconfortando y la risa combatiente.

Más adelante, volvía a encontrarlo una y otra vez, siempre cumpliendo su misión de ayudar a los compañeros perseguidos. Volvió a cantar, bailar y actuar en los actos solidarios cobijados bajo el alero de las parroquias poblacionales: en una ocasión el valor de entrada sería un tanto -lo que cada cual pudiera aportar- de “tecito”, arroz, azúcar o harina; en otras, sería un juguete viejo para alegrar a un huérfano; o ropa remendada, o medicamentos, o revistas para los presos. El pueblo volvía a juntarse para prestarse apoyo mutuo. Iván, arriba del estrado, brindaba la oportunidad y la excusa.

Supe, entretanto, que el muchacho había sido expulsado de la universidad y que también había sido separado de sus horas de clases de biología en el liceo.

Había sido decretado “individuo peligroso” para la sociedad, según la Junta, y había pasado a engrosar las filas de los “sospechosos” cesantes.

Llegó el 23 de abril de 1975, el día en que caí detenida. Ya en el misterioso y terrorífico lugar a que fuera conducida junto a muchos otros, el primer nombre que logré distinguir entre todos los que voceaban los guardias para ser llevados a tortura, fue el de Iván. Me hicieron escuchar grabaciones de su tortura, grabaciones de los interrogatorios a que fue sometido. Como un trasfondo monstruoso, se oían cubiertas por el primer plano de insultos, vociferaciones, sonidos de golpes, y los alaridos incontrolables arrancados por la corriente eléctrica, de las gargantas de los torturados, las grandiosas armonías del “Capricho Italiano”. Tampoco yo podré volver nunca a escuchar con placer la música de Tchaikovski.

Volví a ver a Iván en Alemania, para el Juicio. Fue hermoso abrazar, ya no a un muchacho, sino que a un hombre meditativo, marcado con la profundidad serena que da el dolor vivido.

Iván es hijo de un viejo luchador de la causa del pueblo, quien muchas veces me conversaba, con orgullo, de ese joven, continuación de su propia existencia: Iván tomaba el curso de las aguas progenitoras. Ahora la vida-experiencia, la lucha-conciencia, lo están convirtiendo en torrente capaz de sobrepasar el cauce heredado.

He aquí lo que Iván nos cuenta:

Testimonio

Datos biográficos

“Nací en Talca, un 28 de agosto de 1950. Mi padre trabajaba como profesor primario y mi madre es dueña de casa. Soy el menor de una familia de tres hermanos y que estaría situada en la pequeña burguesía.

“En cuanto a mi forma de ser, yo creo que soy más bien alegre, bueno para echar al hombro las penas y, tal vez, con cierta facilidad para sobreponerme a las situaciones difíciles y ayudar al resto a que también lo haga. A pesar de que en la vida hay muchas cosas que tienen un lado oscuro —sin dejar de

saberlo— he tratado de ir tomando lo mejor de ella, para provecho de mí mismo y de los demás.

“Los estudios que alcancé a realizar en Chile hasta el desastre provocado por el golpe, alcanzaron hasta 5º año de biología. En el año 1975, se interrumpieron mis estudios, cuando, como decenas de miles de estudiantes chilenos, fui expulsado de la universidad.

“Mi actividad política fue, y ha sido siempre, como miembro de la Juventud Comunista, hasta que posteriormente he tenido el honor de ser promovido a miembro del partido.

La detención

“Si nos detenemos a ver las condiciones de mi detención, observaremos que no es más que una de las muchas que ha efectuado el fascismo. Yo estaba trabajando para ese entonces en un liceo de Portezuelo, que pertenecía a una congregación religiosa.

“Mi detención se produjo el 21 de abril de 1975. Como a las 10 de la mañana, yo me encontraba haciendo clases en el colegio, cuando se presentaron unos jóvenes diciendo que deseaban conversar conmigo por un cuarto de hora. Ese cuarto de hora... bueno. Apenas me tuvieron al alcance de sus manos, me pusieron una pistola en las caderas y me dijeron: «Bueno, tal por cual, súbete al auto, que queremos conversar contigo». Una vez en el interior del vehículo, aclararon: «Mira, la verdad es que no queremos que tomemos las cosas por el lado grave: nosotros somos miembros del Comité Central del Partido Comunista; sabemos que tú eres comunista, y lo que necesitamos es informaciones para ponernos en contacto con la gente de tu ciudad».

“Yo soy de Talca y había vivido allí hasta que debí trasladarme a Portezuelo por mi trabajo en el liceo. —Portezuelo está en la provincia de Ñuble, y ubicado de Chillán hacia la costa, cerca de Ningüe, pueblo natalicio de Arturo Prat. —La mentira era demasiado grosera para creerla, así es que les conteste que no les creía y que no podía entregarles ninguna información porque desde hacía un par de años, después del golpe, yo no tenía ninguna relación con los integrantes del partido, ya que consideraba que nada se podía hacer, y que

sería una locura siquiera intentarlo. Ellos me respondieron que si no colaboraba iba a ser peor porque ellos tenían la orden del Comité Central de matar a todo aquel miembro que se transformara en traidor a la causa y que se negara a cooperar. Cuando les manifesté que pensaba que eran miembros de Patria y Libertad, o bien de la policía secreta, se molestaron bastante y me vendaron la vista antes de partir por un camino vecinal. Volvieron a insistir: «Esta es tu ultima oportunidad. Entrega los nombres de las personas con las cuales tú estás trabajando, con las cuales tú quieres trabajar, o se podría trabajar en Talca. Necesitamos el nombre de todos esos huevones...». Ante mi negativa reiterada, me sacaron del automóvil diciéndome: «Gente de tu calaña no necesitamos, por lo tanto lo mejor es que te matemos». (Los términos yo los digo un poco más “catedráticos” pues ellos, se expresaban a “garabato limpio”).

“Me sacaron a un potrero, sentí que uno amartilló una pistola y me dijo: «¡Huevón tal por cual, hasta aquí no más te llegó tu hora!». Y disparó. Entonces yo... ¡ay! —Bueno, esos son momentos bastante críticos, porque uno no sabe en ese instante si está vivo o está muerto. Llegar a enfrentarse con esa probabilidad de muerte es harto decisivo, pero cuando no queda más que jugárselas al cara o sello, hay que entrar a decidir ahí mismo. Pienso en las decenas y cientos de compañeros que han pasado por la misma situación. —Me dijeron: «¡Tuviste suerte, huevón, pusimos balas de mentiras!».

“Así, pues, me vendaron de nuevo, pero, esta vez no me pusieron dentro del automóvil, sino que me metieron al cofre del auto. Había allí un fuerte olor a petróleo, pero podía respirar algo por una rejilla de ventilación que había a un lado. Pienso que ese vehículo había sido adaptado para el propósito de transportar detenidos simuladamente, sin que la gente se diera cuenta. Así fue como se detuvieron —pareciera que en Chillán— y yo podía oír conversaciones de transeúntes, sentir el ruido de la circulación de vehículos, pero, claro, nadie podía saber que había un hombre detenido en el cofre de un auto de aspecto normal.

“Lo que yo experimentaba encerrado en el cofre eran muchas cosas. Al principio había creído que se trataría de una detención provisoria. Pensaba que se acercaba el Primero de Mayo, y que estarían haciendo detenciones preventivas, o para verificar antecedentes y datos. Había estado detenido

antes por tres días, en el regimiento de Talca, justamente en un chequeo general de gente de la Unidad Popular. Se había hecho una declaración que había sido repartida a la salida de las industrias, junto con panfletos. Entonces había sido bastante maltratado, pero no había pasado de eso. Sin embargo, por el trato que estaba recibiendo, yo veía que la cosa era más seria. El potrero, los golpes, el cofre, y así... Todas esas reflexiones me las iba haciendo durante el viaje. Me decía: “Si fuera cosa simple, no habrían venido a buscarme desde Talca hasta mi lugar de trabajo”.

“En fin, fue en esta incertidumbre que al cabo de una hora y media, más o menos, llegamos a... mi lugar de tortura. Lugar que era muy especial, ya que estaba adaptado para ello. El interior, yo creo que aquí no es necesario describirlo porque ha sido ya descrito detalladamente por cantidad de compañeros. Había una especie de sistema de ventilación, como extractores de aire, que “ellos” llamaban turbinas; había divisiones que eran provisorias; esas piezas estaban separadas unas de otras por sacos; estuvimos siempre, mientras duró la detención, amarrados de pies y manos, con una venda en la cabeza o un saco, lo que nos impedía ver a nuestros carceleros. Estos, no sabíamos quiénes eran. No aceptaban que se les llamara soldado, ni menos, guardia. Había que decirles “jefe”.

“Se daba allí lo que parece ser regla general en los centros de interrogación: el doble juego del “bandido bueno” y del “bandido malo”. Me explico: había algunos carceleros —hay que distinguir entre carceleros y torturadores; los tipos que cuidaban eran los carceleros— en cuyos turnos no pasaba nada. En esa guardia, de cuatro o cinco horas —no puedo especificar, pues por las condiciones en que estábamos, perdí la noción del tiempo— uno sabía que iba a tener un par de horas para dormir, que era lo que más se necesitaba para reponerse de la tensión constante, cuando los oía llegar. Pero había otro turno, con otro equipo de carceleros, en que no se dejaba tranquilos a los detenidos: el golpe, el culatazo, el puntapié, en cualquier momento; el tipo pasaba por el lado de uno y lo golpeaba sin razón. Si estaba durmiendo, lo despertaba de un culatazo, y así..., que «¿Por qué estás durmiendo, huevón? ¡Estas no son horas de dormir!». O, «¡Tú, huevón, no tienes que dormir!». En cambio, los “bandidos buenos” te decían: «Mira, cabro, duerme, trata de recuperarte. No seas tonto, no te votés a choro; mira que aquí no tenís ninguna posibilidad de hacer nada. Lo único que podís, lo mejor, es contar la firme, porque todos

están tratando de cagarte. Así es que cuenta la firme, no tenís por qué preocuparte de otras cuestiones...».

“Fue así que me sucedió que llegó a mi lado uno de los “bandidos buenos”, cuando nos habían repartido la comida. Me ordenó sentarme, me soltó las manos y me quitó la venda (fue la única vez que me acuerdo que ocurrió esto, mientras estuve allí), y me dijo: «Mírame bien; fijate, acuérdate de mi voz; porque yo no soy el que te tortura, y yo estoy aquí solamente para cuidarte, y cuando yo estoy de turno de noche, trato de abrigarte los pies, que no te resfríes, que lo pasís lo mejor que puedas, porque yo sé que esta situación es muy fregada y que el día de mañana podría cambiar, a lo mejor. Y no todos tenemos que pagar las habas que se comió el burro. Nosotros estamos aquí — o, por lo menos yo— cumpliendo órdenes y no puedo hacer otra cosa». Fue tal cual él me dijo. Estábamos en esto cuando nos sorprendió uno de los jefes. Yo lo divisé en el momento en que entraba a la celda, pero el tipo se volvió inmediatamente atrás, llamando al guardia que estaba conmigo, para que explicara este hecho contrario a las estrictas reglas del campo. El resultado fue que me quitaron la comida (la “comida”, entre comillas:), me vendaron y me amarraron de nuevo; del guardia no supe más hasta que unos días después le oí la voz, pero no volvió más al lado mío. Yo no sé qué pasó con él, si era comedia o si realmente no era comedia... Lo que sí puedo afirmar es que el jefe se sorprendió de verdad cuando me vio con la vista descubierta; seguramente, pensó en la posibilidad que lo reconociera en la calle, si es que salía con vida.

“Un factor psicológico muy importante en la tortura, es el oír torturar a otros. Es tanto o más fregado que ser torturado uno mismo... sentir los gritos de un “compañero” que ha estado a tu lado minutos antes... ¡Uno se siente tan impotente! Uno se aprieta las manos, dan deseos de quebrar todo... ¡y tratar de hacer una locura! Y también está el tratar de no pensar, el tratar de olvidarse, que después le va a tocar a uno lo mismo. Después, uno siente la llegada del compañero a la camilla del lado, convertido en un bulto, para que le digan a uno: «¡Ya, huevón, es tu turno!» Esos eran minutos en que me sucedía hacerme una radiografía de mí mismo. Qué se yo, uno pensaba en todo aquello que amarraba a la vida... uno no podía saber nunca si volvería o no... como cuando decían: «Mira, huevón, a lo mejor tú tienes más suerte que el otro. Había un huevón enfermo del corazón aquí, en esta misma camilla. El

huevón no resistió y “se fue”».

“Claro, uno no veía, uno no podía saber si era cierto o no, y no se estaba en condiciones de analizar nada. Lo más probable es que uno creía. Y es posible que haya sido así. ¿Sería cierto? ¿O lo harían por jactarse? Yo creí que a lo mejor había un compañero que momentos antes había muerto... allí mismo donde me tenían a mí... ¿O era solo parte de la “técnica” para que uno hablara?

“En la tortura lo primero que uno se permite hablar —si es que habla— es sobre lo que uno sabe conocido. Si los tipos saben que uno ha sido medianamente hombre público —dirigente universitario, dirigente poblacional, dirigente político—, es inútil decir que no se militaba en un partido político, pues seguramente ellos conocen las listas para elecciones en que se apareció como candidato en la universidad o como regidor, etc. Las listas iban por partidos políticos y habría sido ridículo decir que uno era simpatizante, o algo por el estilo. No, esas cosas que todo el mundo sabía, uno podía tirarlas sin problema. Había otras cosas que sucedían, que podían ayudar a salir del paso, o que, por el contrario, podían hundirlo. Así fue mi experiencia en el único careo a que me sometieron: me preguntaron si conocía a cierta compañera y yo respondí que no. Ante la insistencia de los torturadores, reconocí que la había visto alguna vez: «Parece que la he visto, parece que fue ganadora de un concurso o algo así; sí, creo que la he visto por ahí». Yo trataba de no decir nada definitivo. Sin embargo, trajeron a la compañera. Se la notaba aterrorizada, se le veía en los ojos. Cuando le aplicaron la “picana” eléctrica, ella me dice: «Pero, no, Iván, tú me conoces; recuerda: tu estuviste tal día a tal hora en mi casa...», y otros detalles. Nada más dijo, pero eso bastó para desenmascaramme. Y eso quiebra un poco el esquema. Hay que entrar a medir la cantidad de cosas que uno puede admitir, reordenar lo que piensa que puede admitir. Y eso debe hacerlo uno en los segundos que tiene entre pregunta y pregunta, entre cachuchazos, entre bofetadas, entre golpe de corriente y golpe de corriente... lo que no es fácil, aunque se logra controlarlo en mayor o menor medida.

“También se utilizó la droga con nosotros; nos obligaron a tomar unas pastillas, para después tratar de hipnotizarnos con el fin de hacernos hablar y entregar a otros compañeros. A pesar del estado en que estábamos, yo pude (y

los demás también) reconocer las voces de los compañeros, darme cuenta aproximadamente de la cantidad de gente que estábamos detenidos. Entonces, uno podía entrar a barajar nombres; es decir, por ejemplo, reconocí a — digamos— Mario, y sabía que estaba tres camas más allá. A su vez, Mario pudo reconocirme a mí. Era como un círculo que, en forma espontánea, cerramos, para repartirnos las responsabilidades de lo que se nos acusaba, entre los que habíamos caído en la redada. Nos preguntaban: «¿Participaste tú en esto?». «Sí, yo participé». «¿Quién más?». «Tal y tal». Los nombrados estaban dos camas más allá. Los otros habían hecho lo mismo.

“Utilizaban grabaciones de las declaraciones de los otros para inducirnos a entregar informaciones. Ellos ya manejaban mucha información, y era exacta. Nosotros habíamos cometido el error de ser demasiado públicos, de comentar con medio mundo, de tener tan poca vigilancia en nuestras actividades durante el tiempo del gobierno popular. No teníamos por qué esconderlas: éramos gobierno, ¿no? Y esos datos los habían registrado los servicios de seguridad del enemigo.

“Había también casos de compañeros que, ante el temor de que su esposa o compañera —como fue el caso de uno de los nuestros— e incluso de que la madre fuera a ser torturada, contaron todo. Bueno, yo no puedo entrar a juzgar la capacidad de resistencia de cada cual. Unos podían resistir mejor un tipo de tortura; otros, se sobreponían a otras. Quizás haya algunos que le tengan un miedo patológico a la electricidad, y otros que no puedan resistir una golpiza. Esas son cosas que uno no debe entrar a condenar ahora. Lo que sí condeno es al detenido que habló sin siquiera ser tocado; eso es diferente. Desde luego, esas reflexiones no me las hacía en esos momentos. Me las hago hoy día. Cuando estaba adentro, lo que me preocupaba era cómo iba yo a enfrentar la tortura. Para mí era ya una tortura el hecho de saber que se me torturaría, cuando escuchaba la música de Tchaikovsky. Porque, según ellos, yo era ruso y por ello «te vamos a poner música rusa, para que hables con música de fondo». Y cada vez que era torturado, me ponían *El Lago de los Cisnes*. Con esa música yo vivo hasta hoy día. Para mí *El Lago de los Cisnes* no es una música hermosa, es la música con que yo era torturado.

“La tortura, que para cada uno de nosotros fue tan larga, sucedió en un período relativamente corto: más o menos diez días, en que fuimos sometidos

a ella en forma intensa, cada tres horas, cada día por medio. Eso dependía de la mayor o menor importancia que le dieran a uno y de la necesidad de chequear y comprobar datos. Incluso hubo compañeros que estuvieron allí y que no fueron torturados. Habiendo sido traídos de otros centros de interrogación, la DINA pensaba que ya habían sido torturados, y cuando se dieron cuenta de que no lo habían sido (cuando ya nos encontrábamos en Cuatro Álamos), volvieron a llevarlos al sur.

“Adentro (en el campo de torturas) se daban cosas extrañas, tal vez producidas por el estado psicológico mismo en que nos encontrábamos. A veces salían bromas entre los detenidos que hacían que los mismos carceleros comentaran: «Estos huevones son increíbles: están todos cagados y, sin embargo, se siguen riendo». Esto como que no cabía dentro de la mente de los torturadores; que en esas circunstancias se pudiera bromear, tomarles el pelo; como que no encajaba dentro de esa anormalidad... ¡y uno lo encontraba normal! Eso ocurrió en un período, mientras fue la detención misma en el campo de torturas.

“Luego vino la incomunicación. Ese era el período en que se llegó a Cuatro Álamos, todavía sin ser reconocido públicamente por los organismos oficiales como detenidos. Se sigue desaparecido, incomunicado. Es el período en el cual se espera que el detenido se recupere de los golpes, de los machucones. Yo estuve varios días orinando con sangre como consecuencia de los golpes recibidos en los riñones y del alambre que me introdujeron por el orificio del pene, lo que seguramente destruyó algunos tejidos internos. Todo esto, sumado a los golpes en los testículos y a la corriente eléctrica que también me aplicaron allí, me tuvo por largo tiempo con molestias y dolores. También me costó recuperarme de la sensación de ahogo que experimenté cuando fui torturado con la bolsa de plástico, la que van llenando lentamente con aserrín. Al principio no pasa nada; incluso, cuando el aserrín alcanza la altura de la boca, aun se puede respirar por la nariz. Pero, a medida que sube el nivel, es inevitable aspirar aserrín y luego absorberlo por las fosas nasales. Realmente es algo... que no quisiera dar a nadie. Bueno, sin embargo, los machucones, las heridas, la fatiga, todo eso se recupera después de un tiempo. Uno permanece en Cuatro Álamos hasta estar en condiciones aceptables para ser presentado al público, la familia, la Cruz Roja Internacional, etc. Pero podía suceder —como fue el caso de algunos compañeros— que desde allí se le

volviera a llevar a uno al centro de tortura para retomar el hilo de las declaraciones de gente caída después.

“Sin embargo, para nosotros, la salida a Cuatro Álamos nos significó mucho. Estábamos cuatro en la celda; ya sabíamos que nos podían tener años detenidos; pero allí había una cama limpia, nos dieron comida, vimos la luz del sol, sentimos cantar un pájaro, veíamos cantar un pájaro, y había un árbol cerca. Fue una serie de detalles que nos sensibilizaron mucho. Además, a través de las rejas, lográbamos conversar un poco con los otros compañeros, de la celda de al lado.

“Fue recién en Cuatro Álamos que nos quitaron la venda de los ojos y por primera vez nos encontramos todos los detenidos que veníamos de Colonia Dignidad. Pudimos comenzar a conversar entre nosotros, a pesar de las advertencias en contra, pues estábamos con calidad de incomunicados... pero podíamos cantar. Y nos acondicionamos a las circunstancias, una vez más. Surgió la idea de hacernos clases unos a otros. Había un compañero que conocía de motores Diesel, yo sabía biología, había otro que entendía historia y el otro tenía una larga vida de experiencias. Se decidió que cada noche, cuando se apagaba la luz, un compañero enseñara su especialidad a los demás. Así, nos sentábamos en la orilla de una cama y conversábamos en voz baja. Sin embargo, nuestra situación era precaria: una noche tuvimos un despertar bastante brusco, cuando vinieron a buscar a los compañeros para verificar ciertos antecedentes que habían aparecido después de nuestro viaje desde el sur. Al día siguiente averiguamos quienes eran los afectados. Nuestras celdas estaban alineadas frente a un patio; de modo que nosotros no podíamos ver a los que estaban en las piezas vecinas. Pero, cantando frente a nuestras puertas, nuestras voces alcanzaban a los demás, y así preguntábamos quienes faltaban, y en la misma forma nos respondían de cada celda. Fueron dos o tres días de tremenda incertidumbre.

“Una de las cosas que más nos impactó a nuestra llegada a Cuatro Álamos, esa tarde, fue oír el canto de una compañera. Nos contaba que llevaba cerca de un mes y medio incomunicada ahí. Y que su compañero estaba... en Villa Grimaldi creo que estaba. Fue algo que a los cuatro que estábamos en la pieza, nos produjo un escalofrío. Durante semanas no habíamos sabido más que de torturas, corriente, golpes, insultos, mala comida, falta de sueño... ¡Y

sentir de repente la voz de una mujer que está cantando y cantando...! Y nos cantó “Alfonsina y el Mar” —no se me va a olvidar nunca—. Fue importante porque como que nos mostró una parte hermosa de la vida. Fue como un mensaje que nos dijo: “Mientras haya vida, mientras hayan deseos de luchar, todavía tenemos voz para cantar, para dar a conocer que no nos han derrotado”. Nosotros no pudimos aguantarnos y le agradecimos a través de los barrotos mismos, hablándole, y le dijimos a la compañera que, por favor, cantara todos los días en la tarde porque era algo que nos levantaba mucho la moral.

“También había un compañero en una de las celdas del lado, que por las tardes intentaba conversar con los demás por medio del alfabeto de los mudos. La luz de la ventana se proyectaba hacia una pandereta. Aprovechaba esto para proyectar la figura de sus manos y para comunicarse. Era un riesgo, pues si algún carcelero hubiera conocido dicho lenguaje, habría descifrado los mensajes que trasmitíamos.

“Todos estos acontecimientos en Cuatro Alamos hicieron que le tomáramos nuevamente apego a la vida, que empezáramos a ver las cosas con un poco más de optimismo.

“El 9 o 10 de mayo pasamos a Tres Álamos. Fuimos acogidos por los compañeros que estaban allí, que ya sabían —las comunicaciones funcionan de un modo increíble en esos lugares— que había un grupo de talquinos, un grupo de sureños, que estaban en Cuatro Álamos, que estaban muy mal tratados, y la comisión de acogida nos estaba esperando. Nos dieron de comer bien, nos ayudaron los compañeros... Hay mucha solidaridad ahí adentro entre los detenidos; se quitaban lo mejor que poseían para ofrecérselo, ya que ellos ya habían pasado lo peor y sabían lo que era la tortura. Sabían el estado de ánimo en que uno viene. La suciedad es lo que más afecta; uno viene orinado, porque la corriente afloja los esfínteres, y esa ropa uno no se la ha quitado durante semanas. Uno viene así, ¿no?, con la ropa llena de pichi y de mierda, a veces, ¿no? Viene hediondo, realmente hediondo. Bueno, y los compañeros le prestan a uno todo.

“Después vino la vida rutinaria de los campos de concentración. El 22 de mayo fuimos trasladados a Puchuncaví, o Melinka, que estaba a cargo de la Infantería de Marina, y allí vegetamos durante meses, pero también

aprendimos mucho. Los campos de concentración son una escuela, como un caldo de cultivo; es como una charca en la cual hay miles y miles de seres que viven y cumplen todo un ciclo.

“Puchuncaví era como una gran escuela, donde se alfabetizaba, se aprendía arte, se aprendía idiomas, se aprendía cultura general. El compañero más preparado le enseñaba al que lo estaba menos. Y el compañero que llegaba allí aún con el problema de la tortura, lo olvidaba y aprendía a madurar y aprendía a mirar de otra forma la vida. El hecho mismo de que el campo estuviera ubicado en un alto y que dejara ver mucho campo a su rededor, permitía que el detenido pudiera apreciar más algunas cosas, a pesar de la vigilancia a que estábamos sometidos. No quiero presentar esto como un rasgo generoso del fascismo; el campo estaba en lo que habían sido las instalaciones de unos centros que habían sido creados como balnearios populares durante el gobierno del Presidente Allende. La relativa lejanía del pueblo de Puchuncaví hizo que la Junta los destinara para estos nuevos fines.

“Un día, el 10 de Noviembre (un año y medio después) cuando todos pensábamos que la libertad se nos escapaba como tantas otras veces —cuando decían que “venían listas”, que ya habían sido publicadas, que los campos se cerrarían, que las Naciones Unidas, que la OEA, que la presión internacional... y nada pasaba—, escuchamos por radio los bandos en que anunciaban que oficialmente se cerraba el campo de Puchuncaví, y se dejaba a todos los detenidos en libertad. El 17 de noviembre de 1976 quedamos libres gran parte de los que allí estábamos detenidos.

“¿Qué pasaba afuera? Afuera era otro mundo, era un mundo distinto; un mundo en que la palabra “compañero” estaba prohibida. Nosotros, en el campo de concentración, nos tratábamos de “camarada”, nos tratábamos de “compañero”. Adentro nosotros dábamos y recibíamos educación política, dábamos charlas... Afuera todo eso estaba desaparecido. Pero estaba la familia esperándonos después de más de un año. Sin embargo, para mí fue todo distinto. En mi vida también se produjo un cambio grande cuando estaba detenido, pues me casé estando dentro. Entonces, mi vida afuera ya no sería con mi familia, con mis padres; tendría que ser una vida con mi compañera, que ahora era mi esposa. Mi compañera había dado bastantes muestras de sacrificio, viajando de Talca a Puchuncaví noches enteras, para ir a visitarme.

Yo aprecio eso en su justo valor. Uno puede pedir mucho, puede esperar mucho de los padres, porque son los que lo han formado, los que le han dado la vida, los que se han sacrificado para hacer de uno un hombre. Uno sabe que ellos están orgullosos porque su hijo ha seguido la senda que ellos en cierta forma querían. Pero uno no puede pedir lo mismo de la polola o la novia. Puede pedir que lo quiera mucho, pero cuando no existe ninguna posibilidad concreta de encontrarse nuevamente, es signo de un gran afecto seguir esperando. Por eso pienso que son perdonables los momentos de debilidad que hayan podido tener algunas compañeras que, cuando su compañero cayó detenido, y vio la posibilidad de la muerte para él, o del desaparecimiento, para siempre, de su compañero, vio el mundo negro. O que, cuando durante meses fue a verlo y no podía tener ninguna esperanza de tenerlo nuevamente a su lado, veía que todo se oscurecía y a veces buscó otra vida, como un escape, tratando de evadirse de esa realidad. Sin embargo, en la mayoría de los casos, eso se sobrellevó. Y no fui yo el único que se casó estando detenido. Fue un casamiento muy especial, en la oficina del campamento. Nuestros testigos obligados fueron el teniente de la Marina de Chile y el soldado que permanecían siempre ahí; además de Oscar Castro, que compartía celda conmigo, y la esposa de otro detenido, que acompañaba a Marlen.

“Como decía, salí en libertad; tenía que empezar una nueva vida. Con mis padres estuve muy poco: el encuentro, un fin de semana, algunas visitas. A mi llegada a Talca, nos instalamos en casa de una señora amiga, quien nos facilitó una pieza. Mis padres nos ayudaron cuanto pudieron. En esos días aproveché de pasearme, de respirar el aire a pleno pulmón. No podía hacer contacto con ninguno de mis amigos o camaradas, porque en ese momento yo me había transformado en un peligro. Era ridículo tratar de contactar compañeros que estuvieran trabajando en la clandestinidad, porque, si alguien me seguía, lo único que conseguiría habría sido llevar a la policía secreta hasta donde buscaba llegar.

“Y escribí. Escribí una cantidad increíble de poemas. Como aún sigo escribiendo. Como escribía antes de caer detenido. Como escribí mientras estaba adentro. Casi todos tenemos apego a algunas cosas; a algunos les gusta la música, a otros les gusta leer. A mí me gusta la música, me gusta leer, pero también me gusta escribir. Y no cuentos, sino que poemas. Los poemas que escribía antes eran llenos de amor y de ternura. Cuando estuve en los campos

de concentración y cuando recién había salido libre, eran poemas escritos con rabia, con mucho odio. Un odio que era destructivo, que eran la impotencia reflejada en poesía., de no poder atrapar, de no poder agarrar a uno de los que nos torturaba tan impunemente, y hacerle pagar un poco todo aquello por lo que nos hicieron pasar. Yo digo que son poemas “manchados”. Sí, con la sangre que yo veía en mis heridas y en las heridas de mis demás compañeros. Eran poemas que hablaban del fascista, del asesino, y que, sin embargo, son toda una esperanza. Como cuando digo “Cuando la tortura sea un olvido, / Cuando las alambradas sean rosales...”. Que las alambradas sean rosales, es difícil, compañera. Es difícil que las alambradas se transformen en enredaderas. Es difícil que una púa de la alambrada se convierta en la espina de un rosal. Es difícil que la tortura sea un olvido. Pero hacia eso tenemos que ir. Un olvido que no sea olvido, sino que la transformación del odio en enseñanza... Los poemas que escribo ahora son distintos. Ahora sí que es una poesía de esperanza; es una poesía constructiva.

“Quizás algún día podamos reunir los miles, los cientos de miles de poemas de los ex-detenedos que andan dando vueltas por el mundo, y hacer un LIBRO GRANDE. La capacidad de los compañeros en los campos de concentración era inmensa. Me acuerdo que una vez en Puchuncaví se hizo un concurso de poemas, y llegaron cientos: escritos por campesinos, por mineros, por compañeros prácticamente analfabetos, que habían pedido a los compañeros que les escribieran lo que ellos querían expresar, porque ellos no sabían cómo hacerlo. Y eran de una belleza increíble, compañera. Por eso es mi sueño poder un día juntar todo eso, en un libro que cuente cómo los compañeros — en las condiciones más opresivas— todavía creían en la vida, tenían la capacidad de creer en el porvenir. Y había otros que tenían más odio que lo que yo mismo creía sentir, y escribían clamando venganza. Y es justo, porque el compañero que perdió a su esposa o que le mataron los hijos, no podrá escribirle a la paloma, ni a la rosa roja de la vida, ni a la rosa blanca de la enamorada, ni a las nubes ni a los pájaros. Va a escribir para desahogarse; va a escribir su impotencia y su odio. Su odio al uniforme: hacia el teniente, hacia el torturador que se aprovecha que el compañero estaba amarrado y vendado —y que no podía responderle ni podía verlo— para meterle un fierro por el culo, compañera, y meterle electricidad en el culo y tenerlo colgado. El hombre que fue torturado en forma tan abyecta, no podía —así como tampoco

podrá cada vez que se acuerde— escribir al amor. No podrá escribirle a la vida. Y es normal. Con todo, todo eso es algo que se tiene que reunir, porque es una etapa en la evolución de la vida del detenido.

“Es necesario comparar cómo vimos las cosas entonces, y cómo las vemos ahora. Cómo las vemos aquí, en el exilio. Comparar la impotencia de entonces con la impotencia de ahora, cuando elevamos una solicitud y nos contestan que no tenemos derecho a volver a la patria. Hablar de cómo queremos volver, y tenemos que quedarnos afuera; de lo mal que nos sentimos cuando nos tratan como extranjeros. Nosotros no lo quisimos... pero estamos aquí. Decir que queremos y volver a la patria para entregarle un poco de la alegría perdida, un poco de la esperanza que muchos jóvenes ya no tienen, porque el fascismo se la quitó, y que por eso viven una adolescencia diferente a la nuestra. Todo eso hay que convertirlo en un libro. Hay que decir cómo las atrocidades que nos ha hecho el fascismo, a pesar de todo, no nos derrotó y que hemos sabido sobreponernos.

El exilio

“Después de quedar libre, pasé poco tiempo en Chile. Dos meses fuera de Puchuncaví, y ya el 3 de enero, estaba en Francia. Navidad y Año Nuevo los pasamos con los familiares. No fueron muy alegres para nosotros, pues todos sabíamos que teníamos que partir, pero por lo menos estuvimos juntos. Los fascistas en eso tienen razón cuando dicen que los comunistas somos muy apegados a nuestros familiares: a nuestras esposas, a nuestros hijos, y más de un compañero fue detenido porque, estando trabajando en la clandestinidad, volvió a su casa para estar un rato con ellos.

“Aquí en Francia, todo lo que encontramos era distinto... Llegamos a un “foyer” a un hogar, donde no hay nada que sea “tuyo”. Tienes una cama, lógico... Es decir, te prestan una cama durante seis meses, en una pieza en que puedes vivir con tu compañera o con los hijos. Durante ese tiempo se supone que tienes derecho a clases de francés. Con nosotros no ocurrió así. La profesora vino sólo un par de veces, y nuestro francés estaba limitado a saludar, y a pedir pan o vino. No tuvimos tranquilidad para planear ni organizar nuestras vidas; la gente aquí estuvo siempre empujándonos, siempre urgiéndonos, a trabajar lo antes posible. Francia recibe una cuota de las

Naciones Unidas para solventar los gastos de mantención de los refugiados políticos, por un tiempo. Pero, hay organizaciones que no saben utilizar estos fondos en forma óptima y así, se menoscaba la atención a los refugiados.

“Afortunadamente, nos encontramos con un viejo conocido de Chile, con otro ex-detenido de Puchuncaví, y con quien llegamos a tener una relación bastante estrecha, Oscar Castro. Es conocido en toda Europa por sus obras de teatro. ¡Y nos pusimos a trabajar en teatro! Yo tenía cierta experiencia desde Chile, y como no existía la urgencia inminente por resolver problemas de techo y comida, pude trabajar con él por unos cinco meses, en una obra que describe la caída de la Unidad Popular, el fascismo, la vida en los campos de concentración, la expulsión hacia el exilio, y que se llama “La Trinchera del Supertricio”. La dimos a conocer en toda Francia, algo en Italia, y participamos con ella en el Festival Mundial de Teatro, en Nancy, en 1977. Sin embargo, por el hecho de darla en castellano, y por los problemas personales que cada uno debía afrontar, hasta ahí no más llegamos.

“Las presiones económicas me llevaron a buscar más adelante un trabajo remunerado y fijo. Tuve que abandonar el teatro. El grupo, sin embargo, ha seguido adelante, después de un receso temporal. Pero yo tuve que buscar trabajo...: ya llevábamos varios meses en el hogar que nos había acogido (o en el internado en que estábamos) y había que buscar una forma de alimentarse y de pagar los arriendos. Después de mucho papeleo, como a los 7 u 8 meses, conseguimos el departamento en el cual todavía vivimos, había que pensar en cómo comeríamos y vestiríamos en el futuro, Demás está decir que no podía intentar encontrar trabajo en mi profesión, profesor de biología —o estudiante de biología con algunos años de servicio— porque no conocía el idioma. Tampoco iba a optar a una beca, porque las becas de estudiante no alcanzan para cubrir los gastos de una pareja. Por lo tanto, había que trabajar en lo que fuera, y entré a trabajar como obrero de la construcción. En eso estoy hasta hoy —he aprendido el oficio bastante bien, lo que nos permite vivir decentemente, ya que mi esposa también trabaja. Marlen, que en Chile también estaba a punto de recibirse de profesora, aquí trabaja haciendo aseos, pues tampoco pudo conseguir cursos de francés o cualquier otra preparación, como contabilidad o secretariado, etc. Tuvimos que enfrentar la vida con lo que viniera, y cuando nos entregaron el departamento, nos encontramos con que no teníamos nada. Ni siquiera una cama. Nos encontramos un colchón en

le calle, y así —no tengo vergüenza de decirlo— esa fue nuestra primera cama; dormimos ahí en los primeros meses, hasta que la Municipalidad aquí y otra gente, nos ayudaron. Recibimos un poco de ropa: frazadas, sábanas, y ya con los primeros sueldos empezamos a comprar cosas. Hoy hemos logrado levantar un hogar, sin lujos (no es lo que aspiramos, por lo demás), pero decente, y creo que en Chile nos habría costado mucho más tenerlo, en las condiciones que hoy se están allá.

“Ahora mi hogar ha crecido; después de la lucha de los primeros años para formar primero una base, ahora tenemos un hijo, que pone alegría, más deseos de trabajar, de luchar por algo.

“¿Cuáles son mis sueños para más adelante? Hace poco me llegó de Chile una fotocopia de mi licencia secundaria; conozco más el idioma; espero poder iniciar un curso en el Departamento de Psicología de la Universidad en un año más, para obtener un “cartón” en algo, para que el día de mañana sirva en Chile. Ya ves, siempre tenemos el deseo de volver y, si bien es cierto que nos lo han impedido, de una forma u otra, creemos que la lucha que se libra en Chile, la presión internacional y la lucha que libramos nosotros aquí afuera, va a ayudar a que mañana podamos reencontrarnos en esa larga y angosta faja que es nuestra patria, para reconstruir un país, para construir una sociedad como nosotros la anhelamos. No sé si tendremos que recurrir o no a la violencia; no sé si en un momento determinado el fin justifique los medios, pero lo que sí sé es que el pueblo nuestro y nosotros mismos, vamos a tener que hacer todo lo necesario para sacar al fascismo de nuestra patria. Para que el día de mañana podamos movernos con libertad en nuestro país; para que esos uniformes —que un día fueron el orgullo del pueblo, y que hoy son la vergüenza— se rehabiliten; para que todos los niños tengan derecho a comer sin mendigar; para que vivamos mejor de lo que hemos vivido hasta ahora; para que podamos llevar a efecto ese sueño que habíamos empezado con Allende y que fuera tan brutalmente cortado; para que todos estos deseos de escribir, de crear, que tenemos acá afuera y que estamos poniendo al servicio de otra sociedad, podamos entregarlo a la nuestra. Nuestro país tiene derecho a recobrar para sí, lo que estamos creando afuera, y el escritor, el artista, el trabajador, serían mucho más felices si pudieran entregar su obra a los niños de nuestro país, a la gente de nuestros campos.

“Tú me preguntabas si el período en el cual estuve de “vacaciones” en Colonia Dignidad, pudo haber influido en mi forma de relacionarme con los demás. Yo te diría que estoy más desconfiado que antes. Porque me tocó palpar en carne propia hasta qué punto un hombre puede ponerse al servicio de otro con el sólo fin de torturar, a veces —no ya con el fin de sacar información, sino que torturar por el placer de torturar. Porque, y tú lo sabes, allí en Colonia Dignidad, muchas veces los guardias, la gente que te cuidaba, en un momento te sacaban, te golpeaban un rato y te devolvían al camastro, porque estaban aburridos. Además, allí pude darme cuenta de la cantidad de información que obtenían a través de soplones. Eso hace que uno se ponga más desconfiado.

Sigo siendo bueno para “revolverlas”, para reírme, para echar una talla, para bromear. Pero eso lo he reconquistado sólo en este último tiempo. Muchas veces, en las noches, tenía pesadillas, soñaba encontrarme en situaciones bastante desagradables, con situaciones en que la tortura estaba siempre presente, y que al día siguiente, me hacían sentir más aun la lejanía de la patria, y desear volver para hacer pagar en parte todo lo que nos hicieron. Porque no hemos perdido solamente la patria. Hemos perdido profesión, hemos perdido amigos, familiares, hemos perdido un gran pedazo de nuestra vida. Todo esto nos ha significado un retroceso. El hecho de estar en prisión, el hecho de estar aislado de nuestro medio —si bien es cierto que acá estamos conociendo otra cultura y estamos formándonos con otros elementos y estamos creando nosotros mismos— ha sido siempre un retroceso, porque nos hemos visto obligados a improvisar nuevas actividades, alejadas de nuestros intereses profesionales. Así, por ejemplo, hoy me encuentro con que estoy casi completamente olvidado de aquello que yo había estudiado en Chile. No sólo porque mi trabajo no me mantiene en contacto con mi especialidad, sino que también porque, aunque muchas veces quisiera tomar un libro, no puedo pues llego demasiado cansado, o porque hay otras actividades que realizar. Para salir un poco del medio del trabajo y de la casa, uno busca también otras actividades como forma de evadirse un poco. Al final, el estudio queda de lado. En fin, muchos solteros han podido aprovechar su tiempo positivamente en este aspecto. Es cuando se tiene la responsabilidad de un hogar que la situación cambia un poco. Y, cuando al principio, por desconocer el idioma, has tenido que aferrarte a lo primero que encuentras. Es lo que nos pasó a

nosotros.

“Ahora —como te decía antes—, espero poder empezar un curso en la universidad. Ahora es algo que se podrá realizar. Después de unos años en Francia, con mi compañera hemos conseguido instalar un pequeño hogar y podemos tirar líneas. Nos desenvolvemos medianamente bien con el idioma, lo que nos permitirá poder emprender mayores estudios, que nos capaciten para volver con algo nuevo que entregar a nuestra sociedad.

“Ya te he dicho: trabajo como obrero de la construcción, pero hay tantas otras cosas que quisiera hacer al mismo tiempo. También hago folklore, estoy en un grupo de bailes, hago deportes, leo, escribo, escribo poemas... tengo ideas; tengo bastante escrito, pero por problemas económicos —no sé si te dije antes que estuve un tiempo cesante y con todos los problemas derivados de la cesantía— no hago más. Yo quiero hacer muchas cosas, pero las presiones son muchas. Ya ves, la respuesta a tu cuestionario hubiera querido enviártela mucho tiempo atrás, pero siempre había algo. Los fines de semana aprovechamos de distraernos un poco y sacar al niño a pasear, para que esté un poco con nosotros. Además, están las actividades solidarias... “uno que nació pa’ chicharra, tiene que morir cantando...”.

“Antes de darle un término a esta conversación, quiero decirte que me alegra bastante lo que me cuentas de Gerardo y de la suerte que ha tenido de entrar a la universidad. La verdad es que él era bastante joven y tuvo que madurar de golpe. Tú dices con mucho orgullo de profesora que fue alumno tuyo, y te encuentro razón. A mí me tocó ver la forma como Gerardo maduró, porque estuvimos juntos en los campos de concentración y pude asistir a ese proceso. Me acuerdo como Gerardo volvió a la provincia después del golpe —porque los días del golpe, él andaba en Santiago. Volvió choqueado a tal punto, que no quería saber nada, se alejó de toda actividad, horrorizado del sufrimiento, de la muerte que vio allá. Allá vio la gente muerta en las calles. Tenía 16 o 17 años, Gerardo. Sin embargo, se sobrepuso y unos meses más tarde, se dedicó a trabajar en la clandestinidad, y fue así como se conectó de nuevo con nosotros, hasta caer detenido. Después, en el campo de concentración, se produjo un proceso mucho más completo en él. Y me alegro, realmente, que esté haciendo teatro porque —no sé si tú sabes— su actividad teatral empezó en los campos de concentración. Es., ¡increíble!...,

que él, que nunca había tenido contacto antes con el teatro, ahora lo haya adoptado como profesión.

“¿Te das cuenta como la influencia... como la cultura que allí se entregaba, influyó a un punto tal en un compañero? Esto lo fuimos viendo en 20, o en 30, o en 50 compañeros, que se nos acercaban y nos decían: «Mira, primera vez que tenemos la oportunidad de ver una pieza de teatro». ¡Y la vio en un campo de concentración! ¡Y les gustó! Se dieron cuenta que en el teatro se podían mostrar cosas, se podía representar el egoísmo, la injusticia; a veces, en forma divertida, otras seria, reflejándonos a nosotros mismos, o, muchas veces, a nuestros carceleros, sin que éstos se dieran cuenta. Y los compañeros le tomaron gusto al teatro y empezaron a participar. Quisieron, también, ser actores. Y era el caso de Gerardo. Me alegro por él, que haya llegado a la universidad; porque desde allí está haciendo su aporte para difundir nuestra cultura.

Quiero sintetizar:

“Cuando tú me preguntas si la experiencia de Colonia Dignidad fue absolutamente negativa, yo debo decirte que para mí sí que fue dura, en el aspecto psíquico. Te deja una huella que es difícil de borrar. Tendré que ver muchas primaveras, y muchas sonrisas en los rostros de los niños; tendré que ver muchas escuelas abiertas entregando educación a todos, y muchos profesores trabajando nuevamente; tendré que ver gente caminar tomada de la mano, sin que una alambrada les esté deteniendo el paso; tendré que ver tantas cosas... para que esas noches de pesadillas, en que tú no sabes si ese es el último minuto que estás respirando, si esa es la última mirada en el cielo negro que es la venda, si son los últimos pasos los que estás dando hacia la camilla donde te van a torturar... ¡Tendré que ver muchas cosas en mi patria para poder borrar de mi mente esos días, esas noches! Tendré que, quizás, volver a trabajar en la cordillera en los trabajos de verano, y cantar otra vez con los compañeros las canciones revolucionarias, todos transpirando y con las canillas metidas en el barro, haciendo un canal de regadío en la montaña; o, saber que nuestra juventud está otra vez plantando tamarugos en el norte... para que pueda borrar de la mente lo ocurrido en Colonia Dignidad.

“Una cosa puedo decirte que sí fue positiva. Mis convicciones políticas, más que nunca, se afirmaron. Si hoy estoy firme en mis ideales, es porque

pasamos la prueba. Es porque, a pesar del dolor físico, de la tortura, nuestros ideales no pudieron ser destruidos. Eso es lo importante; y es importante, también, que esto, que de esto todos, en mayor o menor grado, supimos sacar una enseñanza; que, a pesar de las noches de horror, de gritos y de falta de sueño, hayamos sabido vencerlas una vez afuera. Hemos sabido aprender a tener esperanza, a amar a la compañera y al hijo. Todo eso nos da fuerza para lograr vencer al fascismo, y poder construir el día de mañana una patria diferente, más justa.

“No tengo miedo de decirte que muchos de los que pasamos por la tortura, volveremos a enfrentarla si es necesario, si a cambio, podemos devolver la libertad a nuestro pueblo: que los niños puedan ser felices, que el profesor no dependa del beneplácito del delegado militar para conservar su puesto, y que pueda decir que los colores de nuestra bandera son blanco, azul y rojo, y que el rojo es la sangre de los libertadores. No importan nuestras noches de insomnio, o que una música nos traiga a la mente recuerdos horribles. Lucharemos para que nunca más sepamos que un familiar o un amigo está desaparecido, sin saber si volveremos a encontrarlo vivo o muerto, o si no lo veremos más. Y desde aquí, los que estamos afuera, entregamos lo que podemos y daremos más, si es necesario, para hacer volver la tranquilidad a nuestro país... la tranquilidad, la paz —no la de los cementerios, que reina bajo Pinochet—, sino que la verdadera.

“Antes yo era mucho más alegre, era mucho más jovial, mucho más abierto. Ahora soy reservado. Incluso aquí, en Francia, no soy el mismo de los primeros años. Al principio, si encontraba alguien que hablara español, o encontraba un chileno en el Metro, nuestra primera intención era hablarle, aunque no lo conociéramos. Porque en cualquier chileno que encontrábamos, queríamos aproximarnos a nuestro país. Después de un tiempo, nos empezamos a dar cuenta que también hay “dinos” aquí afuera; me puse mucho más desconfiados, ¿ves? Ahora, aunque veamos chilenos conversando, o en el Metro, si no los conocemos, los miramos, escuchamos y no decimos nada. ¿Por qué? Desconfío.

“Bueno, perdona si este cassette al final se desordenó un poco... pero salió así. Ojalá te sirva. Si no, envíame otra carta. Tírame las orejas, porque es lo que me hace falta para ponerme a trabajar...

Manuel

La Declaración Jurada

El SENDE Certifica....

El Testimonio

Fragmento de la denuncia de los hechos de su detención, hecha por Manuel ante el notario, en declaración jurada

“El 14 de Mayo de 1975 a las 3 de la mañana, fui detenido por 5 individuos que se identificaron como miembros de la “Dirección de Inteligencia Nacional” (DINA), en mi casa ubicada en Talca (Chile), en presencia de mi esposa y mis dos hijos... y llevado a la Colonia Dignidad, situada al Oriente de Parral, en la provincia de Linares, junto a otros partidarios de la Unidad Popular.”

“En este lugar estuve detenido 9 días y fui sometido a torturas, colgado de los brazos y golpeado; después de ser golpeado era metido en un tarro con agua y aceite, y cuando yo creía que me iban a ahogar me sacaban y me tiraban sobre unas tablas, me aplicaban corriente en los órganos genitales, en las sienes, en las muñecas y en la lengua, reiteradamente me amenazaban con traer a mi esposa y violarla en mi presencia. El 23 de mayo en la madrugada, me subieron a una camioneta y me dejaron cerca de mi casa.

“Estoy seguro que el sitio de torturas que ocupó la DINA en la 7a Región es la Colonia Dignidad porque, a pesar de estar con la vista vendada, logré captar ciertos detalles...”

“...nos condujeron a unos interiores cuyas divisiones eran de cartón o plumavit. En el interior hacía mucho frío, tal vez ocasionado por un ventilador que supongo muy grande, pues el ruido era muy fuerte. El piso era de cemento. Al otro lado de la división del cuarto donde estábamos 4 personas, tenían un radio trasmisor, pues sentí llamar a Santiago; en una

oportunidad escuché el ruido de un avión chico al despegar... en varias oportunidades escuché voces de niños, con acento raro al hablar. Continuamente oí ladridos de perros.

“Mi caso no es el único que ha ocurrido pues hay muchas personas que han sido detenidas y llevadas a esa Colonia, y al conversar con ellos, todos confirman que el lugar es Dignidad. La gente de la región que ha sido detenida sabe con seguridad absoluta la triste función que cumple la Colonia Dignidad.

Presentación

Con Manuel fue una larga conversación la que tuve y, afortunadamente, la grabé, lo que me ha permitido realizar una transcripción fiel de ella.

Fue difícil, si no imposible, mantener a Manuel en el tema e Colonia Dignidad. Él es un camarada lleno de —o constituido por— su militancia. La vida, su vida, no puede dejar de verla, en ningún momento, sino a través del prisma de su pertenencia militante. Conversando con Manuel se siente la fuerza vital del proletariado, de sus aspiraciones, sus luchas, y de su ideología.

Hay tantas cosas que tiene que decir, tanto que le inquieta, y todo está tan interrelacionado, es la vida entera de este hombre, que no me atrevo a quitar o a reorganizar sus palabras. Comenzamos hablando de los propósitos del libro (fue suyo el empuje necesario para que yo creyera que no era locura esa idea latente que también me rondaba), y de ahí nos fuimos derivando de un tema a otro, ensamblado, de tal manera, que hoy no podría rearmarlos de un modo diferente sin menoscabarlos. Traté muchas veces, a lo largo de nuestra conversación, de retraer a Manuel a “lo nuestro”, a Colonia Dignidad, sin mayor éxito. «¡Para qué —él mismo dirá más adelante— si a mí no me afectó tanto...!» Su vida de lucha, su ubicación, personal y consciente, de clase; su experiencia, lo tenían preparado física y psíquicamente para soportar la tortura y sobreponerse rápidamente a ella. ¡Con todo su horror, Colonia Dignidad no fue más que otro suceso en la dura vida de lucha de Manuel —un representante genuino del heroico proletariado de nuestro país—, este nombre aguerrido que niega el heroísmo!

No conocía en Chile a este compañero. Nos vinimos a encontrar cara a cara por primera vez, en el aeropuerto de Köln-Bonn, cuando fuimos llamados a testificar para “el Juicio”. Algo familiar hallé en él desde el primer momento: quizás si alguna vez lo pasé en las calles de nuestro pueblo, o si marchamos codo a codo hacia el estadio para una concentración. Sin embargo, fue muy fácil establecer esa comunicación íntima, tan propia de quienes se reconocen en la misma línea de combate. He aprendido a conocerlo, así como a su compañera y a sus hijos, y he aprendido a quererlos y a hacerlos mi propia familia.

Escuchando el cassette de esa conversación, he recorrido la infancia proletaria de Manuel, por las calles del Barrio Norte (por “las nortes”) de Talca. ¡Y me lo he imaginado, alzado sobre sus 8 pequeños años, trabajando! Trabajando, unas veces para tirar pinta de hombre grande frente a los otros mocosos del conventillo; otras, para ayudar a parar la olla a la madre apremiada. Me lo imagino yendo muy de mañana a la escuela, abrigado con diferentes colores, cubriendo el cuaderno bajo el vestón desproporcionado, bajo la lluvia que no tiene piedad de los pobres. Me lo imagino haciendo mandados o repartiendo paquetes del bolichero de la esquina, para tener unos pesos. A lo mejor, era uno de esos niños que uno oye vocear “*motemei*” en las frías noches de invierno, y “*heláo, helaíto*” en las calurosas tardes veraniegas. Y luego, un adolescente ya, de pastelero en un café o fuente de soda, en el barrio comercial popular de Talca. (Todavía hoy suele demostrar sus pasadas habilidades confeccionando tortas y queques deliciosos).

Este es Manuel: un obrero chileno, trabajador en una industria, militante convencido, que encarna en sí los valores de nuestro pueblo, sin aspavientos, sin ruido, sin alardes de vocación; simplemente, el ES, y lo es hasta las últimas consecuencias, responsablemente, esté donde esté.

Testimonio

Uno de los fines que perseguiría este trabajo debía ser recapturar el nivel de la solidaridad de los pueblos para con la lucha del pueblo de Chile. Cuando apuntábamos hacia este problema, Manuel expresó, dentro del contexto general de nuestro diálogo:

“El fin último del libro debe ser elevar el nivel de la solidaridad

internacional, que no es un fenómeno nuevo para nosotros. La solidaridad con el pueblo de Chile no nace con el golpe, sino mucho antes. Pongámosle como fecha inicial el 4 de septiembre de 1970, el día en que fue elegido para la presidencia el candidato Salvador Allende, si bien ya se había hecho sentir, a través de las manifestaciones de simpatía con que una parte importante de la opinión mundial animaba al pueblo chileno —que quería darse un gobierno de cambio de estructuras, por la vía electoral— durante las luchas electorales previas al triunfo de ese año. Si entonces ya la solidaridad internacional jugaba un rol importante para nosotros, cuanto más lo será ahora, con los nuevos aspectos que toma la lucha en el interior.

“El fascismo no es un problema aparecido con la dictadura de Pinochet. Ahora, sólo se desnuda. A consecuencia del triunfo de la revolución cubana, fue que Rockefeller hizo una visita a los amigos latinoamericanos y luego entregó su famoso Informe al Pentágono; el imperialismo necesitaba asegurar su “patio trasero” en el continente. Entonces se empiezan a reproducir formas fascistoides de represión: los Escuadrones de la Muerte en Brasil, y Stroessner, que se afirma en Paraguay. Sucede que la opinión pública mundial se acostumbra a tal punto a estos hechos, que hasta ese momento aparecen como aislados, y no golpea como hubiera sido deseable. Cuando se produce el caso chileno, reacciona ante la brutalidad desencadenada y palpita con el sufrimiento nuestro, que es el mismo para todos los pueblos oprimidos. Ahora lo entiende así, y parece que es por la simpatía y el interés que despertó este pueblo que en 1970 se entrega una forma de gobierno popular, por su propia decisión y por la vía electoral. En Chile fue válido dar la lucha por la vía electoral, porque estaban dadas las condiciones para ello. En este momento, por supuesto que no es ese el caso. Ahora se hace un llamado a la rebelión, para más tarde pasar a la etapa de la insurrección. Necesitamos el apoyo solidario de los pueblos del mundo, más que nunca...”

A estas alturas, conseguí llevar a Manuel al tema central: su experiencia de tortura, aunque no logré centrarlo absolutamente en Colonia Dignidad. Es que su vida entera forma un todo de lucha constante, donde cada hecho se entrelaza con otros; Colonia Dignidad no fue vivida por él en forma aislada, sino como parte de un todo.

Expresó:

“En cuanto a las repercusiones posteriores a la tortura, en la vida de cada uno, yo jamás me he preguntado si me afectó o no me afectó de manera especial Colonia Dignidad. En primer lugar, yo no fui detenido de repente, ni me sorprendió. Antes me habían tenido en el Regimiento, en la piscina, ahí con “el Tata”. En esa ocasión me sacaron la cresta, en un cajón: pateaduras brutas... ¡Ah!, y anteriormente, también me golpearon en la industria donde trabajaba. Nos pillaron una noche... el 12 ó 13 de septiembre. Nosotros estábamos cumpliendo la orden, emanada de la CUT, de quedarnos en las industrias, los trabajadores. Eran las 9 o 10 de la noche, cuando llegaron unos 80 militares armados. Ubicaron estratégicamente a la entrada unas Punto 30, y se metieron como tropa de asalto a la industria y nos toman prisioneros. Nos allanaron, uno por uno, nos preguntaban nombre y dirección, al tiempo que nos golpeaban e insultaban. Posteriormente nos tiraron al suelo y nos fueron pateando. Después, un oficial nos dio una larga charla y nos dijo prepotentemente que estábamos puro hueveando, que nos fuéramos para la casa a descansar, para estar listos para salir a trabajar cuando la Junta lo ordenara. Luego nos fueron despachando uno por uno, con intervalo de 5 minutos, para evitar que nos juntáramos a la salida.

“Mi primera reacción fue de impotencia y, no sé... jamás me he detenido a analizar cómo soy yo. (Creo que las otras personas son las más importantes —quiero mucho a las personas.) Ese día me sentí, más que nada, profundamente preocupado por la suerte que podía correr el compañero X, ¿te acuerdas?, el interventor. Yo pensaba que si lo pillaban, si lo sorprendían allí, lo iban a fusilar delante de nosotros. Y yo tenía miedo por él, pero no tenía miedo por mí.

“(Realmente, la única vez que sentí miedo (miedo-miedo) fue —como te manifesté la otra vez— cuando nos bajaron en Colonia. Dignidad; un miedo real. Yo no tengo pasta de héroe; nadie tiene pasta de héroe.)

“Bueno: llegué a la casa como a las 12 de la noche —yo vivo cerca de ahí— y al llegar a la casa me dio por ponerme a llorar. La Ana estaba esperándome, preocupada. Me abraza y lleva a un sillón... y yo me pongo a llorar, pero de impotencia. Le digo: «¡Estos mierdas... estamos cagados! Nos han pateado como a brutos, y no hemos podido reclamar». ¡Lloré de impotencia!

“Mientras nos habían tenido sentados, vimos como le pegaban a un

compañero cuyo padre estaba mirando. Hay torturas... tú comprendes: ver torturar a un compañero es tortura para ti, igual. Como también lo era cuando me amenazaban con ir a buscar a la Ana y violarla.

“Lo mismo le sucedió a otro compañero; le quitaron la venda y le dicen: «Putas, que eres feo, tal por cual». Y el otro guardia contesta: «Si, pero la mujer es re buena. Vamos esta noche y estamos con ella». Para ese compañero esa fue una forma de tortura terrible. Siguiendo con esto, cuando nos llevaban a Tres Álamos, tiene que haber sido torturante para una compañera tener que oír la conversación de los guardias de la DINA sobre las habilidades sexuales de sus perros... Sin respeto por ella, o sea, ¡una ofensa a la mujer!... Son situaciones que se dan... muchas veces duelen más que la tortura física.

—“¿O sea que tú ya te habías enfrentado con un tipo de represión violenta, antes de Colonia Dignidad?”

—“Sí, Colonia Dignidad fue la tercera vez que sufría esa clase de apremios.

—“¿No te tomó tan de sorpresa, entonces? Tu podías imaginarte que sería duro...”

—No, me tomó de sorpresa; sabía que mi situación era peligrosa. Yo había tenido una participación directa y pública en el proceso de la Unidad Popular. Ya durante la campaña electoral, había sido presidente de un CUP, Después, cuando la intervención de la industria donde trabajaba, yo pasé a ser miembro de un comité de sección de la administración de la empresa. Además, yo había sido militante conocido de un partido político. Todo eso, lógicamente, no era secreto. Además, había sido invitado por el gobierno cubano, junto a otros trabajadores, para las festividades del Aniversario de la Revolución, en el año 72, y... bueno: había montones de hechos en mi pasado, que después del Golpe me hacían pensar que sería detenido. La primera vez fue en octubre del 73, luego Colonia Dignidad, y posteriormente, me volvieron a detener el 76...

—“¿Pero a ti te decían por qué te detenían?”

—“Felizmente no me lo decían. Te digo felizmente porque, imagínate, había cosas que eran terribles a los ojos de los militares, como haber viajado a un país socialista, por ejemplo. Eran cuestiones que significaban la muerte. Y eran cosas que tú no podías negar: bien podían haber quedado los

antecedentes registrados. Si hubieran preguntado, habría sido señal de que tenían una base concreta para ello y yo no habría podido destruirla. Nunca me preguntaron.

—“Ordenémonos, compañero: volvamos un poco atrás por favor. ¿Qué edad tienes, Manuel?

— “41, compañera.

—“Bien. Y ya que me diste tus antecedentes políticos, gremiales y laborales. Sigamos con el cuestionario, ¿te parece? ¿Cómo definirías tu carácter? ¿Eres un hombre arrebatado, violento, firme de carácter...?

—“Flexible, diría yo, en determinados planos. Con mi familia, por ejemplo, soy siempre yo quien termina cediendo. Pero, aunque sé querer mucho a las personas, también puedo odiar. Y, si me siento traicionado, o siento traicionada mi causa, si veo engaño, rechazo completamente y definitivamente a esa persona... Y, sin embargo, en el enfrentamiento de clases, sé entender el punto de vista de los otros. No lo acepto, pero entiendo por qué reacciona de un modo determinado un rico, por ejemplo; entiendo que defiende “su” dinero. Sé que lo obtuvo malamente, explotando; pero el sistema le ha dicho desde siempre que ese dinero le pertenece. Así, pues, lógicamente lo defiende. Es el derecho que se ha arrogado su clase. Bueno, yo también tengo derechos, y tenemos derechos los proletarios a defender nuestras posiciones. Pero ese es otro asunto. Lo que quiero decir es que lo que me enfurece es cuando un proletario se coloca al lado de esa gente, junto a los enemigos de su propia clase. Lo que odio es el desclasamiento.

“En cuanto al fascismo, lo que siento va más allá del odio. Y odio al hombre fascista por su crueldad. Aquí te hemos mostrado las diapositivas que tenemos de los antiguos campos de concentración de los nazis, ¿verdad? Aun ir hoy en día a visitar esos campos da un sentimiento de horror. El otro día te decía, incluso, que por muy trágica que haya sido nuestra pasada por Colonia Dignidad, es mucho menos de lo que sucedió aquí en Alemania. Es decir, el fascismo es peligroso, es una ideología que lleva en sí la crueldad. Al fascismo como ideología hay que odiarlo... Nosotros amamos la vida, y amamos a los niños... y por los niños vamos a hacer la revolución, para sustraerlos del peligro del fascismo. Por amor a la vida haremos también la revolución... aún a costa de la vida misma. Parece paradójal, pero así es la

cuestión: con el fascismo —ya se ha visto— no hay que tener contemplaciones. Sí, yo creo que lo que siento es más que odio: Me inquieta la situación de la gente en Chile, de algunos compañeros, que por estar alienados por la propaganda, no ven el alcance de sus actos diarios. Como ese compañero que tenía colgado en el comedor el retrato de “los cuatro de la Junta”. Discutimos...

—“¿Cuál es tu origen de clase, Manuel? ¿Qué eran tus padres?

—“Mira, para que te formes una idea, te diré que yo comencé a trabajar a los 8 años. Mis padres eran pobrísimo, así es que yo tenía que trabajar. Pero también iba a la escuela. No pude terminar los estudios; llegué hasta Segundo de Humanidades. No pude más; no había plata. Vivíamos en el barrio viejo de Talca, en..., en un conventillo. Somos 5 hermanos, y yo soy el mayor. Mira, yo pienso que para un proletario no hay otro camino, no hay otra definición que no sea la de convertirse en militante activo revolucionario. No hay otra opción, ¿viste? No se puede ser insensible al problema de la clase. No se puede ser un individuo que surja y se acomode gracias al esfuerzo y contactos personales —en esos programas mágicos que ofrece el capitalismo (¡ser un Ford!, ¿ves?), para mantener a la gente soñando y engañada, y en que proclama que es gracias al esfuerzo individual que se logra todo en la vida. ¡No, no! El proletario no puede, no debe perder la conciencia de clase. Es terrible cuando, como te decía, logra surgir y luego empieza a mirar en menos, cuando desprecia a los pobres, a sus hermanos de clase, a sus hermanos de origen, a los obreros, a los proletarios... ¡Eso sí que es asqueroso!

“Cuando era joven leí mucho... desde que era chico. Siempre me gustó mucho leer. Así reemplazaba en parte la escuela que me faltó. Y luego me casé. Tenía 22 años. Formamos un hogar aparte, en unas piezas que arrendábamos por ahí. Estaba más tranquilo, vivíamos mejor de lo que yo había vivido hasta entonces. Por ese tiempo entré a trabajar en la industria. Siempre me había planteado a mí mismo que no me casaría mientras no tuviera un sueldo seguro, porque no quería hacer pasar a mi mujer lo que pasó mi madre: incertidumbre, miseria, cesantías de mi padre, problemas con nosotros, que éramos muchos para las entradas que se obtenían. Tu comprenderás que los 13 años que trabajé en la fábrica me aportaron

experiencia en el terreno gremial y también me dieron tranquilidad económica, y por lo tanto pude darles a mis e hijos muchas de las cosas que yo nunca tuve. También, con menos presiones que las que afrontaron mis padres, yo he podido darme tiempo para estar con ellos: ser chacotero, y tratar de ser más amigo, que una autoridad dominadora. He querido darles lo que yo no recibí. A veces, tal vez, soy un poco tonto: ¡les dejo pasar tantas cosas...!

Manuel sonrío ante el recuerdo de las últimas diabluras del muchacho y los arrumacos de la niña. Comentamos por unos momentos sus travesuras y luego arremeto nuevamente con el cuestionario preparado.

—“Es decir, Manuel, se ve muy claro por donde van tus “debilidades”, y se ve también dónde es que tú aplicas con determinación tus principios ideológicos. Ahora quisiera que tú me contaras cómo son tus reacciones en este plano: ¿Eres un hombre violento, agresivo? ¿Lo que nosotros llamamos, rosquero?”

—“Mira... ¡Si! Es un poco de violencia innata... Pero siempre peleé a puñete limpio, nunca con armas o con mañas. Debe ser por lo que nos enseñó mi madre, cuando éramos chicos. (Somos dos hermanos hombres y el resto, mujeres). Nos decía: «Prefiero ver a un hijo muerto que acriminado y en la cárcel. Prefiero que lo maten antes de que saque cuchillo como un cobarde». Debe haber sido la vida de sufrimiento con mi padre, lo que la hacía decir esto. Sin embargo, la vida misma, la vida del trabajador, es dura y, muchas veces, hay que salir de algunas situaciones así, a puñete limpio. Es una actitud que se va haciendo, que se va enredando a la vida, con la existencia de uno. Entonces, este tipo de cuestiones lleva un poco a la violencia. A veces, ante una provocación, antes de reaccionar, de meditar o argumentar sobre una cuestión, sencillamente uno se trenza a puñetes. El puñete es más rápido... y es más fácil...”

—“¡Expresas lo inexpresable, con un puñetazo!”

—“Sí. Pero ten en cuenta, también, que depende mucho de la actitud del otro, ¿verdad?”

—“Dentro de tu espectro de violencia —de la violencia de que eres capaz— ¿habrías podido volcar tu “odio de clase”, en un Plan Z, por ejemplo?”

—“¡Ah, no! ¡Matar por matar, no! Pelear, sí... Mientras estábamos en el

gobierno, muchas veces tuvimos que salir a pelear a la calle. Porque estábamos conscientes de que teníamos que defender la unidad nuestra... que hartó que nos había costado, ¿no? Ahí nos enfrentábamos con el enemigo de clase, de igual a igual... frente a frente.

—“Entonces, ¿cuáles eran tus sentimientos cuando te tenían en Colonia Dignidad con la vista vendada, las manos atadas, completamente a merced de los golpes, los insultos y torturas de los agentes de la DINA? ¿No te sublevaba, así, hasta el dolor, estar en esa situación y no poder enfrentarlos, no poder desafiarlos? ¿Con ese sentido de justicia que tienes tú,..?”

—“Te digo honradamente: no sentía eso. Estaba consciente de que algo había fallado en la red clandestina y que debíamos pagar por ese descuido. Pero había que enfrentarlo en la mejor forma posible, aguantando lo más que se pudiera. Naturalmente, yo sentía odio cuando, amarrado, vendado, me pegaban, sin poder ver al que lo hacía. Creo que eso nos pasaba a todos; da rabia. Te dije ya que al principio tuve miedo, cuando llegamos al campo, y nos dijeron que nos encontrábamos en un campo de prisioneros, que éramos prisioneros de guerra, que al menor intento de fuga nos matarían. Luego nos pescaron a patadas y mencionaron mi apellido (pero se trataba de otro compañero). Pensé que tenían algo concreto contra mí y sentí miedo. Bueno, una vez que nos dejaron en la celda ya se me pasó. Empecé a ordenar mis ideas, a tratar de encontrar una salida sin comprometerme más y sin comprometer al resto, incluso estaba impaciente porque me pasaran luego a interrogación para saber a qué atenerme. Un tiempo después supe que me habían detenido a consecuencia de la denuncia de otro compañero. Nunca he sentido odio contra el compañero. Yo no sé qué le hicieron a él, ¿viste? La resistencia humana tiene su límite y yo no puedo meterme a juzgarlo. Lo que sí me fastidia es la jactancia de algunos. Son mentiras; todos sentimos miedo. La cosa está en saber vencer el miedo. Eso es el valor: vencer el miedo.

“Hace años atrás, leí un libro, “Reportaje al pie del Patíbulo”, que me influyó mucho. Ese hombre decía: “Amo la vida; por la vida vivo, por la vida muero”. Yo también quiero la vida, pero también sé que mi amor a la vida debo defenderlo, llegado el caso, con mi muerte. Así, pues, tenía la convicción necesaria para vencer mi miedo. A la vuelta a Talca también pensé que nos podían matar, en la misma forma como lo han hecho con tantos

compañeros, a los que les aplican la ley de fuga. Cuando me bajaron de la camioneta en que nos habían llevado, estaba indeciso y atemorizado, pensando que bien podían dispararme por la espalda. En fin, son cuestiones que deja una experiencia como la que hemos tenido. La cosa es seguir caminando al frente.

—“Estuviste nueve días en Colonia Dignidad y luego te devolvieron a tu casa, una noche, ¿cómo fue esa vuelta tuya a la vida corriente?

—“Voy a empezar de antes. Desde que salimos de Talca, la noche que nos tomaron, yo me di cuenta que íbamos hacia el sur. Supuse inmediatamente que íbamos a la Colonia Dignidad. Ya teníamos antecedentes de ese centro de tortura, por otros compañeros que en ese tiempo habían sido detenidos, llevados allí, y luego dejados en libertad. Había habido varios grupos anteriores al nuestro. En cierto modo, estaba prevenido, así es que el impacto fue menor... Tú me preguntas ¿cómo reaccione una vez que pasé...?

—“Si; cuéntame cómo... qué sé yo... ¿cómo te sacaron, cómo llegaste a la casa, a qué hora llegaste a Talca?

—“Llegué más o menos a la 1 de la mañana. Me dejaron a una cuadra de la casa. Bueno: me bajé ahí; era como volver del infierno. La Ana todavía estaba en pie a esa hora. Ella me contaba después que nunca se acostaba más temprano, que esperaba hasta las 3 o 4 de la mañana, convencida de que en cualquier momento yo podía llegar. Nos abrazamos llorando. Una reacción... Venía molido... Ya dije en el testimonio todo lo concerniente a eso.

Manuel, no quiere tocar más el tema de lo sucedido en esos días de detención en Colonia Dignidad.

“Al día siguiente me integré nuevamente a mi turno de trabajo en la fábrica. Dormí hasta tarde —pues entraba al turno de después de almuerzo—. Los compañeros me recibieron en forma muy especial. Me hacían preguntas. Yo dije abiertamente que me había tenido en Colonia Dignidad. Un empleado me propuso que hiciera una declaración pública. Pero no acepté; ¡era una locura! Tú conoces la situación que se vive en Chile: una declaración así, en primer lugar no habría sido publicada; y en segundo, me habría significado personalmente más represión, arriesgar a mi familia e, incluso, ser asesinado en cualquier momento. De todos modos, en la zona no era un secreto lo de

Colonia Dignidad. Por ahí pasó gente detenida de Talca, Parral, Concepción, Linares, Valdivia. En los campos de concentración oficiales (Tres Álamos, donde estuve después) se podía encontrar cualquier cantidad de compañeros que estaban conscientes de haber sido interrogados previamente en la Colonia. ¡En Chile, Colonia Dignidad no es un secreto!

“Bien; apenas llegué, entonces, reasumí una vida absolutamente normal. Por muchas razones. Incluso, entré a jugar a un club de rayuela. La cosa era de que se me viera participando en actividades distintas de aquellas que la policía me suponía.

“Con respecto a las relaciones con mi familia, seguí como antes. Si me habían dejado libre después de Colonia Dignidad, era porque nada habían podido comprobarme. Para el último interrogatorio oí al que llamaban “fiscal”, que decía: «No sé si este gallo se está aguantando, se hace el huevón, o es que realmente no sabe nada». Con eso pude darme cuenta que no tenían nada claro. Por lo tanto, a mi vuelta, tenía que llevar una vida lo más normal posible, haciendo las cosas normales que se supone que un hombre ha de hacer. Por eso al día siguiente de mi llegada, fui a ver a mi madre; también, porque quería tranquilizarla, lo mismo a mis hermanas. Les dije que me habían detenido por nada, que no había pasado nada. A ellas no tenía por qué decirles lo que sucedía allá.

“Voy a traer a colación algo que sucedió más adelante. Yo te contaba que mi madre siempre decía que prefería ver un hijo muerto que en la cárcel. Cuando estuve en Tres Álamos, mi madre me fue a ver. Cuando nos encontramos le dije: «Mamá, Ud. no tiene por qué avergonzarse de mí. Debe sentirse orgullosa de verme aquí, preso por mis ideas, y no porque sea un delincuente». Y mi madre me abraza y me dice: «Entiendo todo esto perfectamente y me siento muy orgullosa de ti». Ella es evangélica, ¿viste?, así, pues, nos inculcó desde chicos que no fuéramos violentos; sin embargo, al decirle yo: «Algún día a estos milicos vamos a sacarles la cresta y Ud., ¡cuidadito con decirme que no les peguemos!». «Nó —me dijo—, yo también te voy a ayudar a pegarles a estos carajos». O sea, que ya había decidido...

Y Manuel sonríe con ternura, emocionado ante el recuerdo de esa viejita proletaria, que lo crió con firmeza entre amonestaciones y privaciones.

—“Veamos ahora otro punto, compañero: tu modo de apreciar las cosas. ¿Te

dio Colonia Dignidad, la sensación de algo que perdías, y luego la libertad, algo que recuperabas, y por lo tanto lo apreciaste más? O, aunque tu paso por Colonia Dignidad era un riesgo que estaba considerado dentro de tu programa de vida, ¿te remeció mucho?

—“Se dice que la libertad se aprecia cuando se pierde. Yo agrego que la vida se aprecia siempre. Con penurias, con luchas, siempre, la vida es hermosa. ¿Que cómo aprecié las cosas después de Colonia? Ah, las aprendí a apreciar más y a todo le di otra dimensión. Ahí me di cuenta de la fortaleza que entrega la convicción ideológica. Me di cuenta de lo que significa en mi vida mi militancia política; la fuerza y la claridad que me entrega para enfrentar los acontecimientos. Es un privilegio al que debo responder en todas las circunstancias de la vida, siendo lo mejor posible como persona, como marido, como padre, como trabajador y como revolucionario. La experiencia de Colonia Dignidad me puso en evidencia todas esas cosas, porque me hizo pensar, tomar conciencia. Cuando uno se ve enfrentado a situaciones extremas, uno reflexiona con mayor profundidad. Así, puedo decir que Colonia Dignidad me reforzó en todos los aspectos, porque, pensé, si fui capaz de sobrellevar esto, bien puedo enfrentar otras cosas en el futuro. Por lo tanto, me dio más decisión. Y otra cosa: allá también, comprendí con mayor claridad y profundidad, que uno siempre está dando la lucha; esté donde esté, uno es portador, con la actitud personal, de la línea del partido, de los principios fundamentales. Ese convencimiento sigue dictando mi vida en el exilio. Desde luego que anteriormente yo ya tenía la conciencia que da la militancia con el análisis político de la realidad cotidiana y la historia.

“Es evidente que, por lo menos a los que estamos participando en el proceso de Bonn, la experiencia de Colonia Dignidad no logró aniquilarnos, puesto que de haber sido así, no nos habríamos vuelto a meter a la pelea, ni siquiera desde este frente. Cuando llegué a Alemania, oí por primera vez sobre dicho proceso. De inmediato consideré que era un deber no negar mi participación en él como testigo. Vi que me entregaba la forma como seguir adelante en la batalla, aunque estuviera lejos de la patria. Porque la lucha se da en todas partes; no podemos declararnos en asueto los revolucionarios. Y ser revolucionario no significa acometer sólo acciones heroicas. Es todo, lo pequeño y lo grande.

Hasta aquí llegó aquella charla de amigos y camaradas aquella tarde. Se nos había caído la noche encima, sin darnos cuenta, y había que descansar, pues Manuel debía partir casi de madrugada al trabajo.

El resto quedó para el día siguiente:

—“Recién (antes de empezar a grabar) hablábamos de cambios en la escala de valores... Lo que yo sentí al respecto, tras la experiencia en Colonia Dignidad, ya lo hemos comentado con largueza. Yo querría referirme ahora a otra situación —que también es una situación nacida de la represión—, al exilio.

“Aquí, lejos de Chile, he aprendido a apreciar más lo que significa ‘patria’. Podrá parecer hueco y rimbombante oírlo, para quienes están allá. Lo cierto es que en el exilio, este sentimiento se clarifica y se agranda. Patria es, para mí, todo lo que debimos abandonar: los familiares, mi casa, mis amigos, la lucha en medio de mi pueblo. Patria son los principios y los valores que me entregó la militancia, la formación cultural nacida de la existencia allá. Y, porque se está tan lejos, se siente todo esto con mayor intensidad.

—“Manuel, dime, y cuando estabas en Colonia Dignidad, ¿tu sentías que estabas defendiendo tu vida no más, o sentías que también estabas defendiendo eso que acabas de definir como patria?

—“Mira: cuando se relatan estas cosas, hay mucha gente que le pone mucho de su cosecha. En conversaciones como ésta surgen en ellos unas palabras... huecas, falsas, que no corresponden a la realidad. Voy a tratar de ser lo más objetivo posible. Yo sabía lo que significaba estar trabajando en un partido para la resistencia. Sabía algunas cosas, y sabía que esas cosas no debía hablarlas. No sé si la tortura que me aplicaron fue menos dura que a otros, o si es que yo tengo más aguante... Hay compañeros que se quebraron. Yo no soy quién para juzgarlos. ¿Aguantaron menos? ¿Sufrieron más? Lo cierto es que no somos héroes —aunque, te diré, que vi muchas actitudes heroicas—, ni yo pido que seamos héroes. Mi razonamiento en Colonia Dignidad era el siguiente: “¿Cuánto sé? ¿Qué creo yo que ellos saben de mí? Qué puedo hablar para no fregar a nadie y para salvarme yo?”. Cuestiones bien claras. En todo eso van implícitos la lealtad a la organización y los principios. Ahora, ¿hasta dónde resistes? Bueno, afortunadamente yo no fui llevado hasta mis límites... No sé qué habría sucedido en ese caso. Quizás si habría entregado

más de lo que debía, o si habría tenido el comportamiento heroico de muchos compañeros que conocemos.

—“Te veo tan firme, tan poco tocado por Colonia Dignidad, Manuel. ¿A qué atribuyes tú eso: a tu personalidad propia, a carácter de clase...?”

—“Formación que me dio la militancia, compañera; ¡se lo debo al partido...!”

—“Para terminar: ¿Qué es más fuerte: tu fidelidad al partido —un organismo—, o tu fidelidad a la clase...?”

—“¡Pero...! ¡Es que el partido interpreta a mi clase, me interpreta a mí!”.

Adriana

Presentación

El transcurso de casi 25 años —un cuarto de siglo— no ha sido capaz de enterrar en forma definitiva los sucesos tremendos de abril de 1975, que alteraron mi vida y la de muchos otros de manera radical.

Varias veces he intentado, apoyada en un grupo; de mis pares, llevar adelante una demanda, o denuncia, o lo que se llame en términos judiciales, que obligue a que ellos sean revisados e investigados adecuadamente, hasta lograr señalar oficialmente (que eso es lo que falta, pues nuestros testimonios públicos ya lo han contado al país) a los responsables y a los culpables directos de los atropellos a la dignidad de personas y a la libertad intrínseca de seres humanos, que otros junto conmigo sufrimos en el otoño de 1975. Sin embargo, siempre ha habido algo (¿o alguien... es?) que ha impedido dicho tipo de acción. El tiempo pasa y se va llevando nuestras cuotas de vida: los que entonces eran jóvenes, hoy son hombres y mujeres maduros; los que éramos ya adultos bordeando la cuarentena, nos acercamos a la vejez; y los viejos de esos años, hoy ya son ancianos, o han muerto.

La condición humana —será— impide que podamos unificar criterios frente a esos días aciagos. Somos diferentes (¡gracias a dios!) y, cada vez, las circunstancias de nuestras existencias distintas y la diversidad de nuestras actuales visiones y posturas políticas, nos separan, aunque haya un denominador común que nos liga indefectiblemente.

Yo no quiero llegar al día de mi muerte sin haber agotado los últimos recursos para develar la verdad de lo acaecido ni sin haber interpelado a la Justicia de mi país a que me reivindique ante la sociedad, al reconocer y castigar a los autores intelectuales y de hecho de la brutalidad inhumana con que “se castigó” a quienes éramos críticos de los crímenes políticos, sociales y económicos que se cometieron por esos años en Chile. Espero que otros —mis camaradas y hermanos de entonces— sigan mis pasos, en nombre de la verdad histórica y de la dignidad de persona y ciudadano.

Es difícil hacer un perfil humano de uno mismo. Es tan difícil como querer percibir el perfil propio mirándose al espejo; lo más probable es que apenas logre ver el óvalo y del perfil sólo obtenga una proyección distorsionada, y por ello dejaré de lado este aspecto de la presentación.

Creo que lo más acertado es que me vuelva a los primeros testimonios que entregara, recién llegada al exilio, en el año 1976, antes de comparecer ante la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, en el *Palais des Nations*, en Ginebra. Con ello busco transmitir la espontaneidad y la frescura emocional de que carecerá cualquier testimonio elaborado después, ya que estos años de meditación, investigación, cambio de experiencias, y participación en la nueva sociedad que me ha acogido, han serenado mi espíritu y me permiten una proyección intelectual de los hechos, que no acabaría de cumplir con los objetivos de los “perfiles”.

También usaré el documento que entregara al *Chile Committee for Human Rights*, en Londres, y que más tarde sería usado para sostener la denuncia sobre Colonia Dignidad como centro de torturas de la DINA, junto con otros testimonios de otros ex-detenido en ese lugar. Lógicamente, agregaré o quitaré algunos detalles que incidan en la mejor comprensión de los hechos, así como también trataré de reorganizarlos de acuerdo con la cronología de los acontecimientos.

Debo dejar en claro que mi detención careció de toda forma legal, y que contuvo todas las características del típico secuestro llevado a cabo por la policía secreta y que por aquellos años tuvo como corolario trágico, el desaparecimiento definitivo de cientos y cientos de ciudadanos chilenos.

Por lo tanto, no existió una orden de detención, los agentes no se identificaron, nadie fue notificado de mi arresto. No hubo publicación de la gestión realizada por la policía secreta ni, naturalmente, tampoco existió un juicio legal, ni sentencia, ni, posteriormente, decreto de libertad. Simplemente, una madrugada hubo vehículos detenidos en el sector de la población que yo habitaba, el vecindario oyó voces y pasos extraños, y de detrás de alguna cortina, alguna vecina vio pasar por la calle el extraño cortejo de hombres armados rodeando y empujando a una mujer tambaleante, atada de manos y con la cabeza cubierta por un saco oscuro. Un rato más tarde, otra vecina se deslizó por detrás de los tapias hasta mi casa a buscar a mi hija pequeña con

el fin de protegerla en su desamparo. Durante nueve meses, mis compañeros pobladores cuidaron de ella, brindándole techo, alimento, cariño y refugio.

Esa es una de las pocas constancias materiales de mi detención, que existen ante el conocimiento público. Otro fue el reconocimiento por parte del detenido en cuya compañía fui trasladada hasta Talca, desde Colonia Dignidad, en mi paso a Santiago. Además, las mujeres que llegaron el 11 de mayo al campo de tortura también pudieron reconocermé, al igual que los camaradas con que fui careada.

Para conservar cierta homogeneidad en la presentación de estos “perfiles”, comencare con mis datos biográficos.

Testimonio

“Nací en Osorno, en 1936, en una familia de clase media acomodada, de provincia. Fui educada en colegios privados y desde que me asomé a la adolescencia, viví el conflicto entre mis propias inquietudes sociales y el medio que me rodeaba. En el año 1954 ingresé al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en Santiago, a la asignatura de Francés. Unos años más tarde corté definitivamente las relaciones con la familia y su grupo social, al no poder conciliar mi creciente conciencia social con la mentalidad y los intereses de esa clase.

“El ejercicio de la enseñanza me puso en contacto cada vez más directo con la realidad social de mi país y visualicé objetivamente la estructura de ese sistema social injusto, en que las diferencias hacen de las personas situadas en distintos estratos, ciudadanos de primera, segunda o ínfima categoría (o que, simplemente) le niega toda calidad ciudadana y, aun, de persona); donde hay demás para unos pocos, y literalmente nada, para los muchos. Llegó el momento en que debí definir junto a quién estaba el deber que esa conciencia me señalaba, y elegí ser fiel a los valores y principios que se me habían ido descubriendo a medida que mi conocimiento desenmascaraba los mitos sociales y culturales con que mi clase de origen tranquiliza su moral burguesa y aliena a quienes debe usar. Esto soy yo: una trabajadora intelectual que abrazó la causa del pueblo de Chile, y que pone su esfuerzo al servicio de la revolución.

La experiencia de Colonia Dignidad, relatada como testimonio para organismos de derechos humanos, en Europa.

“Hasta hoy me he resistido a publicitar mi testimonio (esto fue escrito en 1977) sobre la experiencia sufrida en manos del aparato represivo de la Junta Militar que asaltó el poder del pueblo chileno. Tal vez es un mecanismo psíquico de autodefensa ante el impacto traumatizante. Tal vez es un resto de pudor muy íntimo. Tal vez es vergüenza ajena. Tal vez es aún el horror, el espanto de mi ser “humano”, frente a la ignominia, la atrocidad, la maldad, llevada a su más alta y perfecta expresión, por los idearios y los ejecutores del fascismo en Chile. Tal vez es todo eso junto y muchas otras razones que aún no soy capaz de comenzar a analizar.

“Estamos en el siglo XX de nuestra civilización occidental y la ciencia y la técnica han encogido las distancias terrestres y nos asoman al océano sideral. Las noticias buenas y malas, escapan de los últimos rincones del planeta, para llegar a oídos de la humanidad, a pesar de los lugares secretos, a pesar del terror, a pesar de los intereses por mantenerlas ocultas o deformadas. Ligo buenas y malas, porque de ambas hay en lo que nos llega: el sufrimiento de millones de hombres, mujeres y niños, pero también el ejemplo heroico de miles que desafían el mal, lo sobrepasan y, en pos de la justicia y la paz, entregan su sangre y sus vidas, su cultura y sus mentes atormentadas.

Es así como el mundo se ha estremecido por las nuevas que salen de Chile sobre la barbarie desencadenada por la Junta Militar.

“En el testimonio que recogió un organismo internacional a mi llegada aquí, vuelvo a leer: fecha de nacimiento, carnet de identidad, estado civil, profesión, expulsada del trabajo por “protestar sobre el nuevo giro de la educación en Chile”. En verdad, nunca tuve —a pesar de las investigaciones personales por oficinas y pasillos del Ministerio de Educación, y ante las autoridades militares de mi ciudad— una respuesta clara y verídica sobre esta determinación de... ¿las autoridades educacionales, las autoridades militares, alguna camarilla de consejeros locales del régimen fascista?

“¿Por qué? ¿Cómo? ¿Quién...? Son preguntas que hoy no tienen respuesta en Chile y es así que pueden suceder cosas tan incongruentes como que meses

después se me reincorporara a la Educación... a pesar de ser reconocida militante de un partido de izquierda y dirigente sindical hasta la fecha del Golpe Militar, y activa cooperadora del Comité de Solidaridad del Comité Pro Paz en mi pueblo.

“En marzo de 1975 fui reincorporada a mi trabajo de profesora, pero después de meses de cesantía, me encontraba demasiado debilitada para soportar jornadas completas de trabajo y enfermé, prácticamente de hambre. Mi dieta diaria consistía en ese entonces en dos tazas de té sin azúcar, 300 gramos de pan y un huevo. El sueldo no llegaba, enredado en la burocracia y la desorganización de los nuevos funcionarios improvisados por la Junta. Algunos amigos me socorrieron cuando supieron de mi situación y después de una semana de cuidados y alimentación especial, el 22 de abril, fui nuevamente al liceo a enseñar.

“En la madrugada del 23, fuertes golpes y voces me sobresaltaron. Sentí un sudor frío mientras contestaba desde mi pieza, pidiendo tiempo para vestirme. Sentí muchos pasos aplastando las flores del antejardín y por el patio que rodea mi casita de población.

“Llegaron —me dije, constatando que estaba rodeada por una decena de bultos con metralletas que brillaban bajo la luz del farol y de las estrellas—. Abrí la puerta y me encontré con un cañón frente al pecho, en manos de un individuo alto, rubio, vestido con un chaquetón negro, de castilla. Su voz me sonó como un ladrido seco: «La policía. ¿Es ud. doña...? ¡Está detenida!». Le pedí que exhibiera su identificación y la orden de arresto. «¿Qué te imaginas, conch'e tu madre? Esto es mi identificación». Y el cañón me empujó haciéndome retroceder. Pensé en mi niña, acostadita en su dormitorio: «Por favor, mi niña... no la asusten». —«¡De ti depende, conch'e tu madre!». Pregunté si podía abrigarme más, y a dónde íbamos. Entre insultos y risotadas, me concedieron tres minutos. Fui a mi dormitorio seguida por dos de los hombres, que comenzaron a registrar mis libros y papeles, mientras yo trataba de identificar lo que tomaban consigo. Me apuraban. Pregunté si podía despedirme de la niña. Me respondieron con una carcajada y un empujón, que me arrojó junto a la cabecera de la pequeña. La tranquilicé y le pedí que no llorara; le susurré que recordara lo que habíamos acordado previamente que debía hacer. Sus ojitos reventando de lágrimas me miraban aterrados; me

acompañaron, atormentándome, en los meses que siguieron.

“Salí de la casa rodeada por estos hombres. Me ordenaron cerrar los ojos y me colocaron scotch sobre los ojos y un capuchón que me cubría enteramente la cabeza hasta los hombros, me ataron las manos por delante y me hicieron caminar hasta la esquina de mi calle, donde me introdujeron a empeñones en un automóvil pequeño, tal vez un Fiat 125.

Tomaron el recorrido que yo había hecho día a día, durante años para ir a mi antiguo trabajo. Reconocía las calles por las curvas y las distintas clases de superficie (asfalto, tierra, ripio y adoquines). Finalmente, llegamos a una cancha por una huella que bordeaba el Canal de la Luz, junto al Estadio Fiscal. Allí me descendieron y me dejaron parada sola, en la oscuridad de la noche y de mi vista bloqueada. Algunos minutos después distinguí el rumor del agua del canal. Reconocí el lugar por el ruido del agua en las esclusas. Sentí rumores de pasos, voces, roces de cuerpos. Pude darme cuenta que había otros prisioneros, por las palabras que escuchaba. Se trataba de una redada bastante numerosa realizada por la policía secreta.

Al rato, entre groserías y risas burlonas, me condujeron a un vehículo mayor, un bus por las características del ingreso, la disposición de asientos, la textura de sus cubiertas y la calidad del piso (con huinchas metálicas separadas) en el centro, entre dos corridas de asientos —un bus repleto de respiraciones entrecortadas y voces estranguladas. Me instalaron en un asiento. Una voz amable y educada comenzó a preguntarme acerca de los papeles que habían encontrado en mi casa y sobre los nombres que aparecían en mi libreta de direcciones. Yo explicaba con voz tranquila. ¿Por qué temer? Yo tenía una explicación para cada cosa, todo podía ser justificado.

Entretanto seguían metiendo nuevos detenidos al vehículo, que finalmente partió. Dimos muchas vueltas y perdí el sentido de la dirección que tomaba, hasta que llegamos a las calles cercanas a la salida de Talca, que son muy características, y ubiqué la salida del Cruce Varoli, en la Panamericana. Hacia un frío penetrante. El capuchón me ahogaba, sentía que las manos se me acalabraban. Una mujer comenzó a llorar, la voz amable la consolaba. Alguien preguntó: «¿A dónde vamos?». Le contestaron con una grosería. Comencé a sentir miedo, pues me daba cuenta de que nos alejábamos de la ciudad en dirección hacia el sur, puesto que en Varoli habíamos torcido hacia

la derecha. Me dije que debía mantener la calma; sentí que de ahora en adelante mi vida y la de muchos otros dependía de mi serenidad.

“Viajamos alrededor de 2 o 3 horas. Pasamos varios pueblos; había logrado aflojar el capuchón y el scotch se había despegado; podía ver pasar sobre mi pecho las luces y sombras alternadas de los faroles de las calles. Más adelante, el bus giró hacia la izquierda y entramos a un camino de ripio. Subíamos y bajábamos. Finalmente, el bus se detuvo, al parecer frente a una barrera o tranca. Nos hicieron descender. Hacía frío y podía oírse el canto de pájaros campestres. Se escuchaban voces de mando. Yo permanecía parada en el sitio donde me habían dejado, completamente perdida e inmovilizada por la oscuridad del capuchón y mis manos atadas. Escuchaba: podía oír risas, gritos, obscenidades, golpes y pasos precipitados. Me tocó el turno: Era difícil subir al nuevo vehículo; alguien me ayudó a empujones. El capuchón se movió otro poco y pude percibir el suelo y las paredes del vehículo: eran blancos. ¿Una ambulancia? Estaba atochado y los detenidos eran arrojados allí como fardos. Caí sobre un hombre y otro cayó sobre mí. Partimos.

“Las curvas y cuestas se acentuaban. El camino estaba lleno de baches. Se hacía eterno. Nadie hablaba, solo los guardias, haciendo bromas siniestras acerca de lo que nos estaría esperando. «Así es que comunistas, los desgraciados, ¿eh?». (En Chile todos los que no están con la Junta son comunistas, todo aquel que no esté con ese régimen de asesinos a sueldo y psicópatas torturadores).

“Por fin, después de una cuesta ascendente muy pronunciada y de un descenso en curvas, la ambulancia se detuvo y comenzaron a bajar a los hombres a patadas. «Cuidado, huevón, que te podís caer al agua y yo no me voy a mojar para salvar a un hijo de puta. Cuidado, huevón, que esta es la rampla de entrada al submarino. Vamos a pegarnos un viajecito por mar, huevón». Pero se oía el canto de los pájaros campestres, el ruido de agua canalizada; una vaca mugía en la distancia.

“Nos hicieron ingresar a un recinto con suelo encementado, luego de descender por la rampa de madera y tener que levantar el pie para subir un peldaño alto. Hacía frío en el interior, y las voces y ruidos resonaban. A las mujeres nos condujeron a una pieza cercana a la entrada. Pedimos ir al baño. El viaje, el frío y los nervios nos habían dado unos deseos incontenibles de

orinar. Después de un rato largo, sentimos el ruido de latas y de algo que arrastraban. Luego nos ordenaron. «Ya, a mear, huevonas». Una a una nos fueron conduciendo hasta “el baño”, un tarro con una armazón de madera, puesto en un rincón. Pregunté timidamente si debía orinar delante de “ellos”. Contestaron con risotadas y groserías. Sufrimos la humillación, pues ya no podíamos resistir más. Mientras tanto, armaban catres de campaña en la misma pieza. En seguida de orinar, nos iban tendiendo en ellos, atándonos a los travesaños de pies y manos.

“Previamente nos habían colocado vueltas hacia una pared, para quitamos el capuchón y el scotch, para reemplazrlos por unas vendas, consistentes en una especie de bozal atado a la nuca y alrededor de la barbilla, con anteojeras de cuero, forradas con espuma de plástico. Los guardias nos recomendaron silencio. Oía suspirar y moverse a alguien en el camastro del lado. Mas adelante, comenzaron a preguntar nuestros nombres y datos. Así pude saber quienes estaban en la pieza conmigo. Alguien exclamó, cuando toco mi turno: «Ah, ¡esta es la profe! Oye, trajeron a la profe. ¡Aquí esta la profe!». Nuevamente sentí miedo en la boca del estómago. Cerca, en las otras celdas, se escuchaban los mismos trajines:

—«Tu nombre, huevón».

—«Edad, huevón».

—«¿Trabajai, huevón?»

—«No, señor, estoy cesante».

—«Miren el huevón flojo, no trabaja, el desgraciado. ¿Y de qué vivís, huevón? ¿Sos activista pagado por el partido?»

—«No, señor, yo...»

—“Ah, te mantiene la mujer. Aquí hay un cañiche, colegas. ¿Y, contentái a tu mujer, huevón? ¿Te la podís? ¿Cómo soi pa’ la cama, huevón?»

“Así, por horas. Después cayó un silencio palpitante de seres humanos. Había un ruido como de turbinas, pasos, carreras, gritos, golpes en las paredes, golpear de metales, aullidos insanos. Parecía una manada de demonios desatados. Se oían risas histéricas; de repente, un aullido junto al oído. Los nervios se iban descalabrando.

“De pronto, todo se ordenó. Una voz potente y recia saludó a la guardia y pidió informaciones. Sentimos que entró a nuestra celda y luego nos indicó que nos encontrábamos arrestadas en calidad de prisioneras de guerra y que se nos aplicaría la “ley” pertinente, ante el menor intento de desobediencia o/y de fuga (!), que estábamos en un lugar secreto y que nos estaba prohibido comunicarnos entre nosotras.

“Cuando recogían los datos de las detenidas en mi celda, supe quienes eran; muchachas jóvenes que yo conocía de antes por ser nuestro pueblo una ciudad relativamente chica y por mis actividades docentes vinculadas con la juventud. También oímos algunos nombres de compañeros detenidos en las demás piezas; todos eran jóvenes.

“Nos llevaron comida; desataron nuestras manos y nos hicieron sentarnos en los camastros. Nos entregaron cucharas de latón y un tarro abollado y oxidado de Nescafé que contenía una sopa sebosa de fideos y agua, con un extraño gusto a laurel. Me produjo náuseas, pero se nos obligó a comerla... y, además, serviría para mantenerse fuerte. En seguida, nos entregaron unas rebanadas gruesas de pan enmantequillado. A varias niñas se les descompuso el estómago. Yo me sentía mareada, somnolienta y con dolores de estómago. Nuevamente nos condujeron de a una al tarro para orinar, y luego comenzamos a experimentar los primeros síntomas de diarrea. Los guardias ya no decían groserías. Había un ambiente tenso de expectación. Hacía un frío intenso, como un viento helado, y ruido como de motor en marcha. Se oía abrir y cerrar un portalón, cerca de nuestra pieza; entraba gente, daban órdenes, se escuchaban medias voces. (Agrego, ahora, que fue en ese tiempo que oí por primera vez voces en un dialogo cuyo interlocutor yo no escuchaba. Eran llamadas por radio: «Aló, aló. Aquí panteras llamando a cóndores». Entonces, me pareció tan absurdo, tan infantil: una humorada de niños jugando “a los pillos”. Daban nombres de animales: panteras, huemules, cóndores. Decían las palabras: Cambio, corto, etc. Luego, cuando me cambiaron de celda, ya no escuché más las transmisiones. Y lo olvidé, por mucho tiempo, hasta que comencé nuevamente a recordar —o, más bien, a atreverme a recordar— los detalles de mi detención).

No podía dormir; trataba de ordenar mis pensamientos, y de alertar todos mis sentidos con el fin de poder ir descubriendo los mejores medios para no

delatar lo que sabía, evitando mayores consecuencias para mí. Llegué a la conclusión de que no podía contar con nadie pues, imposibilitada de comunicarme con los demás, ignoraba absolutamente qué estaba pasando. Tenía que arreglármelas sola. En esas horas, rehíce mi vida y mi historia; me construí una personalidad diferente, asumí una actitud diferente frente a la vida y las personas... y me convencí del rol que iba a representar: una mujer de buen corazón, inocentona, bien intencionada, y nada más. No me quedaba más que negar, negar y negar. Ya iría viendo que surgía y debía tener claro cómo salir del paso... a cada paso. La militante quedaba relegada en mi subconsciente. Desde esos momentos yo no sería sino la profesora que siempre había estado encargada de Bienestar en el liceo y que más adelante había procurado aliviar el sufrimiento de la gente que padecía; era la razón por la que estaba envuelta en la labor de ayuda del Comité Pro-Paz del obispado...

“Un rato más tarde, los guardias esparcieron un spray con un fuerte olor a flores, que me atontaba más y más. Las niñas estaban quietas y, al parecer, dormían. Debí llamar para que me llevaran al tarro pues sentía deseos de vomitar y tenía una fuerte diarrea. Eso me mantenía alerta y despierta. Me acompañaba un guardia de voz amable de erres arrastradas, que más tarde oí que nombraban “Carlos”, quien me conversaba y trataba de sacarme informaciones.

“Luego comenzaron a vocear nombres para ser llevados a interrogatorio. Comenzó el infierno. Gritos de dolor en una lejanía ignorada. El ruido de un motorcillo: las “turbinas del submarino” —que después supe que eran enormes extractores de aire, porque pude verlos—, que apagaban los demás ruidos y gritos, a ratos. Insultos por los pasillos. Las niñas se movían inquietas. Las llevaron de a una a interrogar. Los guardias se acercaban a chequear las respuestas a los camastros.

“Me tocó el turno de ser llevada también. Un guardia me guiaba, haciéndome torcer a izquierda y derecha, indicándome donde debía levantar el pie para pasar umbrales. Me hicieron sentar en una silla. Se me ofreció un cigarrillo mientras me interrogaban. Cuando terminó, la voz endurecida me dijo que estaba seguro que yo había mentido y que lo pensara mejor: se me daría otra oportunidad solamente y si no colaboraba, me pesaría. Me

condujeron nuevamente hasta mi camastro, por un camino más corto. Más adelante, la voz amable fue a recomendarme que no mintiera más, que colaborara.

“Unas dos horas después volvieron a llevarme a interrogación. Desde el comienzo me insultaron. Me hicieron sentar en una silla de madera con brazos. El interrogador me indicó que me colocaría un “detector de mentiras”. Amarraron mis antebrazos a los brazos de la silla y sentí que fijaban unos pequeños objetos sobre ellos. Cada vez que yo comenzaba a hablar, sentía pequeños golpes de corriente en los brazos. El interrogador se reía sarcástico y decía: “¿Ves, tonta?, estás mintiendo; el detector indica que estas mintiendo”. Yo sabía que eso no era un detector sino electrodos de bajo voltaje, para amedrentarme. Podía manejar la situación. Me preguntaron los nombres de mis camaradas de partido y de otros contactos, y sobre las actividades en que yo pudiera estar comprometida. Cuando me llevaron de vuelta al camastro, pude sentir un tremendo silencio en la pieza, aunque podía percibir la respiración y los movimientos de mis vecinas. Las volvían a sacar y traer, las oía llorar ahogadamente cerca mío.

“Algunas horas después hubo nuevas interrogaciones. Me trataban cada vez con mayor brutalidad, insultándome desde el momento mismo en que era introducida en el cuarto. Había varias personas durante las torturas, escuchaba diferentes voces de hombres. Me ataban a un somier y me aplicaban electrodos en los pezones, en la vagina y recorrían mi cuerpo entero con algo que yo sentía como un lápiz grueso, que transmitía también corriente. La intensidad la disminuían o aumentaban. Cuando yo gritaba de dolor, alguien que estaba ubicado detrás de la cabecera, ahogaba mis gritos con una toalla retorcida y mojada sobre mi boca. No sé cuánto tiempo siguió esta tortura; fue un rato eterno. En un momento dado, perdí el control de mis esfínteres y me ensució entera. Entonces me di cuenta que, al estar relajada, permitía mejor el paso de la corriente y ya no la sentía tan dolorosa. Recuerdo que el cuerpo se me sacudía en convulsiones, se estiraba y encogía. Sin embargo, yo me sentía completamente relajada... y aliviada.

“No perdí, entonces, el conocimiento. Finalmente, me desataron, me ordenaron levantarme, pero no pude; caí al suelo como un bulto. Ahí me golpearon con puños y pies mientras daban alaridos y gritaban insultos

procaces. Lo que me preguntaban todo el tiempo tenía relación con la gente que conocía, cuál era la actividad política realizada por el Comité Pro-Paz y cuáles eran los curas comprometidos en la ayuda a la gente.

“Mientras estaba en mi camastro, podía oír como eran torturados mis compañeros, y escuchaba una música. Era espeluznante oír a Tchaikovsky en ese lugar. Pero oía la melodía del Capricho Italiano completamente distorsionada. Luego Beethoven: la Quinta.

“A ratos escuchaba voces; las voces de mis camaradas. Pero, ¡tan raras...! Como soñolientas, como arrastrándose, con una modulación extraña. Pero eran voces que yo conocía de antes, de muchos años de contacto diario. No me movía en mi cama. Sentía que alguien me observaba. Imaginaba que eran cintas (grabaciones) lo que yo escuchaba y que alguien espiaba mis reacciones: la luz que se filtraba por el resquicio inferior de la venda a veces se oscurecía y además yo “sentía” una presencia. Daba gracias por tener la cara semi cubierta por el incómodo bozal y que la expresión de mis ojos no me delatara. (En un momento me pareció oír la voz del Obispo de Talca... Hubiera querido gritarle que yo estaba ahí, cerca; que me rescatara. Pero me contuve; seguramente eso era una trampa. Estaba desconcertada: ¿es que estábamos en Talca, en el Regimiento? ¿Y, entonces, las largas horas de viaje? No, no estábamos en Talca, esto no era el Regimiento —ya había estado allí, el 12 de Septiembre de 1974—. Además, el camino que habíamos recorrido para llegar a este lugar, yo lo conocía en parte previamente. Hasta Linares yo estaba completamente segura de cada bache, de cada curva, de cada puente: ese tramo lo recorría frecuentemente para ir a Yervas Buenas, al interior de Linares).

“Después escuché a un grupo de jóvenes camaradas que se acusaban unos a otros, y que daban informaciones sobre mí. Pero sus voces sonaban también extrañas... De repente pensé que parecían estar borrachos... o bajo el efecto de drogas.

“Debía rearmar toda mi historia: pensar, pensar. La tensión psíquica era casi insostenible. Traté de serenarme una vez más; ahora ya no podía echar pie atrás; solo una semana antes, un camarada me había dicho: «Te desdices una sola vez, o admites una sola cosa, y estás perdida. No hay medias verdades bajo tortura. Acabarán sacándote todo. Y, como ya te habrán sorprendido en

contradicciones o largando informaciones poco a poco, seguirán presionándote aunque ya hubieras dicho todo». Y este compañero bien debía saberlo: ¡había estado detenido varias veces y por largos períodos y en diferentes lugares y por distintos servicios de seguridad! En realidad lo único que me quedaba era afirmarme en lo que había expresado en un principio, para poder salvarme yo, y para no arrastrar a otros a lo que estaba sufriendo. Había que “morir en la rueda”.

“Entonces ocurrió algo que me horrorizó. Una de las niñas, una profesora primaria, comenzó a quejarse de que sus manos y pies estaban paralizados, que se ahogaba, que estaba helada. Gemía, gritaba. Me habían soltado para que pudiera ir al tarro cuando necesitara, pues mi diarrea era urgente. Decidí caminar hasta donde suponía que estaría la puerta. Tocando los pies de los camastros, llegué hasta ella y comencé a golpear con los puños que tenía atados enfrente. Por fin vino un guardia. Expliqué lo que ocurría. Me condujo hasta el camastro y salió. Alguien dijo que vendría “el doctor”. Yo escuchaba con todos mis sentidos, llegó la voz que me interrogaba. Supongo que examinó a la niña. Luego oí que le dijo que venía a ayudarla, que se dejara tratar, que si le obedecía, todos sus dolores pasarían, que confiara en él. El contaría hasta 10, ella se dormiría y todo estaría bien: «Uno, dos... Todo pasara, todo pasará... Ya: Estás dormida...». Luego sentí el ruido del chasquido de dedos, la llamó por su nombre (no lo recuerdo) y le preguntó cómo se sentía. Ella le respondió, que mejor.

Horas más tarde, sentía que la cabeza me dolía espantosamente. El guardia dijo que llamaría al “doctor” nuevamente. Aunque protesté que no quería nada con él, vino. Sentí un fuerte olor a éter (lo reconocía pues había sido operada y anestesiada numerosas veces), mezclado a un fuerte olor a cigarrillo. Más adelante sabría cada vez que este sujeto se acercaba por ese olor que desprendía. Me indicó que él curaría el dolor de cabeza, que lo único que yo debía hacer era obedecerle. Aterrada, pensé que si lograba hipnotizarme una vez, estaba perdida: no sería capaz de controlar mi mente y entregaría todo lo que sabía. ¡No podía dejarme hipnotizar! Por fin me dejó.

“En un momento, comencé a escuchar las interrogaciones a otras personas. Oía sus respuestas claramente, los golpes, los gritos, sus gritos de dolor, sus sollozos de angustia, eso me hacía sufrir lo indecible. De repente me di cuenta

que no eran sólo las torturas de mis compañeros las que oía, sino que también las mías propias.

“Mucho tiempo después, me llevaron nuevamente a interrogación. Esta vez debieron acarrearne; estaba completamente postrada. Nuevamente fui torturada del mismo modo, con corriente por todo el cuerpo, y con algo que colocaron en mi boca, muy doloroso, que retraía mi lengua y parecía que desgajaba mis dientes y muelas. No me preguntaban nada. Los hombres que me rodeaban conversaban entre ellos y reían; se burlaban de mi agonía. Perdí el conocimiento. Desperté en mi camastro, amarrada de pies y manos nuevamente. Yo gritaba y gemía. Alguien vino a ordenarme que me callara. Luego me forzaron a tragar tres píldoras pequeñas. Sentí que me adormecía.

“Antes de dormirme, busque con angustia algo en que fijar mi mente. Había oído decir que así era posible eludir el efecto “rompe-barreras” de las drogas. Recuerdo que en fracción de segundos busqué lo que sería capaz de pesar más en mi subconsciente para bloquear la información que tratarían de sonsacarme. Fijé la mente en el hombre que amaba: su nombre, su nombre... Pensé que él sabría comprender que lo utilizara... si algún día yo podía contárselo.

“Desperté en otra cama, muy arropada, muy reconfortada con el calor. Me habían quitado la venda. Vi una lámpara circular, de luz intensa, sobre mí; como la luz de un quirófano. Vi al “doctor” inclinado sobre mi cara. Me preguntaba sobre “él”; yo contestaba hablándole de nuestra relación sentimental. Luego me dijo que debía ceder, que debía dejarme hipnotizar, que contaría hasta 10... Me sentía aterrada porque sabía que ahora no sería capaz de luchar más. Y comenzó a contar; yo no perdía el control completamente. Me decía que recordara una época feliz de mi vida; que recordara mi infancia. Eso me salvó, porque mi infancia no fue feliz. Tuve la visión de esos largos años pasados en la cama, en tratamiento de reposo absoluto, con una sombra al pulmón. Y comencé a gemir, pidiéndole a mi madre que me permitiera levantarme para ir a jugar con mis primos. Era mi cumpleaños y estaban invitados a celebrarlo. Desde mi cama, yo los veía correr y reír en la terraza frente a mi ventana, Me puse a llorar y eso me hizo reaccionar: la gran infelicidad revivida. Recuerdo que mi voz me sonaba extraña, infantil.

“Entonces, el “doctor” me dejó. Volví a darme cuenta de lo que sucedía cuando me tenían sentada frente a una mesa. Apenas podía sostenerme y me apoyaba pesadamente en ella. El “doctor” me preguntaba nuevamente sobre mi relación con “él”. Insistía una y otra vez sobre mi vida sexual. Yo le contestaba sin inhibiciones, con grosería —algo completamente ajeno a mi carácter habitual, retraído y timorato a ese respecto—. No, no me había acostado con él. No, no quería, tampoco; lo quería para siempre, no para una ocasión. Y así, detalles, detalles. Luego, groseramente, pedí ir al baño, pues “quería cagar”... Me llevaron hasta un tarro, ahí mismo.

“Volví a tomar conciencia cuando el “doctor” escribía a máquina, frente a mí, en la mesa. Iba modulando las palabras a medida que las escribía. Era una declaración MÍA, acusando a personas del Comité Pro-Paz de trabajar para determinado partido político, y signando a ciertos personeros como militantes de dicho partido. Reaccioné protestando que eso no era cierto, que yo no podía haber dicho eso. Siguió escribiendo hasta terminar, puso las hojas de papel frente a mí y me ordenó firmar. Me habían colocado nuevamente la venda, por lo que debieron quitármela para que yo firmara. En un principio no veía nada. Luego, líneas borrosas. Dije que debía leer antes de firmar pues mi papá me había dicho que nunca firmara nada sin antes enterarme de qué se trataba. Recibí un bofetón. Tomé otra vez el lápiz. No podía sostenerlo. Pedí otra hoja “para ensayar”. Entretanto, había logrado enfocar las últimas líneas del documento. Decía que entregaba esa declaración voluntariamente, sin presiones, y que no había sido maltratada. Tenía fecha 23 de Abril de 1975. Pensé que nada de eso era cierto. Me habían detenido en la madrugada del 23 y estaba convencida de que habían pasado varios días desde entonces. Firmé. Después no supe más.

“Desperté en mi camastro, envuelta en una frazada. Estaba desnuda. Junto a mi cama estaba amarrada otra detenida, me cuidaba. Me sentía débil y enferma. Vomitaba. Le pregunté qué había sucedido. Ella me explicó que la habían detenido recién. Que luego me habían traído y que le habían indicado que me cuidara. Que hacía mucho tiempo que yo estaba así. Las otras niñas ya no estaban en la celda. María (dijo que se llamaba María) me conversaba y me acariciaba. Pedí agua. El guardia dijo que no podía beber: «No hace bien después de lo que te pasó». Tuve miedo y sentí vergüenza. Más tarde me trajeron un jarro de café, que también vomité. Perdía la conciencia y la

recuperaba a ratos. ¿Cuánto tiempo transcurrió así? María dijo más tarde que entretanto le habían traído comida 8 veces. ¿Cuatro días? Recuerdo que pasé muchas horas llorando y hablando de “él”, de sus ojos, de su voz, de su ternura... Trajeron mi ropa que había sido lavada. María estaba ahora en otro extremo de la pieza. Conversábamos de lejos. De su casa, de sus quehaceres domésticos. Cantamos. Ya no había esa multitud de ruidos, no más golpes en las paredes, no más música. Se llevaron a María. Sentí como que el recinto se vaciaba, por los trajines y las voces que escuchaba.

“Me trasladaron a otra habitación. Había un hombre allí. Se quejaba. Luego me llevaron nuevamente a la pieza de las interrogaciones. Me sentaron en una silla levantaron mi venda y me ordenaron que mirara a alguien que estaba allí. Me preguntaron si lo reconocía. Dije que no. Era un muchacho del partido. Fui conducida a otra celda. Estaba sola.

“Después de esto no sufrí más torturas físicas. Permanecí atada a mi camastro. Tenía frío, y el cuerpo entero me dolía horriblemente. Me alimentaban. La comida venía en esos tarros dentados de Nescafé. Siempre igual, el agua grasienta, chicharrones, fideos de todas formas. Oí la llegada de nuevos detenidos. Torturas, gritos, insultos. Una vez volvieron a llevarme para ser careada con un hombre. Cuando lo miré, quedé espantada: era un verdadero deshecho humano, la cara tumefacta, la ropa desgarrada. Se les desmayaba. Llego el “doctor” y ordenó que le dieran café muy cargado con hartos azúcar. Después me volvieron a mi pieza. Sola. Los guardias no me hablaban, A pesar de la venda en los ojos, podía percibir debajo de la nariz un pequeño espacio. Me daba cuenta que en la pieza había siempre una luz encendida. Todo ese tiempo estaba con una abundante hemorragia. Me costaba controlar los esfínteres. Mi ropa nuevamente estaba inmunda: excrementos resacos y sangre. Encontré un pedazo de diario junto al tarro y lo coloqué doblado para contenerla un poco. Adivinaba el paso de los días por el canto de las aves que llegaba hasta mí, y el croar de ranas y chirriar de los grillos en la noche. Oía las lamentaciones de un hombre al otro lado de la pared junto al camastro. Mi celda se abría al lugar donde permanecía la guardia, Podía oírlos conversar, reír y jugar a las cartas (al Carioca). Parecía que no había nadie más en el recinto aparte del hombre, la guardia y yo. Tenía la impresión de estar en un subterráneo. Sentía los pasos característicos de gente subiendo escaleras, sentía pasos sobre mí. Todo resonaba... Como

espacios vacíos. Después sentí ruidos de albañilería; golpear de cañerías, martilleo de clavos.

“En esos días oí llover muy fuerte, a través de la pared que daba a la guardia. Pedí que, por favor, me permitieran lavarme, me trajeron agua en un cubo. Me quitaron la venda. Pude ver mi celda. Era rectangular. Las paredes estaban cubiertas (¿o eran?) de plumavit. Tenía el cielorraso muy bajo. La pared donde estaba la puerta —hecha de tablones sin cepillar y tenía una mirilla— estaba cubierta de arpilleras o sacos.

“Junto a la puerta había un termómetro. Afirmándome en las paredes me acerqué, marcaba 20 grados. Me había sentado en el tarro —que desbordaba inmundicias— y estaba casi sin ropas, pues iba a comenzar a lavarme, cuando se produjo un fuerte temblor. En seguida entró un guardia, que me ordenó vestirme y volverme a la pared para ponerme la venda. Me arrimó a la orilla de la cama y comenzó a manosearme, mientras yo trataba de defenderme. En eso entro otro guardia. Después de insultarme, volvió a amarrarme a la cama; y se fue.

“Las horas eran eternas. Yo me preguntaba por qué era tan difícil y tan lento el morir. Pasaba las horas cantando quedamente, llorando, recitando poesías de Neruda, Lamartine, Víctor Hugo y Verlain. Trataba de huir del pensamiento de mis hijitas. Estaba cierta de que por ese lado podría venir mi derrota. No pensar. No pensar en ellas. Sin embargo, creo que nunca antes, y nunca después, he reflexionado más intensamente en el sentido de la vida. Después de haber escuchado las declaraciones de mis camaradas, me sentía traicionada. Sin embargo, sabía que no podía juzgarlos, sabía que tenía que haber algo que yo desconocía (el tiempo me daría la respuesta y ahora he comprendido); sentía una pena inmensa. Nunca me arrepentí de haberme envuelto en el trabajo clandestino militante ni en el trabajo más público del Comité. Sólo lamentaba no haber hecho más cuando aún podía.

“A medida que pasaba el tiempo, iba distinguiendo mejor la cantidad de dolores que me aquejaban. Casi no podía moverme. Me dolía la espalda, me dolían las caderas. Seguía sangrando. La boca la sentía hinchada y me costaba abrirla; unos dientes y unas muelas estaban sueltos y astillados, desgarrándome la pared interna de las mejillas. Tragaba pus. Los ojos se me habían infectado desde los primeros días. Las legañas y la pus adherían la

esponja de plástico que forraba el bozal delante de los ojos, a mis párpados y pómulos. Cuando quedé sola, un guardia me permitió acomodarme un pañuelo entre la piel y la venda. Eso me alivió, pues siempre fui alérgica al plástico. Claro que al poco tiempo, el pañuelo estaba tan sucio y reseco, que me dañaba aún más. Sentía la cara monstruosamente hinchada y tensa. También sentía que tenía una infección vaginal. El malestar y el mal olor eran insoportables.

“Los guardias solían abrir la puerta de mi celda y podía oír con más claridad sus voces y risotadas. A veces colocaban “el ruido de motor y el viento” cerca de mi cama. Volviendo la cabeza de cierta manera, pude ver que se trataba de un enorme ventilador acomodado en un marco triangular y sostenido por una pata desde atrás, formando el todo una pirámide hueca. A veces sentía un ruido como de picar, tac-tac-tac, sobre mi cama, que me atemorizaba. Después podría constatar que habían dibujado unos círculos convergentes (un Blanco) a unos centímetros de mi cabeza, sobre la pared, y que el ruido que yo escuchaba era de los dardos que lanzaban y que habían picado la pared de plumavit en ese lugar. Otras veces, acercaban un perro a mi cama, y en medio de groserías y burlas amenazaban con soltarlo «para que veas lo que es bueno». Me aterraba sentir los bellos babeantes sobre mis manos atadas, o cuando husmeaba por mis piernas. El perro gruñía y yo sollozaba de terror. Los guardias reían como locos.

“En esos días sentía que me habían despojado de toda mi calidad humana. Me hablan reducido a un montón de dolores, de mugre y de inmundicia. Sentía asco de mi cuerpo podrido. Ya no era una persona, era un animal acosado. Pensé que iba a enloquecer. Por eso acudía a todo lo bello de la vida que aún podía tocar, para salvarme: al canto, a la poesía; trataba de recrear en mi mente una pintura bellísima que, en mis tiempos de estudiante, iba a contemplar cada vez que podía al Museo: *La Perla del Mercader*; y recordaba al hombre amado. ¡Y comía con moderación, cogiendo los chicharrones y los fideos con delicadeza, con la punta de los dedos, luego de haberlos cazado desesperadamente por el tarro, y tragaba cuidadosamente el agua sebienta para no chorrear la barbilla...! Daba las gracias y no decía más garabatos. Tampoco exhibía mi pena. De alguna manera me aferraba a actitudes externas de dignidad humana. Luchaba por no doblegarme, por no terminar de convertirme en lo que estaba cierta que era lo que mis torturadores buscaban

conseguir. Solo el juego del perro rompía mi guardia frente a los carceleros.

“En esos días de soledad sucedían cosas que, si bien adquirirían dimensiones inusitadas por romper la monotonía, no acabé de enlazar y de descubrir cuán importantes serían, hasta mucho más tarde. En varias ocasiones, un guardia se acercó hasta mi cabecera y, recomendándome silencio, puso en mis manos trozos de pan con mantequilla y cecinas (salchichón ahumado, Teewurst, Leberwurst, etc.). En otra ocasión, comí un trozo de Kuchen. Una vez puso en mis manos un platillo hondo de postre, con compota. Se fue y yo quedé con el platillo escondido bajo mi cuerpo, como me había recomendado — seguramente, para que los otros guardias no fueran a darse cuenta que me llevaba comida extra—. Pasó un rato después que terminara de servirme el postre. Yo acariciaba la escudilla, deleitándome con su textura fina. El bozal permitía un pequeño espacio de visión entre las aletas de la nariz y mis pómulos. Ubiqué el platillo en ese campo y pude verlo, era un plato fino, con un ribete dorado en la orilla. Lo volví y con esfuerzo vi la marca —que luego olvidé— y las palabras “Bavaria”, y otra terminada en “...dorf”. ¡Extraño! De pronto adquirí la certeza de que me encontraba rodeada de un medio cultural conocido: yo conocía esa comida, yo había usado antes esos platos. Mi familia es originaria del sur, donde se establecieron los colonos alemanes en el siglo pasado, e incluso mi abuela paterna es alemana. Un día el guardia me llevó otro alimento, con una cucharilla de té. Apenas me supuse sola, la puse bajo mi nariz. Tenía una inscripción: “Weinachten, 195... ¿3, 8? Cuando el guardia volvió, le conversé sobre comidas, de lo que yo solía comer en mi casa del sur, etc. Él, manifestó que ahí los estaban tratando muy bien, que la comida era rica, aunque diferente... Más adelante, en Santiago, cuando seguía secuestrada, otro guardia se refirió a la “Tante”, que cocinaba tan exquisito “en el Sur”.

“Tuve una primera certeza de mis sospechas, la vez (no puedo decir “día” o “noche”, porque en mi situación yo no lo podía saber con seguridad) que llegó un personaje al recinto de la guardia. Por lo que oí, pude comprender que se trataba del jefe de la DINA en Cauquenes. Este hombre venía indignado; increpó a voces a quienes estaban en la pieza vecina a la mía. Reclamaba porque, al parecer, nadie lo había ido a buscar. Dijo, exactamente (no podré olvidarlo nunca, creo): «De Cauquenes a Parral me vine en Via-SUR (una empresa de transportes, en Chile). Los desgraciados no me

mandaron vehículo y tuve que venirme a dedo hasta la Colonia». «¡La COLONIA! ¡Este lugar era LA Colonia, entonces! ¡Por eso era, pues, que había oído hablar en alemán anteriormente!

“Desde ese momento agudicé aun más mis sentidos, tratando de captar cualquier detalle, todo detalle. En ese momento supe que tenía que salir viva de esto para poder desenmascarar a la Colonia Dignidad. Creo que a partir de ese momento, comencé a rehacerme como persona.

“Aunque se me mantenía con los ojos vendados, durante todo el transcurso de mi estadía en Colonia Dignidad, yo podía ver algo. Aprendí a inclinar la cabeza en diferentes ángulos, para tener diferentes campos de visión, Además, el bozal solía ceder un poco, lo cual también me permitía mayor visión. Podía ver el material de mi camastro (además de sentirlo al tacto), el suelo de cemento, la parte inferior de las piernas de los guardias cuando se acercaban al camastro (botas de cuero, blue-jeanes), las lagunas de orina y mierda que rodeaban el tarro.

“Después de ese temblor, me dejaron los pies sueltos, aunque seguía con las manos atadas al frente, lo cual me permitía cierta movilidad. Podía bajarme del catre, caminar unos pasos a su rededor, ir hasta el tarro. Se sucedían largos espacios de tiempo en que nadie venía a verme. La soledad era casi completa, pues los ruidos que llegaban hasta mí eran algo de compañía. Hasta mí llegaban rumores de campo: pajaros, mugidos, también solía oír muy cercano, un ruido de avión pequeño. Y el ruido de construcción y cañerías era inconfundible. Sentía vida a mi rededor.

“En esos días oí llegar a la pieza de la guardia voces distintas a las habituales. Tenían un fuerte acento brasileño, hablaban portugués. También oía voces con acento alemán. Los oí preguntar cómo iban los trabajos, lo que confirmó mis sospechas de que el edificio dónde me encontraba estaba siendo acondicionado (lo que se reafirmó cuando, unos días después, pude bañarme en una ducha; antes, el agua la acarreaban en baldes). Hubo otro incidente en esos días: Vino a la pieza de la guardia, un grupo de hombres que hablaban solamente en alemán entre ellos. Eran tres o más y, evidentemente, se encontraban en una posición de autoridad. Conversaron sobre la tortura y se les indicó que había dado buenos resultados. Preguntaron sobre la tortura psicológica que estarían aplicando, y sus efectos, y se manifestaron

satisfechos de la respuesta. Preguntaron cómo estaría funcionando “el método” con la mujer; comentaron «que no se les pase la mano» —así les fue traducido del alemán al castellano, a los guardias, entre risitas y bromas.

“Perdí la cuenta de los días. No tenía noción exacta del tiempo. Me parecía eterno, pero lo atribuía a mi situación. Sólo vine a saber la fecha, a la llegada de un grupo de mujeres, el 11 de mayo. Los guardias habían entrado a mi celda a instalar nuevos catres de campaña. Se oía ruido de arrastrar objetos por todo el recinto. Había carreras y voces, pasos que subían y bajaban escaleras, pasos precipitados sobre mi cabeza. Parecía que se preparaban a recibir más detenidos. Apareció nuevamente “el doctor” junto a mi cama. Me hizo sentar y me indicó que llegarían más detenidos: mujeres. Me dijo que hasta ahora yo había tenido mucha suerte, porque no se me había podido comprobar nada todavía, pero que con la venida de las mujeres se vería. Me dijo que si quería “salvar el pellejo”, tenía que colaborar con ellos. Me indicó que tenía que hacer hablar a las mujeres... pero que tuviera mucho cuidado con lo que les dijera. Además, desde ese momento yo debía responder al nombre de “Juanita”. No respondí nada. Toda mi conciencia se rebelaba ante la idea de prestarme para tender trampas a esas mujeres. Pero ya había aprendido a esperar y a confiar de que de un modo u otro, todas las situaciones pueden presentar una oportunidad para manipularlas. Me soltaron las manos y me ordenaron que me parase, hiciera flexiones y tratara de caminar. Vaciaron el tarro y limpiaron el suelo.

“Horas más tarde oí la llegada de vehículos. Al rato, fueron entrando personas a la celda. Les dijeron que había otra detenida que estaba hacía días con ellos, que estaba muy acostumbrada con ellos. Me llamaban “Juanita”. «¿No es cierto, Juanita?». Me humillaba la infamia: de antemano me presentaban como traidora. Pasado un tiempo, no sentimos más a los guardias en la pieza. Una de las mujeres comenzó a llorar y a lamentarse a voces, dando el nombre de su pequeña hijita. Inmediatamente supe quién era. Por la dirección de su voz, pude ubicar su lugar; la habían puesto junto al tarro. El resto no fue muy difícil: pedir permiso para ir al tarro, hablar desde allí con mi amiga y explicarle la situación. Pronto una de las mujeres comenzó a conversar y todas seguimos el juego. Parecía una tertulia de barrio: los hijos, los maridos, ropas, música, películas, recetas de cocina, consejos conyugales, pelambres... ¡Resultaba tan incongruente todo aquello en una situación tal!

Una de las compañeras comenzó a darnos un recital de ópera, otra recitaba, yo cantaba baladas y tonadas, otra contaba chistes. (Tiempo después pude encontrarme con mi amiga; me decía que nunca en su vida había estado más asustada, pero al mismo tiempo, tan entregada a jugarse el todo por el todo. Igual, las demás.)

“Total, cumplí; las mujeres hablaron. Hablamos, hablamos, hablamos. Nunca había sentido antes la fuerza de nuestra unidad, de nuestro compromiso; habíamos logrado entendernos casi sin decirnos nada, sin vernos, ignorando nuestras circunstancias individuales. Más que mis camaradas, fueron mis hermanas. Además, venían a rescatarme del silencio, de la soledad.

“Aparte del relajamiento que significaba el hecho de que se nos permitiera comunicarnos, y estar acompañándonos las unas a las otras, otros aspectos materiales también cambiaron. La comida mejoró; nos daban un tazón de leche a cada una. La comida se hizo más espesa: porotos, papas y piltrafas de carne. Nos trajeron agua para lavarnos... pero fue una sola fuente grande para las cinco o seis que estábamos allí. En consideración a mi estado y fetidez, fui designada por ellas mismas para ocupar primero el agua. Me lavé la cara, las manos y, después que ellas hubieron ocupado por turno la misma agua, ¡pude, por fin, lavarme el traste! Sentía que iba recuperando mi condición humana. Podía ya seguir mirando hacia adelante. Me sentía otra, me sentía renovada. A pesar de la tristeza de pensar que mis compañeras serían maltratadas, a pesar de que su llegada me acercaba a los recuerdos y pensamientos familiares que había rehuido durante esos días y noches, a pesar de la incertidumbre del mañana, no podía evitar estar feliz de que ellas estuvieran conmigo. Por otra parte, tenía el presentimiento de que se había entrado a otra etapa represiva, de distinto modelo. Y, al parecer, era así. No se volvió a escuchar la música de Tchaikovsky, ni se atenazó nuestros nervios con golpes inesperados en las paredes o aullidos escalofriantes junto a nuestros camastros, como había sucedido cuando yo había llegado allí. El trato era soez, pero no tan brutal.

“Una noche, nos dijeron que nos prepararíamos para partir. Se nos fue conduciendo de a una a otro lugar del recinto, para ducharnos. Una vez cerrada la puerta del cuarto, pude quitarme el bozal. Estaba en un cuarto pequeño, con las paredes estucadas y aún frescas. Había una ducha instalada,

y una instalación de luz definitiva; agua corriente. Nos habían provisto de jabón. Me lavé entera, así como también mi pelo. Luego, se llevaron a las demás mujeres. El recinto nuevamente iba quedando vacío. Me sobrecogió la angustia al pensar que nuevamente quedaría atrás, sola, aislada, enfrentada a lo desconocido. Pero me mantuve calmada, tratando de razonar en forma lógica, sacando conclusiones. Más tarde, un guardia fue a buscarme, aseguró mis puños y la venda, y me condujo al aire libre. Me subieron a la parte trasera de una camioneta, junto a otro detenido y los guardias. En el trayecto, pudimos comunicarnos subrepticamente con ese hombre. Él me dijo que en el pueblo ya me daba por muerta, que la iglesia había hecho lo posible por ubicarme, que mi hija pequeña se encontraba al cuidado de su propia hija. Todo me reconfortó. Le pedí que le dijera al obispo de nuestro encuentro.

“Tras largas horas de viaje, llegamos a la ciudad, desde el sur; se detuvieron a dejar al otro prisionero y luego me llevaron hasta mi casa. Entramos a ella y me ordenaron cambiar de ropa y coger útiles de aseo y una muda. Me llevarían a Santiago —dijeron— a “recuperarme”. (En verdad que en Santiago recuperé algo de mi anterior vitalidad, pero la razón de ello fue para someterme a un tratamiento de drogas e hipnosis con el fin de convencerme de colaborar con los servicios de seguridad). La casa parecía abandonada. Estaba en desorden y pude darme cuenta que se habían encargado de retirar libros y documentos. Me cambié, busqué ropa para llevar, volví a cerrar la puerta de lo que había sido el hogar que me costó tanto construir para mí y mis hijas. No volvieron a colocarme la venda, así pues, mientras caminaba sostenida por los “dinos” miré las casas y calles de mi población con ansiedad de despedida. Volvieron a subirme a la camioneta, pero esta vez en la cabina, y partimos. Por largo rato estuvimos detenidos a una orilla de la Panamericana, hasta que se acercó un convoy de unos dos buses, automóviles y camionetas, al cual nos sumamos, camino hacia el norte.

“Colonia Dignidad iba quedando atrás. Ahora debería enfrentar nuevas situaciones, desconocidas. Cada minuto y cada kilómetro me alejaban más y más de lo que había sido la vida para mí hasta entonces, y de algún modo yo sabía que esto era definitivo. Pero estaba cierta de que seguiría luchando. ¿Cómo? ¿Dónde? Sentía que el tiempo y las circunstancias me irían señalando el camino porque mi existencia no había acabado ahí.

“Se me mantuvo secuestrada en una casa de Macul en Santiago, hasta la noche del 23 de Julio, de 1975. Fui dejada “libre” a condición de colaborar con la DINA a futuro. Al día siguiente, fui acogida por un grupo que me protegió, cuidó y escondió, hasta que pude salir del país, en compañía de dos de mis hijas.

“En el testimonio citado termino diciendo:

«Lo que no logro ordenar ni traspasar al papel, es el sentimiento de miseria humana inmensa, que el sistema entero de represión en la Colonia, fue incrustando en mi espíritu. Soy incapaz de describir el aniquilamiento sufrido, porque, por más que describa cada detalle, es imposible hacerlo sentir a otro ser, en la tranquilidad de un sillón y al abrigo geográfico del terror.

«La dignidad personal: sentimientos, pensamientos, ideas, ideología, religión, hábitos, conceptos éticos, moral social, todo ese trasfondo que hace al ser humano; todo eso es arrasado por la bestialidad. Ahí se juega con las emociones y sensaciones, con las percepciones, se juega con el cuerpo en sus necesidades de luz, calor y movimiento; en sus necesidades de alimento y eliminación de ellos. El ser humano acaba siendo un guiñapo sediento y sucio, inmundo después de las torturas, asqueado de sus verdugos, de la maldad, y de sí mismo. Entonces, un trozo de pan deslizado en las manos atadas, o el acento normal de un hombre, hace pensar que es un rayo de sol en las tinieblas. ¡Cómo se nos desbarajustan los valores en nuestra escala cotidiana! Lo lógico nos parece sorprendente, y lo irracional ya no nos asombra.

«El respeto por la personalidad de cada uno no lo conoce el fascismo. Es una aplanadora infernal que despoja y aplasta, hasta que el hombre no es más que un despojo miserable de sí mismo. Es la experiencia escuchada de boca de miles de hombres que han pasado por los centros de tortura, de detención, campos de concentración, guaridas secretas...

«Cuesta mucho rehacerse. El primer paso es la toma de conciencia, el análisis profundo de lo que está sucediendo. Desde ese momento, el ser humano es capaz de salvarse y, aunque es difícil, al final el puzzle mental y psicológico termina por ordenarse. El pueblo chileno no estaba preparado para un tipo de represión tal. Era incapaz de concebir tal refinamiento de la crueldad y el desquiciamiento. Muchos de nuestros camaradas han

enloquecido en las detenciones; muchos no han podido recuperarse del shock y han terminado en el suicidio; otros arrastran existencias deprimidas, desajustadas, y son desdichados, y marcan todo su rededor social con su actitud negativa. Fui testigo en Colonia Dignidad, de oídas, de las perturbaciones mentales y espirituales de algunos. Pero también fui testigo de muestras de voluntad indomable, de entereza en el sufrimiento, de dignidad inquebrantable, de lealtad, de muchos otros. Miles de nombres deberán pasar a la historia heroica de nuestro pueblo. Miles ya están en el monumento impalpable de los héroes de la humanidad, de los anónimos inmortales.

«Aquí he resumido sólo los primeros 24 días de mi detención. Hay más; hay los meses subsiguientes que permanecí secuestrada en un cuartel de la DINA en Santiago. Nunca supe las razones de mi detención, ni las culpas de que se me acusaba. Nunca se me hizo un interrogatorio claro, ni se me informo de nada. Bajo el fascismo la propia vida no le pertenece a los individuos.

«Una noche me dejaron libre, sin documentos, sin nada que me justificara ante la sociedad y las leyes, ni ante las autoridades civiles o militares. Así cerraban el paréntesis imborrable de tres meses de desaparecimiento del mundo cotidiano para un ser humano con la vida despedazada por el fascismo. La DINA había barrido con un pasado: hogar, familia, profesión, amigos... La DINA creyó poder borrar ese pasado.

«Sin embargo, la voluntad, el convencimiento de la necesidad de luchar, me han puesto de pie nuevamente, con la ayuda de cientos de manos solidarias y de puertas que se abrían para refugiarme en mi huida de las zarpas del fascismo, cuando aún estaba en la patria. Y luego aquí, en el exilio, donde se me ha brindado cariño fraternal y respeto. Así es como hoy sigo aportando, en la medida de mi capacidad, a la liberación total del hombre».

“Estas eran las palabras finales de mi testimonio, hace unos años. Hoy las reafirmo. Cada acción que he acometido en el exilio ha sido mirando hacia mi pueblo. Cada conquista emprendida, cada logro conseguido, cada esfuerzo, cada palabra, cada línea, tiene a mi pueblo como norte. Ha cambiado el medio en que doy la lucha, mi blanco de ataque es diferente, pero en esencia, es la misma.

“Hoy soy una mujer solitaria y retraída, vuelta más hacia el interior para poder visualizar mejor lo externo, pero no soy un ser alienado. Aún no tengo

todo absolutamente definido. Hoy estoy en mi casa y estoy pensando...”.

Sé que, de algún modo, me he endurecido y que muchas veces pareciera que asumo posiciones intransigentes. Es que siento que un revolucionario NO debe permitirse —ni permitir— la indulgencia, así como tampoco debe dejarse desviar del camino revolucionario por intereses inmediatos y circunstanciales. Si queremos triunfar sobre la deshumanización, para construir una sociedad que sea la expresión acabada de humanidad, hay que crecer en firmeza, honor, conocimientos y caridad humana.

Tercera parte

Conclusión

1. El Juicio
2. Hechos en conexión con el Juicio
3. Otro Hecho y reflexiones en torno a él
4. Conclusión con Interrogantes

1. El juicio

En marzo de 1977, Amnesty International, Sección Alemana, publicó un folleto titulado: “Colonia Dignidad–Granja Modelo de Alemanes, un Centro de Torturas de la DINA”, en que denuncia la participación de Colonia Dignidad en el aparato represivo de la Junta Militar de Chile. En él aparecieron los testimonios de tres ciudadanos chilenos.

Con esta publicación se desencadenó una ofensiva de desprestigio en contra de Amnesty por parte de Colonia Dignidad. Esto debe entenderse: una ofensiva del gobierno chileno y sus aliados, en contra de toda entidad o persona que osase denunciar sus crímenes de lesa humanidad. Cuando Amnesty probó ser una organización demasiado respetada a nivel mundial, y que resultara ridículo atacar a un Premio Nobel de la Paz –lo obtuvo precisamente en 1977–, los voceros del fascismo criollo e internacional decidieron descargar su artillería difamatoria sobre un individuo. Es así como el público chileno y europeo ha asistido a una baja y ruin campaña que pretende enlodar el nombre del secretario de Amnesty International de Alemania Federal, Sr. Helmut Frenz.

Colonia Dignidad amenazó a Amnesty International con emprender una acción legal en su contra, a menos que Amnesty se retractara de sus denuncias. Ante la negativa de Amnesty, Colonia Dignidad presentó el caso ante la Corte Regional de Bonn, la que dictó una disposición provisional en contra del documento en cuestión, ordenando la suspensión de su circulación. Amnesty apeló en contra de dicho fallo, lo cual dio origen al Proceso en que también tomaran parte los cuatro compañeros que hacen su aporte a este trabajo, junto a otros chilenos que, al igual que ellos mismos, habían tenido la suerte de lograr eludir el aparato represivo posteriormente, y que pudieron dejar el país.

Amnesty International debía presentar, ahora, las pruebas fehacientes de que su folleto publicaba hechos acaecidos efectivamente y que sus afirmaciones de que Colonia Dignidad haya servido como campo de torturas de la DINA, no son gratuitas:

“AI tiene que presentar pruebas para una afirmación muy concreta; no se cuestiona el asunto de si los testigos de AI fueron sometidos a tortura o no. Esto no lo ponen en duda ni siquiera los jueces. De lo que se trata es de probar que las torturas tuvieron lugar en las cercanías de Parral. Se trata únicamente de presentar las pruebas para demostrar la veracidad de la afirmación de que el sitio en el cual los testigos habían sido torturados se identifica con el fundo “El Lavadero”, conocido bajo el nombre de Colonia Dignidad.”³⁶ El 4 de abril de 1978 se abrió este Proceso, en el cual Amnesty fue presentando sucesivamente diez testigos, con sólo este fin. El 20 y 21 de junio de ese mismo año se realizó la primera sesión con los cuatro testigos cuyos “casos” han dado origen a este trabajo.

Con el fin de caracterizar este Juicio, me permitiré remitirme nuevamente a la publicación de “Lateinamerika Nachrichten”, citada previamente, que destaca:

... “la singularidad en este juicio, en el cual declaran siete de diez testigos estar en condiciones de identificar un lugar que no han podido ver con sus propios ojos. Todos habían pasado con la vista vendada por ese centro de torturas, a excepción de uno que fue mantenido allí sin venda en los ojos. Sus declaraciones se apoyan, en la mayoría de las veces, en ruidos percibidos y otras llamadas de atención...

“Siete son, por ende, los testigos reunidos que basan sus declaraciones de haber sido torturados en Colonia Dignidad, sólo en indicios, no obstante los esfuerzos extraordinarios de la DINA por mantener en secreto los hechos, y a pesar que éstos no fueron vistos por los propios ojos de los testigos. El material de Prueba de AI debió ser juntado pieza por pieza y reunidos en un dossier. Si bajo condiciones normales no se le otorga un significado especial a una declaración individual, ésta cobra mayor importancia cuando es ratificada una y otra vez por diversos testigos. Así es cómo ha ocurrido hasta ahora en el transcurso del proceso.

“... existen numerosas indicaciones en cuanto a que el centro de torturas descrito por todos los testigos está ubicado en un mismo sitio. Las declaraciones de los testigos abarcan tanto la descripción de ubicación geográfica del centro de torturas, como asimismo características percibidas por todos de la misma manera. Es así cómo, a modo de ejemplo, X e Y fueron

conducidos juntos al siniestro lugar, juntos fueron sacados de allí nuevamente y cada uno supo de la presencia del otro. Adriana... escuchó cómo Iván ... era llamado por su nombre, e Iván recuerda haber oído ahí la voz de Gerardo... cuatro de los testigos hasta escucharon cuando se mencionaba el nombre del lugar. Los cuatro dan el mismo nombre...”

[36](#) Del número especial de LATEINAMERIKA NACHRICHTEN, 1980, Berlín Oeste: “Colonia Dignidad, el doble escándalo”, pág. 13.

2. Hechos en conexión con el juicio

Con anterioridad a la publicación de Amnesty International, el gobierno de Alemania Federal ya manejaba informaciones acerca de los hechos que estaban ocurriendo en Chile en ese fundo perteneciente a un grupo de alemanes: el uso que hacía la policía secreta de la infraestructura de Colonia Dignidad, la participación de ciudadanos alemanes en la aplicación de torturas, la reaparición pública en ese sitio, de Paul Schäfer –dado por fallecido por los colonos–, prófugo de la justicia alemana buscado por la Interpol.

Sin embargo, la reacción oficial fue mesurada, como lo demuestra la cita que hace “Lateinamerika Nachrichten”:

“El Gobierno Federal ruega que se tenga la debida comprensión de que esta pregunta no puede recibir hoy una respuesta definitiva. El Gobierno Federal estaba al tanto de ciertos hechos y por lo tanto había pedido al embajador que se esforzara en realizar las investigaciones pertinentes. Las acusaciones hechas nuevamente – al parecer no sin fundamento– son de tal gravedad, que exigen una urgente y absoluta investigación.” (Del Acta de Sesiones del Parlamento Federal, el día 24-3-1977).

Hasta ahora no se han dado a conocer detalles allegados por alguna investigación. En cambio, el embajador alemán en Chile reiteró lo que había expresado en 1976, al emitir el informe de una visita oficial efectuada a Colonia Dignidad por ese entonces: las denuncias sobre torturas ocurridas en Colonia Dignidad en 1975 serían “falsas y novelescas”, en base a lo que él había podido apreciar en su recorrido de algunas horas por las dependencias de Colonia Dignidad –invitado oficialmente por los personeros de su directorio–, el 15 de noviembre de 1976; y en base a unas fotografías aéreas que le fueron suministradas por la Fuerza Aérea de Chile, en que no pudo observar nada que comprobara las denuncias “de que en Colonia Dignidad se haya torturado a presos políticos en calabozos subterráneos...” ¿? ¡!

Personeros de gobierno –como la Ministro de Estado, Dra. Hamm Bruecher y el Ministro de Relaciones Exteriores, Gnscher– se retrajeron de sus

primeras indignadas reacciones de preocupación sobre estas denuncias y terminaron por silenciar el escándalo, en el nivel oficial.

Las razones para ello no son tan intrincadas como pudiera parecer porque, ciertamente, hay en juego grandes intereses creados:

Entre los amigos alemanes de la dictadura de Pinochet hay figuras como Franz Josef Strauss y su Unión Social Cristiana, los demócrata-cristianos Heck, Mende, H. Schroeder, los socialcristianos Conde de Huyn (Director de Gobierno, Relator de la Comisión Nacional de la USC para política exterior) y Lengl (jefe de convenios de la Fundación Hans Seidel, financiada por la USC y que dicta cursos para dirigentes sindicales en sus Institutos de Latinoamérica); todos estos personajes son miembros del Parlamento Federal. Ellos, entre otros, han formado el “Círculo de Amigos de Colonia Dignidad”, que designó al abogado Dr. Klaas –conocido por representar los intereses de la empresa traficante de armas “Merex”– para que asumiera la defensa de Colonia Dignidad en el proceso contra Amnesty International.

En Chile el volumen de inversiones alemanas es importante y con una visible tendencia a acrecentarse. A modo de ejemplo, citemos nuevamente “Lateinamerika Nachrichten” pág. 51:

“Solamente en los cuatro primeros meses del año 1980, Chile ha suministrado a la RFA mercancías –sobre todo minerales y productos agrícolas– por un monto de 825 millones DM, lo que significa un crecimiento del 204 % sobre el mismo período del año anterior, e importado productos por un valor de 152,5 millones DM, representando un crecimiento de un 7,3 %, con respecto al mismo período.

3. Otro hecho y reflexiones en torno a él

Sin embargo, no es éste el punto de mayor relieve, sino que la lectura entrelíneas de la noticia publicada en mayo de 1980 en el diario chileno “La Tercera”, en que el Sr. Eduardo Pino Zapata informa sobre la concesión para explotar unos yacimientos de Titanio, en los alrededores de Puerto Saavedra, en el sur de Chile central, que habría solicitado la Colonia Dignidad. (Como es sabido, el titanio es considerado un elemento metálico estratégico.)

Según expresa el mismo artículo, por ese entonces ya había gente de la Colonia trabajando en el lugar, equipados con adecuadas y modernas maquinarias alemanas marca Mercedes Benz. El recinto funcionaba bajo estrictas medidas de seguridad y completamente protegido del ojo público. Nadie podía ingresar sin autorización expresa –al igual que en el fundo “El Lavadero”– y no se contrataba trabajadores extraños a la Colonia.

¿Quiénes ejecutan estos trabajos, entonces? ¿Los colonos? (Hoy tenemos la respuesta documentada en el libro de Vedder y otras fuentes)

No puede uno evitar recordar la historia del sistema de trabajo de los colonos de la “Sociedad benéfica y Educacional Dignidad” desde sus primeros tiempos como “Misión Social Privada”. Ya entonces los acólitos de Schäfer entregaban su fuerza de producción en una estructura muy cercana al esclavismo: ausencia de salario, control absoluto de la vida de los trabajadores, etc. Por informaciones recogidas de colonos que han logrado escapar de Colonia Dignidad en los años pasados (Müller, su madre, etc.) y de los testigos vinculados por lazos familiares a los colonos, sabemos que el mismo sistema es empleado hasta hoy en día allí.

O, ¿podrían ser esos trabajadores, gente conseguida por otros medios?

Pienso en “los presos desaparecidos” de Chile. Algunos de ellos han sido descubiertos en sepulturas clandestinas –personas que se dieron por desaparecidas después de las primeras redadas efectuadas por carabineros o militares, en los primeros tiempos luego del golpe militar; estos arrestos correspondieron a un nivel y a una modalidad diferente en la escalada

represiva de la Junta– pero otros “no aparecen”. Estos son las personas que han sido secuestradas por la DINA, a partir de 1974. Existen dos o tres declaraciones de que algunos de estos “detenidos desaparecidos” pudieran encontrarse en Colonia Dignidad, como es el caso, por ejemplo, del testimonio de René Muñoz.

Recordemos los métodos de los antiguos nazis de la Segunda Guerra Mundial, inspiradores del neo-fascismo de hoy; la industria bélica alemana mantuvo y aumentó su auge gracias al empleo de la fuerza de trabajo forzado de los cientos de miles de prisioneros de los campos de concentración. Generalmente, los nazis mantuvieron secretos la destinación y el destino de sus prisioneros; simplemente, “desaparecían”. Muchas veces, los campos de concentración ni siquiera fueron conocidos como tales por la población civil alemana, sino que eran percibidos por la vista pública bajo el disfraz de “fabricas especiales”, y por ende, aisladas e impenetrables –el caso de las fumarolas de los hornos crematorios de Auschwitz–, o como recintos militares de entrenamiento. La historia nos descubrió, después, los horrores escondidos tras las alambradas y los portales. Allí se usó la mano de obra esclava, así como también se realizaron todo tipo de aberraciones en contra del ser humano.

4. Conclusión con interrogantes

Es posible que, para solventar los costos de equipos mecánicos y conseguir la dirección técnica requerida, Colonia Dignidad esté recibiendo una ayuda situada a otro nivel. (¿O, es Colonia Dignidad quien se presta para servir de pantalla a esos poderes emboscados que no pueden mostrarse a la luz pública?)

Inevitablemente, uno piensa tanto en los hechos del pasado como del presente y surgen las conjeturas. Es sugerente que la Junta –de clara orientación fascista– haga uso de las premisas de un grupo de ciudadanos alemanes, llegados a Chile como prófugos de su país –cuando el avance de la consolidación del proceso de paz y recuperación de posguerra era evidente– por encontrarse en conflicto con los usos sociales imperantes. Pienso que las escaramuzas sexuales del tal Schäfer constituyen sólo el detonante final que aceleró una escapada que ya estaba en perspectiva, –y si no, ¿cómo explicar el éxito, a pesar de la premura, para combinar la salida de Alemania y la pronta acogida otorgada en Chile? ¡Tan perfecta coordinación no parece nacida de la precipitación ni la improvisación!– motivada por causas menos “inocentemente” delincuenciales. Todos sabemos que depravados sexuales ha habido, hay y seguirán habiendo en el transcurso de la historia y que serán mejor o peor aceptados por la sociedad, según la escala de valores en boga y de otras circunstancias vigentes. Entonces, no habría sido su homosexualidad lo que hizo buscar refugio a Schäfer en otro continente, sino que la esperanza de hacer rebrotar la ideología derrotada, en otro campo más propicio³⁷. En Chile, sus discípulos y adeptos fueron bienvenidos por círculos poderosos que, de un modo u otro, también anhelaban un nuevo despertar para el nazismo y las puertas del país se les abrieron de par en par. En una sociedad pacata y remilgada como es la burguesía chilena, un “maricón” no es bien mirado, por muy “gringo” que sea, pero en esta instancia lo de maricón no contaba, ante la importancia que revestía “el Maestro”, el iniciador de las nuevas generaciones que harían rebrotar al nazismo para la historia. Y fue en Chile –ahí mismo donde se había brindado refugio a los nazis del “Graf von Spee”, donde se abasteció al “Eldersfeld” y donde se había prestado apoyo económico y logístico al nazismo de Hitler– que también sus despojos

llegaron a recuperar fuerzas, a crecer y a expandirse nuevamente. (En el presente, la clara composición política del “Círculo de Amigos de Colonia Dignidad” en Alemania bien nos indica cuáles son las conexiones que existen entre ambos grupos).

Más adelante fueron los habitantes de Colonia Dignidad quienes prestaron ayuda a los amigos que tan bien los habían acogido: ¡los deberes de amistad han de ser recíprocos! Las fracciones para-militares de la derecha oponentes al gobierno popular encontraron allí refugio y soporte para preparar el golpe de Estado. Una vez establecidos, los fascistas criollos en el poder, han seguido haciendo uso de las facilidades brindadas por los “amigos alemanes”, así como también de su experiencia, para reprimir al pueblo de Chile que se les resiste. A su vez, Colonia Dignidad recibe la concesión de la explotación de titanio y contratos camineros.

Es necesario que aprendamos a mirar todos estos hechos como partes de un todo y no aislados unos de otros, una acción coludida entre los alemanes de Colonia Dignidad, los ciudadanos chilenos de origen alemán que la han respaldado en el transcurso de su sórdida trayectoria, las esferas económico-políticas que manejan el gobierno y los poderes externos que, a su vez, manejan a los gobernantes y a la dictadura de Chile, para servirse de los recursos naturales del país y para utilizar el territorio para sus propios fines estratégicos.

Todo esto ocurre en la penumbra de la complicidad de los tiranos que tienen que ser dictadores para poder mantener al pueblo abatido, con el fin de poder cobrarse los estipendios que merecen sus servicios. Todo ocurre a espaldas de los pueblos, incapaces de ver la realidad por el asedio constante de una propaganda mistificadora y distorsionadora y por un vacío de información veraz y completa.

Podríamos, en esta dirección, estar llegando al hilo conductor de la madeja, que nos pudiera explicar el silencio cuasi unánimemente universal que envuelve y protege a Colonia Dignidad.

¿Podría estar aquí la respuesta tanta interrogante?

¿Podría ser que nuestra tragedia de pueblo oprimido pudiera ser comparable a lo que sucedió en Vietnam, por ejemplo? O sea, que en el concierto de los

poderosos no seamos más que títeres en el tinglado del Tercer Mundo, donde ellos juegan sus intereses?

¿Podría así explicarse tanta crueldad, tanta amoralidad, en resumen, tanta deshumanidad?

A pesar de todo, este trabajo no busca un final derrotista. Si ha incluido en esta reflexión sobre la historia pasada y presente a cuatro seres humanos de carne y hueso, ha sido con el fin de mostrar la razón de nuestra esperanza: el Hombre –el hombre en sí y por sí–, el hombre al que no logra derrotar definitivamente la deshumanidad, el hombre que, aunque golpeado, se levanta y reanuda la marcha hacia la liberación. Es por él que denunciamos, para alertar a las fuerzas progresistas del mundo, para derrotar la opresión y la injusticia y construir todos juntos un orden social y económico más humano en todo el planeta.

Oxford, U.K., 1981

[37](#) En la revista “Portrait”, de noviembre de 1981, apareció un artículo de HUGH VICKERS, titulado “The bunker of Bariloche”, en el cual da cuenta de las actividades del grupo de viejos nazis prófugos de la Segunda Guerra Mundial, que viven en América del Sur, de sus sueños, de sus esperanzas: “El Cuarto Reich se levantaría nuevamente, sobre las ruinas de las democracias de Argentina, Brasil, Perú y Chile –un Reich respaldado por la riqueza inexplorada de un continente entero. El Tercer Reich había tenido que hacer frente a oponentes formidables– América, Gran Bretaña y los países del Commonwealth –pero, el Cuarto ha crecido en el último rincón del mundo que está listo para ser acogido...”

“Los nazis siempre creyeron en un Mundo Nuevo, y América del Sur es un mundo nuevo.

“Caos político, inestabilidad económica, inflación a un nivel tal, que ahorros de una vida súbitamente apenas bastan ¡para adquirir una caja de fósforos!...”

“Así, pues, la existencia de la red ODESSA –organización formada por el SS en 1944 para asegurar la protección de los miembros de SS a continuación de una derrota inminente. En efecto, cuando terminó la guerra, ODESSA estaba en plena operación como arte del Ministerio de Seguridad del Reich...– significó mucho más que la mera supervivencia de unos cuantos viejos sin poder. Por muy nacionalista que haya sido, sin embargo, la visión nazi de un nuevo orden mundial era completamente internacional en su alcance y los voluminosos fondos disponibles permiten a los grupos nazis de hoy en día explotar el terrorismo arbitrario de nuestro tiempo...”

Anexos

Lista de detenidos en Colonia Dignidad

Mujeres detenidas en CD

- 23 - 4 - 75
 - Carmen Espinoza
 - Elsa Jaque
 - Profesora primaria (vivía en 11 Ote., Talca)
 - Nury Faúndez (desde antes)
 - María Saldías (Saldivar, Salcedo) de Pbl. Astaburuaga.
 - Apareció en la lista de amnistía de los 160, a fines de 1975.
-
- 11 - 5 - 75
 - Georgina Romero
 - Silvia Letelier
 - Graciela Lillo
 - Salomé Figueroa
 - Mujer de Pbl. Independencia (embarazada)
 - María (de Calaf)

Guardias en CD.

- El Chico Juan, o El Johnny (visto en Discothèque)
- Fernando (¿Discothèque? ¿Fue el que habló a Bill sobre su moto?)
- El Roberto Carlo (cantaba)
- Don Carlos (“Miguel Angel”. Participó en mi arresto; arrastraba las “rr”; visto en Discothèque)
- Otto / ¿Hans? (Alto, rubio, con chaquetón negro de Castilla., jefe de mi detención)
- Quelo (visto en Discothèque)
- Chelo (visto en Discothèque)
- El Doctor (Encargado de interrogatorios; tb. le llamaban “El Fiscal; o El brujo, o El Psicólogo.) Encargado de algunos detenidos específicos en la Discothèque (William Beausire).

Hombres detenidos en CD

- Gregorio Lártiga
- José Muñoz (PDC.)
- Manuel Bravo
- Regulo Bravo
- Ramón González
- José González
- Sergio González Montiel
- Iván Treskov
- Gerardo Sánchez
- Claudio Hernández (alumno del Liceo de H.)
- Prof. de Inglés de Linares
- Un hombre que decían que estaba con cirrosis: vomitaba y orinaba sangre. Se quejaba mucho.
- Un campesino viejo: hizo huelga de hambre, hasta desmayarse, quebró una taza —le quebraron una pierna.
- Otro hombre que mantuvieron detenido; al parecer no era de T.

Nombres agregados en 1989 :

- Juan Enrique Avilés Gutiérrez (P.P., Talca)
- Luis Armando Sandoval Sandoval (P.P., Talca)
- Osvaldo Antonio Moya González (P.P., Talca)
- Alejandro Gutiérrez (PS., dio testimonio para artículo de MG.)
- Kiko (Nelson) Fuentes (PC, dirigente sindical)

edicionesinubicalistas@gmail.com

EDICIONES

Colonia Dignidad. La vivimos, la conocimos © Adriana Bórquez Adriazola, RPI 289.996, fue editada en Valparaíso, entre mayo y junio del 2018. Esta publicación electrónica salió a la circulación en el mes de julio del 2018.

INUBICALISTAS

www.edicionesinubicalistas.cl

ISBN: 978-956-9301-36-0